
LAS SOMBRAS
DE
DANTE
HUGO SANZ

LAS SOMBRAS ★★ DE ★★ DANTE

HUGO SANZ

LAS SOMBRAS ★★ DE ★★ DANTE

HUGO SANZ

Primera edición.

Las sombras de Dante

©Hugo Sanz

©junio, 2024.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Primera edición.

Las sombras de Dante

©Hugo Sanz

©junio, 2024.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34

Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Epílogo

Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Epílogo

Capítulo 1



Elio me miraba y yo le devolvía la mirada. A mi amigo y a mí no nos hacía falta más que eso para saber en qué estaba pensando el otro exactamente.

Me había costado mucho llegar hasta allí. Habían sido años luchando por hacerme un hueco como periodista y escritora y, a punto de cumplir los 30, di el pelotazo con un *best seller* que me encumbró en Italia y que me llevó ¡hasta la mismísima Sofía Borromeo!!

Sofía era toda una estrella del cine en nuestro país, un mito viviente que a sus más de 70 años seguía luciendo espléndida y que esa noche celebraba su 45 aniversario de boda junto a su marido, Salvatore Rossi, con el que tuvo un hijo, Dante.

En esa familia todos eran triunfadores, pues Salvatore era el dueño de un imperio automovilístico y Dante fundó años atrás la que se convertiría en la agencia de modelos más elitista de Milán, de donde salían las *top models* más famosas, lo que le hizo millonario por derecho propio.

Justo estábamos allí, en Milán, en la casa en la que Dante se crio. A él no le conocía personalmente, aunque me moría por hacerlo. Y no ya porque la mayoría le señalaba como el soltero de oro más codiciado de la ciudad, sino porque, desde el principio, él era mi objetivo.

Que nadie piense por estas palabras que soy una cazafortunas, que no van por ahí los tiros. Si yo estaba interesada en Dante era por otro motivo que ya os contaré con más detalle y que tenía que ver con la desaparición de mi hermana Martina, unos años atrás, cuando trabajaba para él y para su exmujer, Giorgia.

Me constaba que la familia al completo hizo todo lo posible por colaborar con la Policía, pero pese a ello, mi hermana nunca apareció y yo aspiraba a dar con algún dato que esclareciera qué pudo suceder con ella.

En ningún caso me relacionarían con Martina, ese era mi deseo, y para ello invertí el orden de mis apellidos y comencé a usar el materno. Así no levantaría sospechas.

La fiesta resultaba espléndida y Elio, que no solo era mi amigo del alma sino mi asistente como escritor, estaba emocionado.

—Nenita, te digo de verdad que yo a una fiesta como esta ni he soñado en asistir en la vida, ¡qué grande te has hecho! —me cogió por la cintura y me dio un pico de esos que se le escapaban cuanto estaba eufórico.

Entre Elio y yo no había nada por mucho que reuniera cantidad de condiciones para ser el hombre de mi vida. Pese a ello, el que fuese gay hasta la médula lo dificultaba un poco, como solíamos admitir entre bromas cuando ambos íbamos muy pedos y terminábamos haciéndonos todo tipo de confesiones de esas que solo les haces a personas con las que te puedes abrir en canal.

—Mira, Sofía viene directa hacia aquí, ¡qué glamur! Solo le haces sombra tú—me aseguró mientras me soltaba la cintura.

—Bella, estás aquí, no te había visto—me comentó esa señora, de los pies a la cabeza, que tan fácil me estaba haciendo la redacción de su biografía, gracias a una serie de encuentros que llevábamos semanas manteniendo y que ya casi tenía, a falta de perfilar un poco.

—¿Y tú me dices bella? Estás preciosa, Sofía. No me extraña que Salvatore siga tan enamorado de ti como el primer día—le di un beso porque nos habíamos hecho muy amigas.

—Bella, simpática, trabajadora, con linda sonrisa y con los pies en la tierra, ¿por qué no estabas en la lista cuando mi hijo escogió esposa? Por cierto, que ya ha llegado, debo presentártelo, ahora vengo—me hizo una carantoña.

—Porque tú entonces debías usar pañales, ¿no? —me preguntó bromista Elio.

—No seas malo, apenas nos llevamos doce años. Pero que tú sabes que yo no estoy aquí para ligar.

—Ya lo sé, nenita, ya lo sé. Si lo digo porque no podría soportar que pusiera sus ojos en ti y no en mí, sabes que estoy enamorado de Dante Rossi desde la primera vez que lo vi en televisión, cuando no levantaba un palmo del suelo.

—Pues bien que lo levantaste luego, ¿cómo se puede ser tan largo?

—Ni que él fuera bajito. Míralo, Carla, que viene hacia aquí, si es perfecto para mí—me decía.

Dante Rossi avanzaba con su madre, Sofía, a quien tomó caballerosamente por el brazo y colmó de atenciones. Sus dotes seductoras saltaban a la vista, lo mismo que esos rasgos armoniosos que le hacían mejorar con los años, como el buen vino.

En su castaña cabellera, destacaban algunas canas salteadas que, a mi parecer, le hacían aún más atractivo y engrandecían sus brillantes e intensos ojos azules. Su sexy sonrisa era una especie de constante en ese rostro suyo que levantaba expectación a su paso.

En aquel empresario de éxito confluían todos los elementos para ser un hombre deseado y él lo sabía. Viéndolo avanzar hacia nosotros, bien diría que coqueteaba con la vida, directamente, de la que debía haber hecho varios másteres, pues su fama de seductor le precedía.

—Hijo, por fin te presento a Carla Bianchi, ella va a escribir también tu biografía—soltó la bomba dejándonos atónitos a ambos.

—Mamá, ¿mi biografía? No me he planteado tal cosa, ¿qué dejaré entonces para cuando sea mayor?

—O sea, ¿que eso de la biografía es solo para cuando tienes una pierna aquí y otra en el cementerio? ¿Me estás llamando momia? —le preguntó ella con esa gracia suya tan característica que tanto le elogiaban.

—No, claro que no. Tú eres la gran Sofía Borromeo—le hizo una especie de reverencia.

Estaba para comérselo. Sofía no podría tener ni la menor idea del favor que acababa de hacerme al acercarme así a su hijo, pues tendría la posibilidad de bucear más en lo sucedido con mi hermana.

—Muy bien, así me gusta. Y ahora hazme caso y ponte en manos de esta chica. Es un portento en lo suyo, escribe con una pluma divertida y ágil. No la pierdas de vista y deja que sea ella quien cuente tu vida.

—Pero es que yo no tenía intención de contar mi vida, ¿para qué? Yo lo que quiero es vivirla, punto.

—Perdónale, Carla, porque no sabe lo que dice—se santiguó ella de lo más simpática.

En aquel empresario de éxito confluían todos los elementos para ser un hombre deseado y él lo sabía. Viéndolo avanzar hacia nosotros, bien diría que coqueteaba con la vida, directamente, de la que debía haber hecho varios másteres, pues su fama de seductor le precedía.

—Hijo, por fin te presento a Carla Bianchi, ella va a escribir también tu biografía—soltó la bomba dejándonos atónitos a ambos.

—Mamá, ¿mi biografía? No me he planteado tal cosa, ¿qué dejaré entonces para cuando sea mayor?

—O sea, ¿que eso de la biografía es solo para cuando tienes una pierna aquí y otra en el cementerio? ¿Me estás llamando momia? —le preguntó ella con esa gracia suya tan característica que tanto le elogiaban.

—No, claro que no. Tú eres la gran Sofía Borromeo—le hizo una especie de reverencia.

Estaba para comérselo. Sofía no podría tener ni la menor idea del favor que acababa de hacerme al acercarme así a su hijo, pues tendría la posibilidad de bucear más en lo sucedido con mi hermana.

—Muy bien, así me gusta. Y ahora hazme caso y ponte en manos de esta chica. Es un portento en lo suyo, escribe con una pluma divertida y ágil. No la pierdas de vista y deja que sea ella quien cuente tu vida.

—Pero es que yo no tenía intención de contar mi vida, ¿para qué? Yo lo que quiero es vivirla, punto.

—Perdónale, Carla, porque no sabe lo que dice—se santiguó ella de lo más simpática.

Capítulo 2



Un rato después, tras terminar de saludar a todos, Dante se acercó a mí.

—Perdona si antes apenas pude prestarte atención. Es una noche muy especial para mis padres y hay mucha gente a la que agradecerle que nos acompañe. Eras… Carla Bianchi, ¿verdad? Autora de "La puerta de atrás del laberinto", que está causando furor.

—Eso lo acabas de memorizar tras buscarlo en Internet, no lo sabías—le comenté con desparpajo, tal como lo sentí.

—Muy cierto. Mi madre me comentó que habías escrito un *best seller* y, si te digo la verdad, la lectura la tengo un poco dejada de lado en este momento de mi vida.

—Craso error que te perdonaré en cuanto te leas mi libro y me lo comentes. Y, si llega el caso, hasta te lo firmaré —bromeé.

—¿Harías eso por mí? Sería fabuloso—se burló.

—Podría llegar a hacerlo, ya se verá—le vacilé.

—Oye, respecto a lo que ha comentado mi madre… No sé, me lo pensaré, ¿por qué debería escribir mi biografía? ¿Y por qué hacerlo tan pronto? No sé, nunca me lo había planteado. Y no me lo tomes a mal, pero no estoy seguro de su utilidad.

—Ya, ya… Bueno, digamos que yo pienso que, sin duda, tú podrías servir de referente para muchos emprendedores, para cantidad de gente joven que no sabe hacia dónde dirigir sus pasos y que… Sería como un libro de autoayuda con puntos de vista originales que sabremos darle entre los dos.

—Y que me pondrán a caldo porque yo partí con ventaja—se echó a reír. Tenía una risa franca y preciosa. No me extrañaba para nada que mi hermana nos contase cuando llegó a su casa que allí se sentía muy feliz.

—Ya, quieres decir que tu madre era una de las actrices más famosas de Italia y tu padre un portento del mundo

de los automóviles… Lo sé, ¿y qué? No te escudaste detrás de ninguno de los dos. Emprendiste tu propio camino y en él podrías haberte estrellado, pero no. Tienes talento y lo potencias. Y el talento debe plasmarse en un libro por el bien de la humanidad, serías un egoísta si te lo quedases para ti solo.

—Me has derrotado por completo—se balanceó—. Siento como si me hubieses clavado una daga en el corazón. No puedo rebatir nada de lo que has dicho.

—Ni deberías hacerlo, para nada deberías. Acepta escribir ese libro y no te arrepentirás.

—Quizás no sea tan mala idea. El problema es que no voy a permanecer mucho tiempo aquí en Milán, vivo a caballo entre esto y la Toscana—me informó—. Mañana mismo volveré a Florencia junto con mi hija, ¿la conoces?

—No tengo el gusto, aunque su abuela me ha hablado maravillas de ella, ¿me la presentarías? Y por eso que me dices no hay problema, yo soy de Pisa, tampoco resido aquí en Milán.

—Ah, bien. O sea, que da igual que te ponga un buen montón de trabas, piensas sortearlas todas.

—¿Y tú lo dudas? Ve pensando por dónde quieres comenzar, ¿cuándo estarás disponible?

—¿Y si te digo que te instales unos días en mi casa de Florencia me tomarás por un loco? Cuando traigo algo entre manos, me gusta encararlo cuanto antes. Y ya me está picando el gusanillo.

—¿Instalarme contigo en tu casa? Está bien, pensaré cuánto te cobraré por ello—bromeé y le salió una sonrisilla de medio lado—. Sí, sí, no me mires así, que la mayorías de estas chicas—señalé a las de la fiesta—suspiren porque las invites una sola noche, no quiere decir que yo…

—Ya comienzo a entender por qué mi madre te eligió para escribir su biografía. Tú eres muy convincente, pero que mucho.

—Vale. Está bien: me instalaré en tu casa. Y te daré una lista de cosas que quiero que me tengan preparada a mi llegada, así rollo excéntrico, como las estrellas del rock—reí.

—¿Tienes excentricidades de esas? No me lo parece en absoluto. Das la impresión de ser una persona muy sencilla, Carla.

—Bueno, va a ser que no las tengo, era más bien para asustarte. Tan solo una, eso sí. Suelo viajar con mi mascota

—¿Tienes una mascota? No hay problema. A mi hija Alessandra le encantan las mascotas. Espera, que te la presento.

—Ok, yo también te presentaré a mi mascota—le sonreí mientras iba en busca de Elio.

—¿Es él? —me señaló al ver que me dirigía hacia mi querido amigo.

—Sí, es muy dócil. A veces le sale el carácter, pero no llega a morder.

—Entonces como a mi hija Alessandra. Dios, no suponía… En fin—se marchó riéndose.

—Nos instalaremos en su casa de la Toscana—le comenté a Elio mientras él iba a por Alessandra.

—No te puedo creer, ¡eres una bruja!

—No, solo soy alguien con suerte. En esa casa fue en la que trabajó mi hermana hace años, cuando Alessandra era una niña.

—Y de la cual desapareció. Sí que será una suerte para ti poderte meter allí. No sé cómo lo haces, Carla, pero siempre te sales con la tuya.

—Ojalá, porque una vez les prometí a mis padres…

—Que darías con la verdad. Lo sé y estoy seguro de que lo lograrás, nenita.

.

—Ok, yo también te presentaré a mi mascota—le sonreí mientras iba en busca de Elio.

—¿Es él? —me señaló al ver que me dirigía hacia mi querido amigo.

—Sí, es muy dócil. A veces le sale el carácter, pero no llega a morder.

—Entonces como a mi hija Alessandra. Dios, no suponía… En fin—se marchó riéndose.

—Nos instalaremos en su casa de la Toscana—le comenté a Elio mientras él iba a por Alessandra.

—No te puedo creer, ¡eres una bruja!

—No, solo soy alguien con suerte. En esa casa fue en la que trabajó mi hermana hace años, cuando Alessandra era una niña.

—Y de la cual desapareció. Sí que será una suerte para ti poderte meter allí. No sé cómo lo haces, Carla, pero siempre te sales con la tuya.

—Ojalá, porque una vez les prometí a mis padres…

—Que darías con la verdad. Lo sé y estoy seguro de que lo lograrás, nenita.

Capítulo 3



No pude planchar la oreja en toda la noche. La emoción por saber que me instalaría en esa casa lo invadía todo.

Compartía aquella habitación de hotel con Elio, cada uno en su cama… Cuántas habíamos compartido hasta llega a aquel punto.

Llevábamos años trabajando codo con codo. Él era un gran profesional, pero como decía, le gustaba "ir a remolque" y seguir mis ideas más que tener las suyas propias.

Formábamos un gran equipo y el hecho de que yo llegase a publicar un *best seller* no solo no cambió nuestra relación, en todo caso la afianzó mucho más. Yo estaba realmente orgullosa de dónde habíamos llegado juntos y no quería dejar de trabajar con él por nada en el mundo. Sentía que mis logros eran conjuntos. Elio era mi amigo y esa persona que me arropaba en todo.

Cuando Martina desapareció, varios años atrás, mis padres se enterraron en vida. Nunca pudieron superarlo. La buscaron por cielo y tierra. Yo era muy joven y apenas comenzaba a trabajar de becaria.

Me tocó entonces hacerles de soporte emocional porque la extraña noticia sumió a mi familia en el caos. Mis padres también eran periodistas, ellos fueron los que me inspiraron a estudiar la carrera y luego a escribir, porque también hicieron sus pinitos literarios.

Vivían bien, aunque sin llegar a rozar la gloria en ningún momento, si bien para ellos la gloria fue criar a sus dos hijas en el seno de una familia bien avenida en la que nunca faltó la alegría.

Martina, eso sí, no tenía demasiado interés en los estudios, le costaba concentrarse y ello le supuso alguna que otr bronca con mis padres, al no tener nada claro su futuro.

En mi casa, en la que estábamos acostumbrados a que todo fuese como la seda, costó asumir que, en un arrebato, se marchase a vivir a Florencia, entrando al cuidado de la hija de Dante Rossi.

Un año antes, Martina comenzó a trabajar en una agencia de *nannies*, entendiendo mis padres que esa ocupación sería temporal. Ellos tenían en mente que Martina estudiase una carrera y no vieron su opción con buenos ojos. N

obstante, cuando gracias a sus buenos informes obtuvo ese último trabajo que la llevaría de Pisa a Florencia, encajaron que era buena en lo suyo y que quizás había logrado encontrar su camino, teniendo en cuenta que allí ganaba un estupendo sueldo y contaba además con alojamiento.

En más de una ocasión, viendo sus ingresos, llegué a decirles a mis padres que seguiría sus pasos, siempre en broma, pues lo mío es coger una página en blanco y llenarla de sentimientos. No lo puedo evitar.

Al principio, mi hermana nos escribía con mucha asiduidad, indicándonos lo contenta que estaba en la casa, pero con el paso del tiempo sus comunicaciones iban a menos. Hasta que una noche sonó el teléfono de mi padre.

No me preguntéis por qué, pero supe que algo malo le había ocurrido a Martina antes de que nadie nos lo confirmara. Una corazonada de esas que no fallan.

Es tremendo comprobar cómo una sola llamada de teléfono puede cambiar para siempre el curso de unas vidas. Vito y Antonia, mis padres, no volvieron a ser los mismos nunca más.

Al poco de la desaparición de Martina, que jamás se esclareció, ambos se retiraron de su profesión para dedicar su vida a buscar con total ahínco a la mayor de sus hijas.

Nunca dieron con ninguna pista fiable sobre lo que le pudiera haber pasado. Fueron años que se les echaron encima y, de no haber parado la búsqueda, esta habría acabado con ambos, porque la situación se hizo insostenible para la afligida pareja.

Un buen día, viéndoles devastados, les insté a hacer algo que pudiera devolver la alegría a sus vidas. Yo misma le ayudé a cerrar su casa y, con los ahorros de toda una vida de trabajo, comprarse un velero que les llevase a navegar por El Caribe, como era su sueño. Un sueño que habían aparcado por completo y que logramos reflotar entre los tres.

Desde entonces, venían una vez en el año y otra iba yo a verles. No es que marcharse de Italia les hubiese quitado la pena de no saber qué fue de su primogénita, pero sí os aseguro que esa nueva vida les ilusionó y, en parte, les devolvió algunos de los años que habían perdido.

Por mi parte, y para convencerles de que debían marcharse, les prometí que no dejaría nunca de buscarla y pensaba hacerlo. Además, el recuerdo de Martina me asaltaba a cada momento y no concebía vivir una vida en la que su búsqueda no ocupara un pilar central.

Llevaba años pensando en la forma de acercarme a Dante Rossi y a ese entorno suyo que quizás pudiera ponerme sobre la pista de Martina, sobre qué le sucedió.

La versión oficial fue que sus compañeros de trabajo la echaron de menos un buen día y, tras buscarla sin descanso, dieron parte a las autoridades.

Nada en su dormitorio hacía pensar que tuviera intención de dejar la casa en la que trabajaba y en la que tan a gusto pareció sentirse al principio. Nada porque todas sus cosas seguían intactas y mi hermana no se llevó ni una triste prenda de ropa. No obstante, yo sabía que algo pasó por su cabeza en las últimas semanas, cuando apenas se comunicaba con nosotros y, en las que, cuando lo hacía, parecía ausente.

Como ya he contado, su búsqueda resultó infructuosa por completo, si bien yo en absoluto perdía la esperanza de dar en aquella casa con una pista que me llevara a saber.

Fue una casualidad la que me condujo a conocer a Sofía, la madre de Dante, en Milán. Yo estaba firmando ejemplares de mi *best seller* y ella huía de un fan muy pesado que, según me contó luego entre carcajadas, la seguía cada vez que se la encontraba por el centro de la ciudad. Con gracia, añadió que era un enamorado muy rancio y que no lo soportaba.

—Es que si una piensa que ya ha quedado para gustar solo a ese tipo de hombres, igual es una señal de que debería jubilarme—me soltó.

Eso fue cuando nos tomamos un cafecito tras la firma de mis libros, en cuya fila se refugió. Yo no podía creer en mi suerte al reconocerla y le dije que avanzara hacia mí.

—Chica, me vas a perdonar… Yo tu libro no lo conozco, pero necesito librarme de un pelmazo—fue su argumento.

—Pues ahora lo vas a conocer: te regalo un ejemplar—le conté muy alegre.

De ese cafecito posterior, surgió la posibilidad de escribir su biografía y yo supe que la vida estaba siendo generosa conmigo. El azar quiso que llegara la hora de acercarme al entorno de esa familia que siempre vivió entre Milán y Florencia. Más tarde o más temprano, Sofía me llevaría directa a su hijo. Y así fue.

Nada en su dormitorio hacía pensar que tuviera intención de dejar la casa en la que trabajaba y en la que tan a gusto pareció sentirse al principio. Nada porque todas sus cosas seguían intactas y mi hermana no se llevó ni una triste prenda de ropa. No obstante, yo sabía que algo pasó por su cabeza en las últimas semanas, cuando apenas se comunicaba con nosotros y, en las que, cuando lo hacía, parecía ausente.

Como ya he contado, su búsqueda resultó infructuosa por completo, si bien yo en absoluto perdía la esperanza de dar en aquella casa con una pista que me llevara a saber.

Fue una casualidad la que me condujo a conocer a Sofía, la madre de Dante, en Milán. Yo estaba firmando ejemplares de mi *best seller* y ella huía de un fan muy pesado que, según me contó luego entre carcajadas, la seguía cada vez que se la encontraba por el centro de la ciudad. Con gracia, añadió que era un enamorado muy rancio y que no lo soportaba.

—Es que si una piensa que ya ha quedado para gustar solo a ese tipo de hombres, igual es una señal de que debería jubilarme—me soltó.

Eso fue cuando nos tomamos un cafecito tras la firma de mis libros, en cuya fila se refugió. Yo no podía creer en mi suerte al reconocerla y le dije que avanzara hacia mí.

—Chica, me vas a perdonar… Yo tu libro no lo conozco, pero necesito librarme de un pelmazo—fue su argumento.

—Pues ahora lo vas a conocer: te regalo un ejemplar—le conté muy alegre.

De ese cafecito posterior, surgió la posibilidad de escribir su biografía y yo supe que la vida estaba siendo generosa conmigo. El azar quiso que llegara la hora de acercarme al entorno de esa familia que siempre vivió entre Milán y Florencia. Más tarde o más temprano, Sofía me llevaría directa a su hijo. Y así fue.

Capítulo 4



Dante pasó a por mí a primera hora de la tarde. La fiesta se prolongó para todos hasta altas horas de la madrugada y quien más y quien menos, debió dormir por la mañana.

A mí los nervios me tenían muy despierta, aunque deseando llegar a ese lugar que cambió el mundo de Martina, ¿qué le sucedería allí? ¿Cuál fue el motivo de su desaparición?

—Adelante, bella—me indicó él bajándose para abrirme la puerta de su impresionante cochazo en cuyo asiento posterior estaba sentada su hija Alessandra, a quien su padre me presentó la noche anterior.

Cuánto habló Martina de esa pizpireta niña cuando entró a trabajar con los Rossi. La adoraba. Si la viera en esos momentos, ya convertida en una adolescente de 15 y con unas tablas impresionantes…

—¿Te conté anoche que soy influencer? —me preguntó nada más montarme en el coche.

—Así es. Y que tienes miles de seguidores.

—Y que dejará de serlo si no se pone en serio con el curso, ¿eso te lo contó? —me preguntó su padre. Se notaba cierto mal rollito en el ambiente.

—Papá, no empieces. Que debes tener claro que al final siempre me lo saco. Es solo que yo tengo otras prioridades. Soy buena en lo mío y lo sabes, no deberías cortarme las alas. Si lo haces…

—Ya. Te irás con tu madre a Los Ángeles. El problema, más que nada para ti, es que tu madre y yo estamos de acuerdo en que, vivas donde vivas, lo primero para ti son tus estudios.

—Y dale… Que sí. Pero que yo seré una estrella, papá. Es más, ya lo soy—chasqueó los dedos—. ¿Sabes dónde llegó la abuela en el cine? Pues llegaré igual de alto en lo mío.

—¿Lo dices en pasado? Te fulminará con la mirada si lo haces. Tu abuela sigue cosechando éxitos en la gran pantalla, no lo olvides.

—Gracias a que sus padres seguro que no le pusieron la zancadilla nunca. Piénsalo—le pidió mientras se llevaba su dedo a la sien.

Alessandra era un personaje divertidísimo. A Martina siempre le encantaron los niños y me la podía imaginar disfrutando junto a aquella pequeñita años atrás, que ya debía apuntar maneras.

De hecho, tenía el recuerdo de que le gustaba hacer todo tipo de cosas para chupar cámara, que era muy estrella. Y mi hermana disfrutaba grabándola. Ella me lo contó en su día.

—No tienes ni idea, pero ni idea, de cómo boicotearon mis abuelos la carrera de mi madre, hija. Eso sí que era luchar contra viento y marea, no te lo puedes figurar.

—¿Más que tú? Porque no puedes ser más cansino. Mira, ¡mi último vídeo se está haciendo viral! El de la fiesta de anoche, ¡te lo dije! Guauuuu…. Papá, a ti el ginecólogo no te doy la información correcta cuando nací. Debió decirte "Dante, has tenido una influencer".

—Eres tremenda, Alessandra. Pues ya sabes, si quieres seguir siéndolo, más te vale hincar los codos, señorita.

—¿Y me dejarás ir a las Maldivas este verano? Papá es que piénsalo… Lo tienes que pensar con perspectiva, ¿tú tienes de eso? Mira, cierra los ojos…

—¿Y tú tienes cerebro, hija? Estoy conduciendo, ¿cómo quieres que cierre los ojos?

—Anda, pues es verdad. Vale, déjalos abiertos. Pero piensa que hay muchas influencers que van a Maldivas, pero no con mi edad. Yo sería la primera…

—¿Y no será porque no se lo pueden costear? ¿O es que el hecho de haber nacido en nuestra familia no te hace diferente? Piensa con la cabeza, hija.

—De aquí a nada tendré ingresos astronómicos, se ve venir. Si no me dejas volar alto ahora que te lo estoy pidiendo por las buenas, pronto no te pediré permiso y…

—Alessandra, no te cueles. Me da igual lo que ganes. Hasta que no seas mayor de edad harás lo que yo te diga.

—¡Eres un dictador, papá! Algún día se volverá en tu contra, hablaré de ellos en mis historias—le decía.

—Yo es que me troncho con vosotros, ¿esto es así todo el día?

—Tú no te lo imaginas, es mucho más. Alessaandra está quejosa de todo porque quiere que la deje vivir una vida de estrella a su aire.

—Porque lo soy, papá. Si siegues así, me terminarás echando de tu lado y algún día me extrañarás tanto que…

—Y así todo el día. Vivo entre amenazas, ¿tú te crees que es justo? —me puso él un puchero.

Daba igual el gesto que adoptase ese hombre: era bonito se le mirase por donde se le mirase. Su vida debía ser apasionante y en lo familiar no le faltaba diversión con su cómica hija.

—Está bien, a falta de confirmación de mi próxima estancia en Maldivas, la cual estoy negociando con mi famoso padre—le grabó también a él—, vamos de camino a nuestra casa de Florencia y hoy tenemos con nosotros a una invitada que se llama…

—Alessandra, ¿cómo se te ocurre? Corta ahora mismo…

—Papá, que estaba retransmitiendo en directo y me has cortado todo el rollo, ¿cómo se te ocurre a ti?

—¿Y a ti? ¿Cómo se te ocurre no pedirle permiso a nuestra invitada para grabarla y ponerla en el ojo del huracán?

—¿Qué dices del ojo del huracán? ¿Tú has bebido antes de ponerte al volante? Muy bonito, y luego todo el día concienciándome a mí de los peligros de tomar alcohol al volante. Que yo solo lo voy a subir a las redes…

—¿Cómo voy a beber, hija?

—Un café sí que te has bebido—intervine yo risueña.

—Un litro debí beberme para soportarla, es tremenda.

—Papá, esas palabras te pesarán un día. Te he grabado diciéndolas, pídeme ahora mismo perdón delante de todos mis seguidores.

—¿Otra vez estamos en directo? Cielos, si esto es como vivir en nuestro propio “El show de Truman”.

—¿De qué me hablas? Es que no te entiendo nada esta mañana, ¿de veras que no estás bebido? Si lo estás podría grabarte cuando te detengan y…

,

,

Capítulo 5



Si algo me quedó claro durante el camino fue que debería dilucidar cuál de los dos tenía más energía: si el padre o la hija. Ella porque no paraba de enredar y él porque la seguía en todo momento para que no se colara.

Me impresionó llegar a aquella maravillosa villa florentina en la cual se me erizó el vello, y no porque fuese enorme y magnífica, que lo era, sino porque ese fue el último lugar en el que vivió Martina.

Lo último que yo deseaba era que Dante conociera mi identidad y, por ende, mi relación con ella. Por suerte, Martina y yo en nada nos parecíamos en el físico, pues mi pelo rubio y mis ojos marrones poco tenían que ver con su negra cabellera y grandes ojos verdes zafiro. De ahí que no fuese fácil sacarnos ningún parecido, además de que en el resto de las facciones apenas éramos tampoco similares.

De siempre, mi hermana fue menuda y yo era bastante más alta. Eso sí, no tanto como Alessandra, quien no se diferenciaba demasiado en estatura de su altísimo padre.

Nada más llegar, ella se bajó del coche y la vi echarse en brazos de una chica de unos 35 que la recibió con una preciosa sonrisa.

—Ya estás aquí, mi niña, ¿cómo ha ido?

—Genial. He subido un montón de historias y de *reels*. Pillé a la abuela en una pose que…

—Es Serena, su *nannie*—me contó él, viendo que me quedé mirándola.

—¿Desde hace mucho? Lo digo porque tu hija parece adorarla.

—Ah, sí, espera que piense…

Por la fecha que me terminó diciendo, entendí que esa chica había entrado al cuidado de Alessandra en cuanto mi hermana se perdió. Y eso me ponía los vellos de punta porque era como aproximarme más a su figura.

Elio no llegaría a la casa hasta uno o dos días después, pues le dejé en Milán ultimando unos temas con la

editorial. Se trataba de un tipo muy versátil que servía para todo. Cuando digo que formábamos un gran equipo er en todos los sentidos.

—Lucrezia te llevará hacia los dormitorios de invitados. Escoge el que más te guste, por supuesto. Yo estaré en m despacho contestando mails. Te veo a la hora de la cena—me comentó.

Me trataba con enorme familiaridad, como si hiciera más tiempo que nos conocíamos. Y aunque nada me concret al respecto, diría que comenzaba a ilusionarle el proyecto que traíamos entre ambos y la moderna forma que le daríamos, en el sentido de que pudiera ayudar a otros emprendedores a cumplir sus sueños.

De veras que la villa era para perderse en ella y no volver a salir. Con unas vistas impresionantes, se trataba de una mansión del siglo XVIII que había sido cuidadosamente remodelada, conservando buena parte de su esencia pero, a su vez, creando un magnífico y rico contraste con grandes toques de modernidad.

Sus jardines eran interminables, su piscina podría calificarse de olímpica y el elemento que más llamaba mi atención, tan propio de la arquitectura de la zona, era su impresionante tejado de terracota.

Más allá de la piscina, y como muy digno de resaltar, aparecía un lago privado que me enamoró a primera vista.

Lucrezia era amable. Me contó que también llevaba muchos años en el servicio de la casa y todo se le hacía poco para que me sintiera bien allí.

—¿Te gusta este dormitorio? —me preguntó por fin tuteándome, después de que le insistiera varias veces para que lo hiciera. Y eso que ella era mayor que yo.

—Sí, tiene unas vistas magníficas al lago. Creo que ninguno puede tenerlas mejor, ¿no es así?

—No, ningún otro. Por eso es mi preferido.

En ese momento se abrió la puerta y Alessandra venía grabando.

—Ahora que no está mi padre, ¿puedes decirme algo para mis seguidores? ¿Alguna primicia respecto a lo que vas a escribir sobre él? Yo podría contarte muchas cosas, ¿por dónde quieres que empecemos?

—De momento por soltar esa cámara—le contestó él, quien apareció inesperadamente y me sobresalté—. Perdona, sé que te dije que estaría en mi despacho, pero quería estar seguro de que hacías la mejor elección y veo que la has hecho—me comentó en relación al dormitorio elegido.

—Sí, es una preciosidad. Estaré genial aquí.

—Eso espero. Cualquier cosa que necesites, se la pides a Lucrezia, por favor.

a

—Papá, pues yo lo que necesito es un poco más de libertad de expresión. Si no me dejas que explore nuevos campos, perderé seguidores y…

ıi

—¡A estudiar! —la correteó y ella se reía.

óEran una bonita familia, padre e hija parecían llevarse bien, aunque era evidente que ella tensaba la cuerda todo lo que podía y más.

—Mañana o pasado llegará Elio como te comenté, espero que no te moleste tener a dos desconocidos en casa— suspiré porque aquel lugar me sensibilizaba mucho más de lo que él podía imaginar.

—Claro que no. Además, que tú ya no eres una desconocida. Y te tengo otra noticia: también mi madre llegará para pasar unos días con nosotros. Tiene una entrevista pendiente con un periodista amigo suyo y le sirve de excusa para venir a la Toscana, que no es por nada, pero que da vida.

—Lo sé muy bien, ya te dije que también me crie en Pisa.

—Se nota, se nota.

—¿En qué se nota si se puede saber?

—Se te nota, vamos a dejarlo ahí. Lo dicho, espero que estés lo más a gusto posible en casa.

Saltaba a la vista ese carácter afable de la gente de la Toscana. Él lo poseía y por eso ni siquiera me habló de su casa, sino de la casa en general, como si fuera de todos.

—¿En casa? ¿Es mía también? Pues sal, que la pongo en venta.

—Me desharía antes de un brazo que de esta casa. En ella nació Alessandra, ¿sabes?

—Qué bonito eso que has dicho. Pareces un buen padre.

—Lo parezco, no sé si lo soy. Lleva los estudios por los pelos y a veces me preocupa. El caso es que suele tener razón en eso de que al final aprieta y lo logra. No sé si hago bien en dejarla seguir con su aventura como influencer o no, la verdad.

—Yo te diría que, mientras vaya para delante, aunque sea a trancas y barrancas, no le robes su sueño. Para ella no es una aventura, es su vida. Es como cuando escribes una novela en primera persona y te sientes su protagonista.

—Es que yo, obviamente, nunca he escrito ninguna novela. Es más, ya te dije que ni siquiera estoy leyendo

demasiado. No me da la vida ahora.

—Bueno, te lo perdono porque son épocas. Aunque me han dicho que cuentas con una bonita biblioteca, ha sido un pajarito parlanchín.

—Alessandra, ya… Sí, ¿quieres verla? Ay, perdona. Me llaman, es trabajo.

—Claro, coge. Ya la vemos en otro momento.

demasiado. No me da la vida ahora.

—Bueno, te lo perdono porque son épocas. Aunque me han dicho que cuentas con una bonita biblioteca, ha sido un pajarito parlanchín.

—Alessandra, ya… Sí, ¿quieres verla? Ay, perdona. Me llaman, es trabajo.

—Claro, coge. Ya la vemos en otro momento.

Capítulo 6



Igual que en el resto de la casa, en el romántico dormitorio en el que me instalé pervivían elementos contemporáneos con otros mucho más modernos.

Sus telas de flores, alegres y primaverales, se enroscaban en la forja del cabecero o de la barra de las cortinas, las cuales se situaban de manera estratégica para permitir, con solo descorrerlas un poco, disfrutar de esas imponentes vistas al lago que no tenían precio.

Una práctica descalzadora me sirvió para quitarme los zapatos. Necesitaba una ducha. El verano estaba ya ahí, llamando a nuestra puerta, por eso Alessandra debía dar un buen empujón para sacar el curso y pasar unas buenas vacaciones.

Solo hacía unas horas que les conocía y los sentía muy cercanos. Lo mismo me pasó con Sofía, a quien llevaba meses tratando y a la que ya consideraba una buena amiga.

No daba crédito a que, de pronto, nos fuéramos a reunir todos y en la Toscana, mi lugar preferido del mundo por ser en el que había nacido y al que pertenecía mi ser al completo.

Me quité los zapatos y comencé a andar descalza por la habitación. Siempre lo hacía, quizás inconscientemente, porque así me invitó a hacerlo Martina cuando éramos niñas.

Por un momento, hasta creí verla, con poca edad, cerca de mí y dándome esas órdenes apresuradas tan propias de ella.

—Corre, corre, quítate los zapatos y anda como yo, ¡venga!

Al contar con unos añitos más, fue quien me lo enseñó todo. Jamás, ni un solo día de mi vida, logré dejar de extrañarla. Y estar en aquella casa potenció su recuerdo de un modo que yo no me podría haber imaginado de no estar viviéndolo como lo estaba haciendo.

Tuve que dejar esos pensamientos de lado para que no me dañasen, para que no entorpeciera eso que había ido a hacer allí y que no era otra cosa que dar con la verdad.

Mientras lo lograba, tendría que revestir esa verdad de otra que no lo era menos: escribir un libro sobre Dante que sirviera de inspiración a las nuevas generaciones y que reflejase su espíritu de triunfador, pues cada rincón de aquella lujosa casa recordaba que ese era el espíritu de su dueño.

Me di una ducha rápida y, para no entretenerme demasiado, me recogí el pelo en una alta coleta. Me puse un vestido sencillo, pero muy mono, en verde kaki con mis zapatos de cuñas, y me dispuse a bajar al comedor, pues los dormitorios estaban situados en la primera planta.

Cuando entré en él, ya estaban sentados tanto Dante como Alessandra. De inmediato, él se puso de pie y me apartó la silla para que me sentara.

—Espera que lo grabo, esto no me lo pierdo—le decía ella muerta de la risa.

s —Señorita, estás tentando mucho a la suerte. En cualquier momento te secuestro el móvil y no te quedarán más que los libros.

—Papá, sabes que eso sería denunciable como tortura adolescente. No puedes hacerlo.

—Ponme a prueba y verás, ¿has estudiado en este rato?

—Sí, he estudiado la forma de grabar un *reel* que… Quita esa cara, que es broma. Sí, le he dado a las mates. Me serán muy útiles cuando me convierta en rica por mis propios medios. No me conformo con ser solo una heredera ¿estás orgulloso de eso? —le preguntó y comenzó a grabar.

—Apaga eso, pequeñaja. Tú sigue tentando a la suerte.

—Al menos lo que ha dicho es interesante. Esta chica tiene inquietudes—le hice ver.

—¿Lo ves, papá? Te ha dicho lo mismo que me decía Martina cuando era pequeña. Esa frase no se me ha olvidado nunca.

Me quedé a cuadros. No esperaba que el nombre de mi hermana saliera en la mesa y solo rezaba para que no se me notase en el rostro.

—Es verdad, lo has mencionado más de una vez—le contestó su padre y luego me miró—. Martina es una chica que estuvo cuidando a Alessandra cuando solo era una niña.

—Sí, era muy buena y simpática, pero un día me contaron que se tuvo que ir. Y entonces llegó Serena, que también lo es.

Miré a su padre y en sus ojos comprobé que era la versión que le tuvieron que dar a la niña, pero que él tenía claro que las cosas no fueron tan sencillas. En su día lo habló así con la Policía, contando que no entendía cómo esa chica pudo dejar la casa de un modo tan espontáneo, tan inesperado… ellos no lo sabían, pero la cena me cayó mal. Y más cuando la cría comentó ciertas anécdotas que recordaba con mi hermana y que para mí eran desconocidas.

,

Miré a su padre y en sus ojos comprobé que era la versión que le tuvieron que dar a la niña, pero que él tenía claro que las cosas no fueron tan sencillas. En su día lo habló así con la Policía, contando que no entendía cómo esa chica pudo dejar la casa de un modo tan espontáneo, tan inesperado… ellos no lo sabían, pero la cena me cayó mal. Y más cuando la cría comentó ciertas anécdotas que recordaba con mi hermana y que para mí eran desconocidas.

Capítulo 7



Tras la cena, Alessandra se fue corriendo a grabar un *TikTok* y su padre se quedó negando con la cabeza.

—Tu hija es una polvorilla, muy inquieta. Ya lo sabes, no hace falta que yo te lo diga, pero esa chica llegará donde quiera.

—Sí, lo sé. Pero tiene que centrarse un poco más en los estudios. No es fácil encontrar el equilibrio. Y más cuand la crías solo.

—Bueno, pero tú tienes a Serena. Parece una gran *nannie,* ¿no? Supongo que también será de gran ayuda, igual que todas las que hayan pasado por la casa, como esa tal, ¿cómo dijo la niña que se llamaba? —me hice la olvidadiza.

—Martina—se aclaró la voz.

—Eso, Martina, te noté extraño cuando salió ese tema, ¿hubo algún problema con ella? Lo digo porque si vamos a escribir tu biografía, como que todo cuenta.

—Perdona, pero ese fue un tema complicado y hoy ha sido un día largo. Si no te importa, podemos hablarlo en otro momento.

Noté que se le torció el rostro y tampoco me resultó extraño, porque me consta que en su momento todos en la casa lo pasaron mal con la desaparición de mi hermana, teniendo que atender a la Policía en múltiples ocasiones, lo cual no debió resultarles nada cómodo.

Me costaría llegar hasta él para hablar de ese tema, si bien todo tendría su momento, quizás cuando cogiéramos más confianza. Si algo no podía demostrar era demasiado interés y que se me viera el plumero, mejor ir con pies de plomo.

—¿Te apetecería tomar una copa en el jardín y charlar de algo más agradable? —me ofreció de golpe, dando por zanjado el tema.

—Pues claro que sí, ¡¡vamos!! —le comenté con alegría mientras él echaba mano a un par de botellas.

—¿Qué te apetece beber?

—¿Tienes un buen limoncello?

—¿Bromeas? Siempre tengo el mejor por mi madre. Ella es muy amante del limoncello.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? ¿Quién crees que me ha aficionado tanto a él? Este tiempo al lado de tu madre ha sido un regalo.

—Y el que te queda. Creo que llega mañana mismo.

—Y Elio entre mañana y pasado, te divertirás también con él. Es un tío estupendo.

—¿Y ese tío estupendo es algo tuyo? —me preguntó sin anestesia.

—Sí, sí que es algo mío, ¡¡es mi cruz!! —exclamé sonriente.

—¿Solo eso? —elevó una de las cejas al hablar.

—¿Quieres decir si tenemos algo entre nosotros? No, claro que no. Bueno, lo de claro lo digo porque tú no le has tratado demasiado, pero Elio es gay, muy, muy gay—recalqué.

—Ajá, ¿y aparte de Elio hay alguien en tu vida que no sea muy gay y que te mire con los mismos ojos de amor que él?

—Oye, ¿aquí quién es el periodista? Si parece que vas a escribir tú sobre mí—le comenté entre risas.

—Yo creo que la confianza es una relación que funciona en los dos sentidos, ¿no te parece? Si quieres que confíe en ti, tendrás que confiar en mí.

—Ya entiendo. Bueno, todo sea por ir creando esa confianza. No, no tengo a nadie en mi vida, ¿y tú? ¿Qué hay de ti? Después del divorcio de tu mujer, ¿alguien reseñable?

—Sí, lo cierto es que hay una mujer que me tiene para ella en exclusividad.

—¿En exclusividad? Quién lo diría, tienes fama de soltero de oro.

—En todo caso divorciado, ¿no? Va en serio. Nadie reseñable tras mi esposa. Es mi hija quien ocupa mi corazón ¡y quien hace que me duela la cabeza! —bromeó y le salió esa preciosa y seductora sonrisa que sabía manejar

como pocos.

—Ah, o sea, que se trataba de esa pequeñaja.

—Alessandra es una prioridad en mi vida.

—Pero déjame decirte que un hombre como tú es seguro que tiene más prioridades. Otra cosa es que no haya aparecido la candidata ideal, que eso no te lo niego. Y eso que deben hacer fila en la puerta de esta casa, aunque a ninguna se le haya perdido un zapatito de cristal—bromeé.

—No, no he corrido detrás de ninguna con un zapato de esos en la mano.

—Es que las mujeres de hoy en día somos más prácticas—le enseñé mis zapatos de cuñas y le guiñé un ojo, gesto que me igualó de inmediato con uno de sus inmensos ojos azules. Luego lo abrió y con los dos hizo el recorrido del lazo de los zapatos en mis piernas.

Di un sorbo a mi bebida porque la mirada de Dante era mucha mirada. A continuación, me tumbé en una de esas hamacas del jardín que tanto invitaba a hacerlo.

La noche estaba espléndida y él no parecía conocer la prisa. Como si tuviera un cuestionario mental prefijado, comenzó a hacerme preguntas que incluyeron algunas sobre mi familia. Yo no podía resbalarme, de modo que le solté aquellas respuestas que había pensado previamente, porque no podía darle detalles que le llevaran a atar cabos sobre quién era mi hermana y qué hacía yo verdaderamente en aquella casa.

—Así que dices que tus padres tienen viñedos, ¿muchos?

—Tampoco son terratenientes, viven de la uva, bien, pero sin grandes pretensiones. ¿Tú cultivas?

—No, no se puede estar a todas. No me veo haciendo cosas tan distintas. Bastante tengo con mi agencia ¡y con mi hija!

—Siempre está tu hija en tu vocabulario, me encanta. Sé que a veces lo dudas, pero sí eres un gran padre—le aseguré.

—Cuando lo eres de una adolescente, te asaltan todas las dudas. Y mira que en lo demás me considero un hombre muy seguro.

—¿No me digas? No me había dado cuenta—me burlé.

De lo que no me la había dado, realmente, era de que comenzaba a coquetear con él. Pero evidente que lo hacía. No era mi propósito, simplemente me salía porque por mucho que tuviese claro dónde me estaba metiendo al

acercarme a Dante Rossi, con la fama que le precedía, el cara a cara con él superaba cualquier expectativa.

¡

acercarme a Dante Rossi, con la fama que le precedía, el cara a cara con él superaba cualquier expectativa.

Capítulo 8



Me desperté a primera hora de la mañana. Y eso que la noche anterior no es que nos fuésemos pronto a la cama.

Quiero hacer un inciso: cuando me fui me llevé a Dante conmigo. Y no lo digo en sentido literal por mucho que me hubiese apetecido, sino en el metafórico, pues ese hombre ocupó mis pensamientos hasta el mismo momento en el que caí rendida.

En fin, que fue un bello despertar porque estaba en un ambiente realmente idílico, aunque mi primer pensamiento de la mañana fue para mi hermana. También me había hablado de los amaneceres allí y de esa calma y tranquilidad que se respiraba, un buen puñado de años atrás.

Diría que en cada rincón de aquella casa me la figuraba cantarina, como siempre fue, así como observadora, risueña y un poco cotilla.

Debía hacer mis averiguaciones, pero poco a poco. No quería levantar la liebre de nada, por lo que andaría con suma cautela.

Tomé un conjunto de short y top, muy fresquito, y me calcé unas deportivas con las que salí al jardín. Sentía el deseo de dar un paseo hacia el lago, hasta juraría haber soñado con ello. O igual eran mis ganas, que me confundían.

De siempre me ha encantado el olor a fresco de la mañana. Salir a pasear a primera hora es una maravilla. En casa mi hermana y yo nos escapábamos a menudo cuando éramos niñas. Vivíamos en una zona en la que podíamos hacerlo sin riesgo, por lo que Martina y yo corríamos libres por el campo, gritando, riendo, cantando.

La mía había sido una infancia feliz y, en cuanto a mi vida adulta, no podía quejarme en lo profesional, si bien en lo personal me faltaba y siempre me faltaría Martina.

Además, que tampoco tenía a mis padres cerca y eso propiciaba que la extrañase todavía más. En fin, que menos mal que tenía al petardo de Elio, siempre haciéndome reír y sacando la parte positiva de todo, que para eso él era mágico.

En fin, que comencé a caminar hacia ese lago que tanto me llamaba y lo que menos me esperaba fue encontrarme allí a Dante, tirando piedras tranquilamente y comprobando el efecto que estas hacían en el agua.

—Así que los ricos también se entretienen con cosas banales—le comenté y se volvió de pronto. Estaba inmerso en sus pensamientos y no me había escuchado, de modo que se sorprendió.

—Pero bueno, mira a quién tenemos aquí. Y también es cierto, entonces, que da igual dónde te escondas; una buena periodista te encontrará siempre.

—Y si tiene inquietudes de escritora, mucho más.

—¿Qué haces aquí, Carla? ¿Pasa algo?

—¿Pasar algo? En todo caso será bueno—le sonreí—. Este lugar me motiva para salir a pasear temprano, ¿puedo preguntarte en qué pensabas?

—En todo y en nada, ¿te apetece intentarlo?

—¿Tirar piedras? No sé, no es algo que se me haya dado bien nunca.

—Eso es porque no has tenido un buen maestro.

—¿Y tú lo eres? Ha sonado un poco arrogante—le respondí divertida.

—No era mi intención, aunque sí que lo soy, sí. Ven aquí, por favor—me indicó.

Me colocó delante de él y me cogió por la cintura, poniéndome una en la mano.

—¿Y ahora yo qué hago con esto? ¿Me vuelvo y te doy una pedrada? —le contesté muerta de la risa.

—No, por favor. Mejor al agua.

—Ya, lo llaman “hacer la rana”, ¿no?

—Eso es. El truco está en tirar la piedra al agua y que dé el mayor número de saltos posible antes de hundirse. Tienes que intentarlo.

—No sé yo, ¿eh?

—Que sí, que yo te ayudo. Venga, relaja el cuerpo—me decía respirando sobre mi nuca y me estaba costando hacerlo.

—Es que me parece que estoy un poco tensa, fíjate.

—¿Un poco tensa? ¿En este ambiente? Tú te has equivocado, eso es imposible—rio.
—Pues igual algo de razón tienes, ¡¡qué maravilla!!

—Venga, ¡¡va!!

Antes de que me quisiera dar cuenta, ya había tirado la piedra y esta iba dando saltitos por el agua. Aunque para saltitos los que di yo, que me puse súper contenta.

—¡¡Está saltando!!

—Y tú también. Tú eres la verdadera ranita—me comentó y entonces me volví de golpe. Tanto que no controlé y, chocándome con él, terminé cayéndome de culo en la orilla del lago.

Por Dios que no podía imaginar una escena más tonta que aquella, con una caída de culo de lo más absurda, por lo que estallé de inmediato en unas carcajadas que le contagié.

Le costó hasta ayudarme a levantar, de tanto como me estaba riendo, y yo igualmente no podía ni hacer el más mínimo esfuerzo, solo reír y reír, hundiéndome más en el agua, que ya me llegaba al cuello.

Cuando por fin me levantó, estaba realmente empapada.

—¡¡Esto ha sido por tu culpa!! —le solté y entonces, como si fuera un perrito, me sacudí por completo, mojándole. Él permaneció quieto, riéndose y sin hacer el más mínimo ademán de defensa.

Después de eso, permanecimos unos cuantos minutos más allí, disfrutando de la calma del lago, y luego volvimos caminando hacia la casa, charlando animadamente.

En esa charla, me dio algunas de las primeras pinceladas para el libro, hablándome de su infancia, aunque en realidad él no sabía que cualquier dato de los que yo iba percibiendo en el día a día me valía para plasmarlo en sus páginas.

En ocasiones, a los escritores nos pasa como a esos fotógrafos que sacan su mejor foto cuando la persona no está posando, cuando no es consciente de que está siendo el objetivo de la cámara, pues nosotros igual… Una confesión, una percepción… Cualquier cosa nos vale para plasmarla sin que la persona sea consciente de que nos ha revelado nada.

Capítulo 9



—Dante, ¿así es como te he educado yo? ¿Qué has hecho con Carla? Por favor, si viene para la centrifugadora.

Habló Sofía, que sí que te centrifugaba cuando te pillaba y todo con su enorme vitalidad. Ya estaba allí a primerísima hora de la mañana, divina como siempre con un largo y glamuroso kaftán veraniego y una pamela de tamaño de una sombrilla de playa. Nadie como ella podía llevar un look así y sentarle de cine. Y nunca mejor dicho.

—¿Ya estás aquí, mamá?

—¿A ti qué te parece, hijo? Te aseguro que la gran Sofía Borromeo no ha fallecido esta noche y venido hasta aquí para darte ningún susto.

—No, mamá, ya lo sé. Tienes pinta de estar muy viva y tan estupenda como siempre—se acercó a darle un beso.

—Por supuesto y, además, que yo los mayores sustos te los doy viva, hijo. No lo olvides…

—Siempre te las ingeniaste muy bien para tenerme en vilo y llevarme recto como una vela. A ver si lo haces igual con tu nieta, toda tuya.

—El problema es que mi nieta está imbuida de mi sangre farandulera y la gente de la farándula no atendemos a normas, Dante. Además, que las abuelas estamos para malcriar, no te olvides.

—Pues te ruego que, en este momento, no me la malcríes demasiado, porque ya sería la bomba, mamá. Alessandra tiene que estudiar y…

—¡¡Abuela!! —chilló la chica, que salía de dentro de la casa justo antes de ir a un examen con su uniforme del cole ya puesto.

—Nieta, mi niña… Alessandra, ¿cuánto me has echado de menos?

—Mucho, abuela, muchísimo… Eres la mejor, ¡¡cuánto tiempo sin verte!!

—Sí, un día—chasqueó su padre la lengua sin entender nada.

—¿Me has traído algún regalito? Dime que sí.

—Pues claro, ¿recuerdas el conjunto que viste en aquel escaparate?

—¡El verde lima! ¡Claro que lo recuerdo! ¡Dime que me lo has traído!!

—Pues claro, amor. Te he traído ese ¡y dos más! Por si acaso.

—Sí, por si acaso la niña no tiene ropa, mamá. Que se pasa el día Serena descartando la de su vestidor, que está que se cae.

—¿Y a qué mujer no le gusta estrenar trapitos, hijo? Parece mentira que te pases el día rodeado de modelos y aún no hayas aprendido nada. Menos mal que naciste con estilo, ese me lo debes a mí. Y ahora tú, ven aquí—me señaló—, ¿o es que ya no saludas a las buenas amigas?

—¿Cómo no voy a saludarte, Sofía? ¡Qué alegría verte por aquí!

—Esta chica sí que sabed darme un buen recibimiento a bombo y platillo, hijo. Deberías aprender—le picó.

—Mamá, esta noche celebraremos una bonita fiesta en tu honor, ¿te parece? —le preguntó en broma.

—Pues te digo que sería lo mínimo. Con baile incluido, ahora mismo lo hablo en cocina, hijo.

—Mamá, ¡que la niña está de exámenes!

—¿Y la van a examinar por la noche? No me pudras la sangre, Dante, déjame hacer…

Sofía salió andando y Alessandra se despidió de nosotros, para irse con el chófer al elitista instituto al que asistía junto con el resto de “cachorros” de las familias más adineradas de la zona.

—Deberías aprovechar para darte una ducha. Si quieres, nos vemos aquí en media hora para el desayuno.

—Claro, creo que me meteré en la centrifugadora mejor, como dice tu madre, ¿has visto qué pelos se me han quedado? —le comenté porque la parte baja de mi melena soltaba agua a tutiplén.

—Guapísima, es una imagen perfecta para una campaña publicitaria, así con esa frescura.

—Pero frescura, estoy fresquita entera, garantizado. Oye, ¿estás seguro de que tú eres el dueño de un imperio del

modelaje? Porque como todas las ideas las tengas igual, conozco atunes que las tienen mejores—reí.

—Venga, te veo en nada. Así que cuestionando mis ideas—se quedó relatando allí en medio.

Subí a darme una ducha, riéndome por lo vivido en el lago. Qué divertido había sido y cómo me había puesto su imagen al tratar de rescatarme.

Dante era un hombre que atraía, el dueño de una seducción innata que sabía muy bien cómo moldear. Para mí que en él nada quedaba al azar, que debía tener muy claro cuál era su potencial y que le sacaba el máximo partido.

Antes de subir a la planta de arriba, me di una vuelta por el área de servicio de la de abajo y vi a Serena entrar en su dormitorio, el cual supuse que un día habría sido de mi hermana.

Tenía que buscar el momento para entrar en él. Sentía esa necesidad. Aparte, también debía ir haciéndome con la confianza del personal de la casa para, llegado el momento, poder obtener algo de información sobre Martina sin levantar sospechas.

Nadie decía que fuese fácil, pero sí que debía intentarlo con todas mis fuerzas. Y así lo haría. Tenía muchísimas ganas de avanzar en ese sentido.

Comenzaba a sentir algo muy contradictorio y a pocas horas de haber llegado. En cierto modo, siempre creí que me sobrecogería mucho colarme en aquella casa y, aun así, también sentía una tremenda alegría al estar rodeada de todas esas personas tan alegres que me habían acogido como una más de ellos.

Pensaba en todo ello mientras me daba la ducha y luego me coloqué un vestidín vaquero muy mono, estrechito. E pelo me lo recogí en una trenza que dejé caer sobre uno de mis hombros y apenas me coloqué un poco de rubor y rímel de pestañas, así como un color ligeramente rosado en los labios, con el que bajé a desayunar.

modelaje? Porque como todas las ideas las tengas igual, conozco atunes que las tienen mejores—reí.

—Venga, te veo en nada. Así que cuestionando mis ideas—se quedó relatando allí en medio.

Subí a darme una ducha, riéndome por lo vivido en el lago. Qué divertido había sido y cómo me había puesto su imagen al tratar de rescatarme.

Dante era un hombre que atraía, el dueño de una seducción innata que sabía muy bien cómo moldear. Para mí que en él nada quedaba al azar, que debía tener muy claro cuál era su potencial y que le sacaba el máximo partido.

Antes de subir a la planta de arriba, me di una vuelta por el área de servicio de la de abajo y vi a Serena entrar en su dormitorio, el cual supuse que un día habría sido de mi hermana.

Tenía que buscar el momento para entrar en él. Sentía esa necesidad. Aparte, también debía ir haciéndome con la confianza del personal de la casa para, llegado el momento, poder obtener algo de información sobre Martina sin levantar sospechas.

Nadie decía que fuese fácil, pero sí que debía intentarlo con todas mis fuerzas. Y así lo haría. Tenía muchísimas ganas de avanzar en ese sentido.

Comenzaba a sentir algo muy contradictorio y a pocas horas de haber llegado. En cierto modo, siempre creí que me sobrecogería mucho colarme en aquella casa y, aun así, también sentía una tremenda alegría al estar rodeada de todas esas personas tan alegres que me habían acogido como una más de ellos.

Pensaba en todo ello mientras me daba la ducha y luego me coloqué un vestidín vaquero muy mono, estrechito. El pelo me lo recogí en una trenza que dejé caer sobre uno de mis hombros y apenas me coloqué un poco de rubor y rímel de pestañas, así como un color ligeramente rosado en los labios, con el que bajé a desayunar.

Capítulo 10



El día lo pasamos genial, entre la piscina, las comilonas y las muchas bromas.

Por la tarde, Dante nos comentó que tenía un compromiso, una cena a la que asistir, y su madre nos dio la idea.

—Pues ya te puedes ir hijo, ¡¡que celebraremos cena de chicas!!

—Vale, pero que Alessandra no se acueste muy tarde, por favor.

—Papá, ya te he dicho que el examen está aprobado, déjame respirar un poco, que tengo que celebrarlo.

—Pero es que te quedan más, hija.

—¿Y me lo tienes que recordar ahora? Abuelita, menos mal que estás tú aquí. Que sepas que pienso grabar un montón de *reels* junto a ti. Quiero presumir de abuela molona.

—Querrás decir de diva, porque por encima de tu abuela, para el público, soy la gran Sofía Borromeo.

—Claro, abuela, lo que pasa es que los de mi generación no te conocen mucho—se encogió ella de hombros.

—¿Que no me conocen a mí? Yo soy parte de la historia de Italia, Alessasndra. Un mito viviente, ¿qué clase de generación es esa que no conoce a la gran Sofía Borromeo? Venga, graba de inmediato, que ahora mismo los voy a enterar.

Era un placer verlas juntas. Dos generaciones que nada tenían que ver y que se complementaban a la perfección porque ambas estaban afectadas por el virus del artisteo, ese que se te mete en el cuerpo y que no se va más, con e que abuela y nieta nacieron.

—Espera, abuela, que voy por el trípode, un momento.

La niña salió corriendo y Sofía me sonrió.

—Me lo paso pipa con ella, ¿y tú qué tal? Vamos a dar las indicaciones para esa cena de chicas, ¿te gusta estar aquí?

—Podría imaginar pocos lugares en el mundo más bonitos para estar que este, Sofía. Esta casa tiene encanto, mucho.

—Tú también tienes encanto. Y ya que lo tienes, a ver si lo usas para meterte en la bragueta de mi hijo, ¿no te gusta? Sé que igual puede parecerte que sea algo mayor para ti, pero te digo yo que Dante es como un toro bravo. En eso sale a su padre que, a su edad, cumple como un campeón.

—Pero Sofía, ¡qué cosas dices!

—Verdades como puños, niña… Eso es lo que digo.

Un rato después, bajamos las tres vestidas de blanco. La idea era celebrar una fiesta de despedida de la primavera y de entrada del verano.

Alessandra parecía un pequeño duende y ya estaba preparando todo su material, feliz como una perdiz. Pasé una noche muy entretenida con ella y con su abuela y, cuando por fin se fue a la cama, aquella gran dama del cine y yo nos quedamos con la magnífica compañía de una botella de limoncello que comenzamos a tomarnos chupito a chupito.

Sofía me hablaba de sus amores de juventud y de lo poco que perdió el tiempo antes de comenzar su noviazgo con Salvatore, su marido.

—Así pude comparar, ¿sabes? Porque si no, me hubiera quedado para siempre con la incertidumbre de si ese hombre valía o no la pena. Y te contaré una cosa que quizás no sepas porque eres muy joven, pero la incertidumbre es lo peor que puede tenerse en la vida. Si alguna vez te encuentras con un fuerte temor, despéjalo, no dejes que se te enquiste porque eso te jode por dentro, niña.

Sofía hablaba con toda la razón y poco podía imaginarse cuál era la incertidumbre que manejaba mi vida, esa que siempre estaba presente en mí.

Hablamos de todo y de nada, reímos y, finalmente, llegó la hora de irnos a la cama.

Una hora más tarde, yo estaba en vela, de manera que bajé a la cocina a buscar algo fresco que tomar. Cada vez que me encontraba en alguna estancia de aquella casa de las que Martina soliera frecuentar, me la imaginaba en cualquier actitud normal, diaria, a la que no prestara mayor cuidado, con su sonrisa en la boca… Me la imaginaba viva cuando tanto temía que no lo estuviese.

Me servía un vaso de agua helada cuando escuché el motor de un coche que se apagaba. Dante entró en cuestión

de segundos en la casa y, al ver luz en la cocina, se dirigió hacia ella.

Yo había bajado con un minúsculo pijama de short y camiseta de tirantes, un tanto infantil y con unos muñecotes… Uno que me regaló Elio, entre otras cosas, por mi anterior cumpleaños y que en ese momento lamenté haber elegido.

Por el contrario, a Dante pareció hacerle mucha gracia, esbozando una sonrisa al mirar esos muñecotes que, para colmo, quedaban encima de mis senos.

—Buenas noches. No te esperaba despierta, Carla—me comentó.

—Ni yo tampoco me esperaba—balbuceé un poco nerviosa y con el efecto del limoncello en el cuerpo. Maldita sea, ¿qué acababa de decir?

—¿Cómo? ¿Has bebido?

—Puede, y solo puede, que tu madre me incitase un poco. Y a Sofía Borromeo…

—No se le dice que no, ¿a mí me lo vas a contar? ¿Estás bien para irte a la cama?

—Claro que sí, ¿qué insinúas? Y hasta para dar botes en ella—le solté sin filtro y él lo que soltó fue su risa.

—Me alegra saberlo, ¿te echo una mano?

—No, no… Que yo puedo sola. Mira, voy a hacer la prueba: iré caminando hacia la puerta y súper derechita, tanto que te asombrará, ¿qué nos apostamos?

—Creo que mejor no apostamos nada.

—So cobarde.

—¿Cómo me has llamado?

—So cobarde, así te he llamado, ¿tienes algún problema con eso?

—Te apuesto una cena a que no vas derecha hacia la puerta.

—Harás trampas. Iré derecha y tú lo negarás. Tienes pinta de ser de esos hombres que siempre se quieren salir con la suya.

—¿De eso tengo yo pinta? No, no puedes decirlo en serio…

—Claro que lo digo. Acepto lo de la apuesta, pero necesitaremos un árbitro, algo…

—Más bien haremos otra cosa: grabaré cómo andas, así mañana podremos alcanzar un acuerdo sin que me taches de tramposo.

—De tramposo rico—puntualicé.

—De tramposo rico. Venga, anda…

Comencé a hacerlo y hasta yo me daba cuenta de que muy derecha, muy derecha, lo que se dice muy derecha no iba, las cosas como son.

—Tú estás torciendo la cámara, por eso no puedo ir bien—le reproché sin ningún sentido y saqué su risa.

—Perdona, pues dime cómo tengo que ponerla.

—Derecha, ¿es que acaso no ves que va torcida? Madre mía, te lo tengo que decir todo yo—negué y más se reía.

Entre risas, tropecé y entonces él, que estaba al quite, me cogió en el aire. Súbitamente, noté un olor a perfume femenino procedente de su cuello que dejaba poco margen para la imaginación: Dante venía de estar con una mujer y con una que tenía buen gusto para el perfume… Y para los hombres.

—Claro que lo digo. Acepto lo de la apuesta, pero necesitaremos un árbitro, algo…

—Más bien haremos otra cosa: grabaré cómo andas, así mañana podremos alcanzar un acuerdo sin que me taches de tramposo.

—De tramposo rico—puntualicé.

—De tramposo rico. Venga, anda…

Comencé a hacerlo y hasta yo me daba cuenta de que muy derecha, muy derecha, lo que se dice muy derecha no iba, las cosas como son.

—Tú estás torciendo la cámara, por eso no puedo ir bien—le reproché sin ningún sentido y saqué su risa.

—Perdona, pues dime cómo tengo que ponerla.

—Derecha, ¿es que acaso no ves que va torcida? Madre mía, te lo tengo que decir todo yo—negué y más se reía.

Entre risas, tropecé y entonces él, que estaba al quite, me cogió en el aire. Súbitamente, noté un olor a perfume femenino procedente de su cuello que dejaba poco margen para la imaginación: Dante venía de estar con una mujer y con una que tenía buen gusto para el perfume… Y para los hombres.

Capítulo 11



Entre mis sábanas, me revolvía con aquel sueño húmedo que tenía bien poco sentido.

Era de madrugada, lo cual debía corresponderse con la hora real, y de forma repentina se abría la ventana de mi dormitorio, entrando Dante por ella. Muy peliculero sí, pero si partíamos de la base de que era el dueño de la casa sentido no es que pareciera tener demasiado, las cosas como son.

Sin mediar palabra, venía hacia mí y me despojaba del pijamita de marras, de ese mismo con el que me había encontrado en la cocina.

—Demasiado inocente para una mujer como tú—me decía mientras lo hacía pedazos con sus propias manos, tirando de sus costuras.

Yo me había quedado muda por completo, si bien mi humedad habló por mí, traspasando mis braguitas hasta hacerse patente para él, quien una vez terminó de destrozar las prendas exteriores, comenzó con las interiores.

Todo esto sucedía mientras seguía vestido. Entonces yo también tiré de su camisa y, bajo ella, me encontré un pecho de lo más varonil, con algo de vello y alguna que otra cana salpicándolo, lo mismo que en su cabeza.

A mí un pecho así es que me puede. No soy de esas mujeres a las que los hombres les gustan depilados como el culito de un bebé, algo que me parece de lo más respetable… Cada una tiene su gusto y el mío se correspondía con cómo era Dante.

—Tócate para mí—me pidió en ese momento en el que sentí que el rubor me superaba, ¿cómo no iba a hacerlo ante semejante petición?

Ni se me ocurrió en ningún momento no atenderla. La exigencia con la que salió de su boca requirió de una acció firme por mi parte. Dante me ponía muchísimo… Me ponía tanto que, en aquel sueño, hubiese acatado cualquier orden que saliese de sus gruesos labios, que hacían juego con los míos.

Me toqué notando cómo mis mejillas iban adquiriendo el tono rosado propio del calor que comienza a emerger desde tus mismas entrañas cuando estas te echan fuego. Yo, que no podía regularme solita el termostato, hervía

para él mientras sus ojos seguían con dedicación el vaivén de mi mano sobre mi clítoris, ese botón majestuoso del placer que es capaz de sacar los más vibrantes de los alaridos de una garganta.

Me aferré a él en el momento en el que la celeridad de mi mano me llevó a acariciar de antemano el orgasmo que estaba por chillar. Lo hice con ansia, envolviendo mis labios con los suyos. Pronto fue su lengua la que entró en acción, cogiendo la batuta de una escena que me sacaba el corazón del pecho.

Dante me seguía instando a tocarme y aprovechó ese orgasmo que llegó de inmediato para introducir sus dedos en mí de una manera brutal, descarnada y que, como no podía ser de otra manera, sirvió para prolongar un placer que chillé como si no hubiese un mañana, a pleno pulmón y clavando las uñas en quien lo había propiciado.

Una vez sacó sus dedos, ya tenía buscado el sustituto. Su sexo erecto, palpitante e hirviente esperaba en primera línea su turno para entrar en mí. Y lo hizo mientras su dueño me tomaba de la cintura, colocándose estratégicamente con una estocada que me llevó a saber que era demasiada la química que saltaba a borbotones entre ambos.

Con él dentro, comencé a acompasar mis movimientos con los suyos, dejándome mecer en sus fuertes brazos y disfrutando cada uno de esos envites que le llevaban a lo más hondo de mí. Dante se movía de una forma sobrehumana, de una forma que me llevaba a delirar entrecerrando los ojos y sabiendo que aquello que estaba haciendo tenía una parte de hechicería de esa que me dejaría cautiva de un sexo que nada tenía que ver con el convencional.

El azul de sus ojos penetraba en mí… Y entonces algo me despertó. Justamente, se trataba de una de las hojas de la ventana que, como en el comienzo del sueño, se abrió de golpe.

Miré hacia ella y no, Dante no estaba allí. Qué sentido habría tenido que trepara, eso ya lo hemos anotado. Lo que sí estaba, y en grandes cantidades, era mi humedad… La humedad procedente de un sueño que me había puesto una barbaridad en mi segunda noche en una casa a la que había ido para una cosa, pero en la que me estaban sorprendiendo otras.

En cierta manera, me sentí hasta mal, como si esas “distracciones” me aparataran del verdadero motivo que me llevó hasta un lugar en el que deseaba, por encima de todas las cosas, dar con la verdad de lo que le sucedió a Martina.

Temblorosa por la mucha excitación acumulada en mi cuerpo, y también por ese alcohol que me bebí con Sofía y que aún no me había bajado del todo, me dirigí hacia la ventana y la cerré. El aire acondicionado estaba puesto y no deseaba que el fresco se disipara por ella, aunque en realidad tuve que bajar aún más la temperatura en una noche en la que mi cuerpo era un puro rescoldo.

Me costó volver a dormirme después de aquello. Debía concentrarme, puesto que era mucho lo que tenía por delante, tanto en mi búsqueda personal como en mi rendimiento profesional, pues me comprometí a sacar el libro de Dante. Y así ya os avecino que no podía yo avanzar demasiado ni en un sentido ni en el otro.

Capítulo 12



Me desperté con la llegada de un coche y enseguida pensé que podría ser Elio.

El muy loquillo no me había comentado cuándo llegaría, pero conociendo su gusto por conducir de noche, era má que posible que se tratase de él.

Me desperecé y miré por la ventana. Disfrutar de aquellas vistas era todo un privilegio. Y sí, se trataba de mi queridísimo amigo y mano derecha, que ya estaba allí.

En ese instante, salí de la cama de un salto y me di cuenta de que estaba desnuda, totalmente. Menos mal que no me dio por abandonar así la habitación o me hubiera quedado muerta al cruzarme con alguien. Y si hubiese sido con Dante, mucho más.

¿Perdón? ¿Qué estaba pasando allí? Pues que soy un poco sonámbula y que a veces me sucedían cosas como esa: me había tocado a conciencia esa noche. Y no solo en sueños.

Me apuré para coger algo que echarme encima y salí corriendo a darle el encuentro.

—¡¡Nenita!! —me chilló y, como si hiciera un par de años que no nos viéramos, me dio un pico de los suyos.

—¡¡Ya estás aquí!! No me habías avisado.

—Ni que yo fuera de la realeza y me tuviera que esperar un séquito, aunque una cosa te digo: una alfombra roja para mi llegada no habría estado mal.

—Y que tu psiquiatra te adelante la siguiente cita tampoco lo estaría—apunté.

—Qué brujilla que eres. Mi psiquiatra me adora, dice que soy su cliente más glamuroso. En resumidas cuentas, su cliente preferido.

—Querrás decir su paciente, ¿no?

—Bueno, si vieras los honorarios que le pago, entenderías que más bien me considero su cliente.

Él era así. Lo de ir al psiquiatra le venía fenomenal. Incluso nos lo recomendaba a todos como quien va al gym, poco más o menos.

Me giré para entrar en la casa y vi que Dante había observado la escena desde la entrada, sin intervenir para nada.

—Bueno, pues ya tienes otro loco en casa, y este viene hasta con sus papeles—bromeé.

—Es cierto, ¿quieres verlos? Pero no soy peligroso y, en cuanto a si muerdo o no…

—Tranquilo, tengo una adolescente en casa, no me voy a preocupar por nada—le contestó Dante con mucha sagudeza.

Entró en la casa y enseguida le condujeron hacia uno de los dormitorios contiguo al mío.

—Pero esto es una preciosidad. Nenita, tarda en tomar las notas para ese libro, que estas son unas vacaciones pagadas de ensueño.

—Pues no quieras ver el lago… Es para flipar, como de cuento.

—No me digas que tiene un monstruo, como el Lago Ness. Porque lo dices con un misterio…

—Es que todo en esta casa cuenta con un halo de misterio para mí. Y tú mejor que nadie sabes por qué—le comenté cuando nos quedamos solos y él deshacía el equipaje.

—Supongo que todavía no sabes nada, claro…

—No y, pese a eso, anoche ocurrió algo de lo más raro: Alessandra mencionó a Martina en la mesa.

—¿Todavía la recuerda? Si ella entonces era una niña chiquita, ¿no?

—Pues la recuerda y le guarda un gran cariño. Su padre se apuró cuando salió el tema. Para él tampoco debió ser fácil.

—Es que solo de pensarlo, me entran escalofríos, ¿te he dicho alguna vez que aparte de ser mi amiga más preciosa eres la más valiente?

—Nada de valiente. Hago lo que tengo que hacer y porque no me queda más remedio, que si no… Yo por mí no habría venido, pero se lo debo a Martina y a mis padres.

—Pues para no haber venido por ti misma, yo creo que aquí te encuentras muy a gusto, granujilla. Y no me extraña, el tipo te pone ojitos. Si me los llega a poner a mí, los pierde y sería una pena. Lo digo porque le saltaría encima de tal manera que las bolas se le saldrían. Las de los ojos, vaya, y las otras también—se carcajeó y yo con él.

—Ya, ya… Yo también he notado las miraditas. Y, aun así, anoche me dejó con su madre y su hija, y se largó. Ya te digo yo que venía de una cita porque a su vuelta olía a perfume de mujer que tiraba para atrás. Y del bueno, que él no se va a juntar con cualquiera.

—Ay, Dios, qué suerte tienen algunas. Bueno, es normal que un semental como él no desaproveche ni una sola de las noches de su vida porque sería un crimen contra la humanidad, ¿no piensas?

—No mucho desde que estoy aquí, la verdad.

—Nenita, ¿qué dices? Oye, que estás un poco espesa tú.

—Sí, más que un yogur de cemento. No sé qué me está pasando.

—Ay, Dios mío. Qué te va a pasar, que deberían estar prohibidos los tíos tan buenos, que son el origen de todo mal.

—Es lo mejor de tenerte en mi vida en tu condición de gay: cualquier otro hombre achacaría lo mismo a las mujeres.

—Pues ya sabes, agradece al cielo que me tienes aquí y, si me quieres, lánzate a los brazos de ese tiarrón.

—Sabes que yo no he venido aquí a eso y lo sabes.

—Claro que lo sé, nenita, pero ¿es malo si mientras cumples con tu cometido le das una alegría al cuerpo? Encima de que no te estoy despellejando viva de la envidia que te tengo, ¿no vas a tomar en consideración mis consejos? ¿Ves por qué necesito un psiquiatra? Yo no tengo la culpa de ser un neurótico. Esas cosas no se escogen. Yo, lo único que he escogido en la vida es lo de ser gay.

—Querrás decir que has escogido lo de salir del armario, porque gay venias tú de serie, guapito.

—Bueno, eso sí es verdad. Y en esta casa, ¿se desayuna o no se desayuna? A ver si ese canalla, encima de joderme fijándose en mi amiga y no en mí, me deja también muerto de hambre, aparte de muerto de envidia de la más cochina.

Capítulo 13



Después del desayuno, que compartimos entre todos, Elio se fue a ducharse y yo me quedé a solas con Dante.

—¿Y sigues manteniendo que Elio no es nada tuyo? Le he visto besarte en los labios al bajar del coche—me preguntó sentándose en el borde de la mesa.

No sé si sería mi imaginación, pero como que le noté con ganas de tomarme por la cintura y llevarme hacia él.

—¿Y tú, ¿tienes algo con alguien? Porque diría yo que tu cena de anoche no fue precisamente de negocios.

Se me notó el desparpajo y la gracia que le hizo.

—Ni idea de qué me hablas…

—Ya, ya. Pues Elio, pese a besarme, sigue siendo cien por cien gay. Es un gesto de amigos. Y no es un beso, es un pico.

—¿Y me podrías explicar la diferencia? —me preguntó con sorna.

—Es que esa explicación es más fácil darla de un modo práctico que no procede, Dante, aparte de que estoy seguro de que tú podrías impartir clases sobre ella.

—Sobre qué, ¿papá? —le preguntó Alessandra que iba hacia el jardín con Serena. Ya no tenía clases y tan solo estaba pendiente de hacer algunos exámenes.

—Sobre nada, hija, sobre nada… ¿Y tú dónde vas?

—Yo al jardín. Serena me va a grabar… Voy a dar una clase de fitness para principiantes, para todos mis seguidores.

—¿Vas a impartir tú la clase? ¿Y eso desde cuándo?

—¿Desde que tengo que expandir la cabeza, papá? Tengo que mostrar que soy una influencer completa o las demás se me subirán a la chepa. Mira todos los modelitos que me voy a poner.

—Hija, ¿y cuánto va a durar la clase? —le preguntó al ver todos los que Serena portaba en sus brazos—. Lo digo porque mientras te vistes, te desvistes… porque eso no lo harás en directo, ¿no? Que te cierro el canal o lo que sea que hayas abierto.

—Papá, en lo mío no estás puesto. Lo siento mucho. Tú serás un fiera en el mundo de las modelos y te lo habrás comido todo, pero de influencers no tienes ni idea. Qué pena me da con usted—dijo con acento colombiano y casi nos doblamos en dos de la risa.

—Hija, ¿y eso de la pena? ¿De dónde lo has sacado?

—Eso lo dice una influencer colombiana a la que sigo mucho. Es que no estás puesto en nada, no lo estás.

Se fue hacia el jardín y les seguimos.

—Yo es que si no lo veo no lo creo. Ha heredado todos los genes de mi madre—decía él.

—Y que lo digas. Tiene mis piernas esbeltas, que tanto han dado que hablar en el país al completo y buena parte del extranjero. Con eso y con su labia, esta niña llegará donde quiera, hijo.

—Buenos días, mamá. Y digo yo una cosa, ¿tiene que llegar ya? ¿No puede esperar un poquito? Es que la veo bastante joven. Vamos, digo yo.

—Ya lo puedes ver como quieras, que te digo yo que cuando el arte quiere aflorar, aflora. Tratar de impedirlo es como querer parar el caudal de un río, un imposible….

Les dejé allí charlando y me marché a buscar a Elio. Le necesitaba a mi lado para poder acceder al dormitorio de Serena, que en ese momento también estaba grabando a Alessandra y, por tanto, no era probable que entrase.

—Ven conmigo, corre—le pedí abriendo la puerta de su baño y sacándolo a la carrera.

—¿Con estos pelos? Qué cacho perra eres, porque tú vas divina todo el día y a mí me verá Dante como si fuese Chucky, el puñetero diabólico del muñeco ese.

—Que no, tontorrón, que Dante no te verá. Espero que ni él ni nadie, vamos al dormitorio de Serena, que ahora no nos ve nadie.

—Cualquiera que te escuche, creería que me estás proponiendo un plan. Ya voy, ya voy…

No se quitó ni la toalla que a duras penas le dio tiempo a colocarse en la cintura cuando entré en el baño a por él. Y de esa guisa me siguió por los pasillos de la casa.

—Es ese—le señalé a su puerta mientras nos cercioramos de que nadie nos veía entrar en él.

—Vale, nenita, pero ¿tú qué esperas encontrar ahí después de tantos años?

—Yo sé que encontraré alguna señal. Es algo que siento muy dentro. Tú no lo entenderías.

—Claro, porque yo no soy profundo como tú, ¿no? Pues aun así puedo entender lo que buscas, pero no creo que…

No le dio tiempo a decir ni mu. Tiré de su mano y lo metí a la carrera en el dormitorio. Cuando cerré la puerta, sentí como si un ciclo de mi vida hubiera llegado a su fin. Cuántas veces imaginé cómo sería el lugar donde mi hermana encontró privacidad durante el tiempo que pasó allí.

—Apuesto a que el mobiliario es el mismo porque se trata de un clásico atemporal, me refiero a esta madera—le comenté.

—Sé a qué te refieres, bonita. Es muy probable…

—Tenemos que encontrar algo. Estoy segura de que habrá alguna señal… Una nota, algo. Llevo años pensando en que es así y no puedo estar tan engañada.

—A mí me vas a volver loco, ¿por dónde empezamos?

—Tú abre esos cajones que yo miraré debajo de…

—Ay, Dios mío. Esto es delito, ¡¡por lo menos!!

—Delito sería irme de aquí sin saber la verdad. Yo no quiero curiosear en las cosas de Serena…

—Ya me imagino. A ver si te crees que yo estoy loco por olisquear sus bragas. Míralas, ordenadas por colores. Qué muchacha más maja. Pero ya verás cómo deja de serlo cuando vaya a ponernos una denuncia, porque te digo yo que de esta salimos esposados.

—Vamos a ver, ¿tú no sabías a qué veníamos?

—Claro que lo sabía.

—Pues entonces, ¿por qué rajas tanto?

—Porque saber que se trata de un delito no hace sino empeorar las cosas, ¿o es que te crees que te exime de la responsabilidad?

Yo trataba de concentrarme en la búsqueda cuando de manera abrupta se abrió la puerta del dormitorio y entonces Elio dio un tremendo grito y un salto que hizo que se le cayera la toalla, quedando desnudo delante de Lucrezia, quien gritó del mismo modo.

Entre los dos crearon tremenda alarma y Dante no tardó en llegar hasta allí, encontrándose la escenita.

.—¿Se puede saber qué hacéis aquí los dos y así? —nos preguntó confundido.

—Yo, que soy muy torpe y me he perdido, hombre. Es que no se puede tener casas tan grandes o, al menos tenerlas señalizadas o algo, que los que estamos acostumbrados a vivir en un apartamento nos hacemos un taco. Y Carla ha venido a buscarme—se excusó mi amigo.

—¿Y la toalla también la has perdido por el camino?

—Sí, sí, también. Es el caos. Y ahora, si os podéis ir, necesito un poquito de privacidad—se hizo la víctima.

—Pues será mejor que la busques en tu dormitorio. Este es el de Serena—recalcó Dante.

ı

—Ahí, es verdad. Si por eso ha gritado esta muchacha que yo creí que se había cogido los dedos con la tapa del piano del salón, pero se ve que no. Igual es que nunca ha catado varón.

—¿Cómo es eso que dices? —se cabreó Lucrezia—. Yo, por suerte, tengo marido. Lo que pasa es que él trabaja fuera de Italia y por eso yo estoy aquí interna…

—Ay, madre, y yo que creí que lo mío era una drama. No estoy para esto, me vais a tener que perdonar—nos solt él haciéndose el tonto y salió andando.

—Bueno, pues yo es que venía a limpiar el dormitorio, pero si sigue así de concurrido…—le comentó a Dante.

—No, claro que no. Ya nos marchamos—le respondió él.

—Ahora mismo, claro. Y perdona por el numerito, Lucrezia.

—No, si yo siento mucho haberos cortado el rollo. Pero mujer, para eso tienes tú un dormitorio mucho más grand que este y con unas vistas que son para alucinar, ¿qué se te ha perdido a ti aquí? —me guiñó ella el ojo.

Capítulo 14



Cada día allí con ellos era una fiesta. Cielos, yo es que echaba mucho de menos la vida en familia. Y aquella era estupenda. Las risas con todos eran continuas.

Por la noche, tras la cena, ese día entramos en el salón porque Sofía estuvo picando a su nieta para que nos tocase el piano, un instrumento que le fascinaba y que insistió en que aprendiera.

—Parece un ángel cuando lo toca. No es porque sea mi nieta, pero os lo digo de verdad—nos iba comentando súper orgullosa camino del salón.

—Y cuando no lo toco también parezco un ángel, abuela, ¿o es que vas a decir que no? —le preguntó ella.

—Tu abuela no sé lo que dirá, pero yo ya te digo que tu zalamería no te valdrá de nada si no apruebas el curso al completo, Alessandra—le recordó su padre.

—Abuela, dime una cosa, ¿mi padre ya era así de aburrido de pequeño o fue una desgracia que sucedió luego?

—¿Tu padre aburrido? Perdona, niña, pero que sepas que mi hijo heredó la marcha que la gran Sofía Borromeo, e decir, mi persona, tiene en el cuerpo. Yo, todo lo que he hecho, lo he hecho bien. Y mi hijo es mi mejor creación así que, si no quieres que se te acabe el chollo que tienes conmigo ni se te ocurra volver hablar así de él—le advirtió, tomándola del brazo mientras ambas se iban riendo, porque allí todo se decía en clave de humor salvo las advertencias que le hacía Dante a su hija.

Ellas se adelantaron con Elio y yo me quedé detrás con él, quien me cogió del brazo en un gesto que me agradó.

—¿Tu madre tiene razón? ¿Tú eres así de marchoso? —le pregunté.

—¿Me estás provocando? ¿Es una provocación en potencia?

—Puede y solo puede, que lo sea un poco.

—Puede y solo puede, que te lo demuestre.

Alessandra se sentó al piano y, muy ceremoniosa, nos habló.

—Querido público, señoras y señores, estoy aquí para complacerles—le hizo un gesto a Elio para ver si la estaba grabando, porque esa chica, cosa que hacía, cosa que subía a las redes—. Se admiten peticiones, ¿qué quieren escuchar?

—Ay, por favor, yo tengo una…

—La bella escritora tiene una, dime cuál es…

—*"Bella ciao",* ¿puede ser?

—Claro que puede ser… Venga, va…

—Sí, sí, ¡¡y yo la canto!! —se ofreció su abuela.

—No me puedo creer que vaya a tener tanta suerte, ¿nos vas a cantar, Sofía?

Aunque ella era actriz, había cantado en innumerables películas y tenía una voz preciosa, por lo que para mí sería todo un honor escucharla, igual que para Elio, quien se mostró igual de entusiasmado y aplaudió su propuesta.

—Claro que sí. Además, es una de las canciones preferidas de mi hijo. Ahora se ha puesto muy de moda por la serie esa de los encapuchados rojos con el bigote, qué tíos más raros, pero mi niño la cantaba con toda la gracia cuando era un mico—nos contó.

—¿Un mico? ¿Tú eras un mico? —me volví hacia él.

—Y tú eres un poquillo revolucionaria, por lo que yo veo. Sí, yo era un mico, pero de eso hace mucho tiempo— me contestó burlón.

—¡Un poquito de atención! —nos requirió Alessandra—. Señoras y señores... *"Bella ciao".*

"E le genti che passeranno
O bella ciao, bella ciao, bella ciao
Ciao"

Alessandra tocaba como el hada que parecía sentada al piano mientras Sofía era la encargada de ponerle esa voz magistral a una canción muy alegre a la que todos le hicimos los coros, cantando y bailando por todo el salón. Su hijo la seguía maravillosamente con el tono y, tomándome del brazo, bailó muy cerca de mí.

Elio me guiñaba el ojo y yo no podía sino carcajear… Se trató de una interpretación súper divertida que me encantó y a la que siguieron otras muchas, terminadas las cuales, la niña se acostó y nosotros nos quedamos tomando unas copas.

Como una hora después, y tras dar unos buenos tragos al limoncello, también Sofía se retiró.

—Os dejo, juventud, pero amenazo con volver. Buenas noches…

—¿Ya te vas, mamá?

—Sí, subo a mi dormitorio a hablar un poco con tu padre. Ya sabes que me echa mucho de menos y tengo que hacerle ver que yo a él igual—se burló.

—Mamá, no te hagas la dura. Si adoras a papá.

—Pues claro que le adoro, hijo, si no fuera así no le aguantaría. Lo de tener un hombre al lado es un plus, un trabajo extra. Has de quererle mucho para que te compense—bromeó.

Se marchó y nos quedamos hablando de ellos.

—Son una pareja ejemplar, siempre lo fueron. Es una suerte contar con un apoyo así en la vida—me contaba él.

—Sí que es cierto, se les ve fenomenal después de tantos años. Parece imposible encontrar hoy una pareja así…

—Y que lo digas, está el patio fatal. Mi último novio no pensaba más que en que hiciésemos tríos—nos soltó sin filtro alguno Elio, que él era así.

—O sea, que es cierto eso de que eres gay, ¿no? —le preguntó Dante, que hasta ese momento no las tenía todas consigo.

—Yo mucho, ¿tú quieres que te lo demuestre? No tendrías que convertirte ni nada si no quieres. Quedaría la cosa entre tú y yo, solo sería una noche loca de pasión desenfrenada. Y Carla tampoco diría nada, ya te digo yo que es muy discreta.

—No, gracias, me vale con tu palabra.

—Ok, ya me imaginaba. Yo tenía que intentarlo. Pues nada, ya que me he quedado chafado, tendré que ir a llorar a mi dormitorio—nos puso un puchero y se fue.

Nos quedamos allí, mirándonos a los ojos, y nos echamos a reír.

—Debo confesarte que cuando os encontré en el cuarto de Serena, a él desnudo y a ti a su lado…

—¿Qué? ¿Qué debes confesarme?

—Que sentí una especie de revulsivo interior y que me dieron muchas ganas de besarte.

—¿Es que tú también tenías ganas de hacer un trío? —le pregunté pícara.

—No, va a ser que no… Más bien tenía ganas de hacer esto—tiró de mi mano.

—Debo confesarte que cuando os encontré en el cuarto de Serena, a él desnudo y a ti a su lado…

—¿Qué? ¿Qué debes confesarme?

—Que sentí una especie de revulsivo interior y que me dieron muchas ganas de besarte.

—¿Es que tú también tenías ganas de hacer un trío? —le pregunté pícara.

—No, va a ser que no… Más bien tenía ganas de hacer esto—tiró de mi mano.

Capítulo 15



En un santiamén ya estuvimos en su dormitorio. Él me llevaba cogida de la mano y a mí me salía una insinuante sonrisa.

Era sexy, me resultaba extremadamente sexy. Su dormitorio era enorme y tipo suite, con un inmenso baño en su interior cuyo frontal contaba con un gran espejo que cogía de pared a pared, ante el cual salía una gran encimera con dos lavabos entre los cuales había espacio suficiente para sentarme como lo hizo.

Dante me subió el vestido hasta la cintura y luego terminó de tirar de él hasta que lo vi volar por encima de nuestras cabezas. A continuación, paró durante unos segundos en los que se recreó la vista y enseguida prosiguió con lo que estaba haciendo, mientras toqueteaba mis senos por encima de un sujetador del que igualmente se deshizo, dejándome solo con el tanga. Para quitármelo, me aupó ligeramente unos segundos y, antes de lanzarlo igualmente por los aires, se lo llevó a la nariz, saliéndole la más picante de las sonrisas.

Mientras con una mano me acariciaba los senos, se agachó y comenzó a separar mis labios vaginales. Me estremecí y lancé un gemidito placentero antes de notar que, de forma súbita, la temperatura subió varios grados y sin previo aviso.

Le tenía delante de mí, con esos intensos ojos azules puestos en mi vulva, la cual se iba abriendo al paso de su lengua. Dante parecía dispuesto a sortear cualquier obstáculo, a avanzar hacia mi interior con una lengua que se enroscaba y que tenía la capacidad de alcanzar cualquier recoveco de mi piel.

Me estremecía a su caliente paso y, mientras, comenzó a hurgar en mi clítoris, a agrandarlo, a hacer que los gemidos, concatenados con los suspiros, parecieran salir más de esa parte de mi cuerpo que de mi garganta.

Mi cuerpo se arqueaba, se estremecía… Mi piel se erizaba y entonces me hizo darme la vuelta, colocándome de rodillas sobre aquella encimera y encarando el espejo.

El morbo vivía en él y en aquel cuarto de baño. Dante tenía muchos tiros dados y eso se notaba. Mientras yo me miraba al espejo y observaba en segundo plano su seductor rostro, ese cuyo reflejo no me cansaría de ver, él fue avanzando a través de mi vagina con varios de sus dedos, los cuales se fueron colando hacia lo más íntimo de mí mientras yo comenzaba a gritar.

—Están insonorizados, todo mi dormitorio y el baño lo están—me indicó al ver que, de repente, me corté.

—Esas son extravagancias de ricos—le solté entonces y él se encogió de hombros. A renglón seguido, me dio má caña, como para hacerme pagar el comentario.

Su idea, yo lo tenía muy claro, era que me viera reflejada en el espejo mientras me corría, cosa que no tardó en suceder. En él dejé marcados también mis dedos y la forma de mi boca, pues acabé encima, ya que el cuerpo se me fue cuando me llegó el éxtasis.

Una vez me hube repuesto un poco, para lo que abrió uno de los grifos y me aplicó agua en la nuca y en el rostro, me llevó hacia la enorme cama, una que más bien parecía haber sido diseñada para celebrar en ella una orgía que para dormir una pareja.

Me colocó en el centro mientras se recreaba la vista. Y entonces se fue desvistiendo poco a poco. No había ni un ápice de prisa para un hombre que parecía haberse ganado a pulso el derecho de vivir la vida a su ritmo, sin que ningún tipo de agobio le asaltara.

Una vez desnudo del todo, y habiéndome hecho la boca agua al ver ese torso tal como lo imaginé en mi sueño, avanzó hacia mí como un elegante felino lo hace en busca de su presa.

No miento si afirmo que temblé de ganas en un momento en el que ese avance se vio precedido por su arma más varonil, la cual se mostraba alta y firme.

Por unos segundos sentí que aquel avance, tan sutil como salvaje, me llevaba a una jungla en la que el placer lo inundase todo. Dante me miraba de un modo que me hacía hervir, como si por cada uno de los poros de mi piel saliera fuego.

Una vez llegó a mí, me acodó en la almohada y me hizo echar la cabeza hacia atrás, con mi melena cayendo como si fuese un manto. Entonces me besó en el cuello de un modo tan apasionado y a la vez tan erótico que esos pezones míos, que ya de por sí estaban endurecidos, se volvieron de la consistencia de un roca mientras la lubricación lo empapó todo en mi interior.

Lo notó, notó cómo me mojaba. Sabía mucho y no se resistió a meter sus dedos en lo más profundo de mí para que esa lubricación le hiciera, a su vez, endurecerse también más, si es que eso era posible.

Seguía besando mi cuello con toda la sugestión que era posible mientras hacía esa incursión en mi vagina que me haría estallar en poco, puesto que también mi clítoris seguía siendo el destinatario de unas caricias que, de sus dedos, pasarían a ser nuevamente dispensadas por esa lengua suya que sabía demasiado, que había lidiado en muchas camas, que me hacía vibrar hasta el punto de creer levitar.

De repente, se levantó e hizo algo que no esperaba. Del techo, bajó una especie de barra hasta llegar a nuestra altura. Ni siquiera me había fijado en ese artefacto que tomé como una especie de moderna lámpara y que ya veía que no lo era. Se echó hacia un lado y de un cajón sacó unas esposas.

s

Yo no estaba acostumbrada a ese tipo de juegos y el simple hecho de escuchar el chasquido del acero ya me puso una barbaridad. Cuando digo que Dante era increíblemente morboso es porque así me lo parecía y porque le sobraban atributos para que así le considerase.

—¿Me vas a esposar? —le pregunté mientras me invadía tal calor que sentí que me derretiría.

Ni siquiera me contestó con palabras. Fue su sonrisa burlona y cien por cien sexy la que lo hizo. Y entonces me esposó a esa barra, dejándome de frente a él, totalmente indefensa y hundiendo su cabeza en mi entrepierna de un modo que me llevó a coronar el placer en cuestión de segundos, pues aún estaba muy reciente mi último orgasmo y prácticamente el nuevo se encadenó con el anterior.

Nunca me había sucedido eso y mi corazón vibraba de un modo que sentía cada uno de sus latidos, los cuales también parecían retumbar en mis sienes.

De fondo, una música sugerente que acompañaba… Y entonces se tomó su tiempo para colocar una serie de velas estratégicamente colocadas por todo el dormitorio, las cuales nos servirían para alumbrarnos mientras durase aquel espectáculo, porque si algo me estaba quedando claro era que el sexo con Dante se trataba de un verdadero espectáculo que me hacía arder las entrañas.

El incienso que también colocó penetraba por mi nariz mientas él lo hizo por ese otro orificio, al tiempo que mi cuerpo se recogía para absorberlo. No podía moverme, estaba presa de aquella barra y con las esposas puestas… Él hubiera podido hacer conmigo lo que le viniese en gana y yo… Yo me hubiese dejado hacer cuanto quisiera.

Su primera embestida fue lenta y profunda. Le fascinaba mirarme a los ojos, se notaba. Era como si en ellos
, descubriera más de lo que mis gemidos le dijeran, que ya era bastante. Se le notaba curioso, como queriendo controlar la situación por completo, como queriendo ser el amo de mis sensaciones, estar al mando y asegurarse de que eso que sentía con él no lo hubiera sentido antes.

Podía jurar que así era, aunque eso solo lo podía saber si lo investigaba en lo más profundo de mis ojos, si seguía haciéndose aquellas preguntas cuyas respuestas buscaba en los míos.

Poco a poco, fue aumentando el ritmo hasta hacerme enloquecer. En determinados momentos eran tan fuertes las sensaciones que sentía como si miles de pequeñas descargas eléctricas se dispersaran por mi cuerpo al completo, por ese cuerpo que se mostraba sediento del suyo, del cual quería beber.

Hablando de eso, más de una vez le pedí agua helada, que tenía cerca de la cama. Yo no estaba en disposición de cogerla, así que Dante me la administraba. Primero, apenas dejándola caer sobre mis labios y todo, yo lo notaba, para que mis suplicantes labios adoptaran aquella pose tan insinuante, rogando más. Y entonces él iba atendiendo

mi súplica, dándome de beber mientras el gélido líquido caía sobre mi garganta, la cual me abrasaba, la cual lo absorbía por completo.

Cuando le pareció, abrió las esposas y entonces me colocó de espaldas a él. También subió la barra y casi quedé colgando sobre la cama. Los latidos de mi corazón iban a más. Gesto que adoptaba de ese modo, gesto que a mí me ponía muchísimo. El cuerpo de Dante, deseoso y de espaldas al mío era un portento. Yo lo veía todo desde otro enorme espejo que había en el frontal de su cama. De hecho, en ese dormitorio había espejos por todos los lados, con la intención de devolver unas imágenes que humedecían, y mucho, con su sola visión.

En esa nueva postura, comenzó a recorrerme de espalda a piernas, de arriba abajo, haciendo especial hincapié en mis nalgas, las cuales no solo lamió y mordisqueó, sino que abrió con la intención de hacerme notar su grueso y caliente miembro.

Yo notaba que el sudor me recorría y, lejos de sentir vergüenza alguna, entendí que era parte de un morboso e incendiario juego que me volvió loca por momentos. ´

Cuando por fin le pareció que ya había jugado bastante conmigo, me poseyó desde atrás. Esta vez entró más fuert y desde el principio, mientras sus dedos se fueron hacia mi clítoris con la intención de que pronto estallase de nuevo.

Se me vino entonces la escena a la cabeza de la noche anterior y los celos que sentí al descubrir en su piel el perfume de otra mujer. También me salió una sonrisilla maliciosa al entender que a él también le asaltaron los celos al aparecer Elio en escena.

De nuevo fue embistiendo a más. Yo sentía un cierto escozor en las muñecas, aunque era mucho más el morbo.

—¿Estás bien? —me preguntó al notar que me quejé un poco.

—Perfectamente, no pares—le pedí y entonces descubrí esa sonrisa tan estimulante en su rostro, una sonrisa de medio lado que me podía.

Siguió y siguió… Ya eran incontables mis orgasmos. La escena reflejada en el espejo, mi cuerpo en tensión atravesado por el suyo… Mi aliento desbocado, el suyo en mi nuca…

Menudo sopor. Yo nunca había experimentado un aumento de temperatura tan brutal durante el sexo. Sentía que ardía al completo.

El alivio le llegó mucho rato después y no solo lo noté, sino que también lo vi en aquel espejo al que se asomó la imagen más seductora de un Dante que me dejaba sin respiración con su sola vista.

Hasta la forma de quitarme las esposas estaba cargada de altas dotes de seducción. Me encantó comprobar que,

pese a ello, lo hacía con mimo y hasta masajeó mis muñecas antes de invitarme a colocar la cabeza sobre la almohada mientras él seguía haciéndolo.

Creo que me dormí en cuestión de segundos porque no tengo ningún recuerdo al respecto. Extenuada, caí en un sueño profundo que me llevó a no volver a escuchar nada hasta que los cantos de los pájaros de la Toscana me despertaron por la mañana.

e

pese a ello, lo hacía con mimo y hasta masajeó mis muñecas antes de invitarme a colocar la cabeza sobre la almohada mientras él seguía haciéndolo.

Creo que me dormí en cuestión de segundos porque no tengo ningún recuerdo al respecto. Extenuada, caí en un sueño profundo que me llevó a no volver a escuchar nada hasta que los cantos de los pájaros de la Toscana me despertaron por la mañana.

Capítulo 16



—Buenos días, bonita, ¿has dormido bien? —me preguntó él y di un respingo.

—¿Estoy en tu cama? ¿Sigo en tu cama? —le pregunté acelerada.

—Sí y espero que no te haya dado calambre por tu reacción—rio.

—No, claro. Lo digo por tu hija, porque no sé si está en casa o…

—Tranquila. Mi hija no es una niña que se meta en nada, ella va a su bola.

—Ya, o sea, que está acostumbrada a verte con tus muchas conquistas—le contesté un poco decepcionada.

—No vayas tan rápido. Eso no es así. No vienen mujeres a casa. Mi casa es mi templo y a ella solo acuden personas que me importan de verdad.

—O quien te vaya a escribir un libro.

—Lo cual no es incompatible con lo anterior…

—Anda, no me des coba. Saldré con cuidado—le comenté.

—No tan rápido, ¿tienes prisa?

—No, supongo que no. Incluso igual me puedes dar aquí las primeras notas del día. Espera, que pongo la grabadora en el móvil.

—No pensaba yo en darte esas notas, la verdad. Prefiero más bien estas otras—me indicó avanzando con sus dedos hacia mi vulva.

Ay, Dios… Ya comenzaba de nuevo la fiesta y el día no había hecho más que amanecer. Y no es que yo me quejase, todo lo contrario, sino que me dejé escurrir entre las sábanas y agradecía esa insonorización de la que me

habló la noche anterior.

Cuando por fin nos levantamos, yo salí antes del dormitorio, pero Elio ya me había pillado con el carrito de los helados.

—Si crees que no me he dado cuenta de dónde has pasado la noche, vas apañada. Dime que se trata del mayor semental que te hayas encontrado nunca, por favor. Necesito saberlo.

—Es impresionante, Elio. Siento que me estoy metiendo en un lío, porque tú sabes la razón de que hayamos venido a esta casa.

—En un lío te metiste desde que aceptaste venir. Esto es un regalo que te ha caído del cielo y ningún daño le haces a tu hermana con aceptarlo, a mí no me vengas con tonterías porque no va a colar.

—En eso tienes razón. No por acostarme con él me olvidaré de mi objetivo. Es que yo llevaba tiempo faltita y él me ha dado una chispa… ¡no te lo imaginas!

—¿Una chispa? Te ha dado más bien la mecha entera, a mí no me vengas con milongas. Por cierto, que sepas que a Sofía tampoco se le ha ido por alto.

—Joder con los detectives que estáis hechos, ¿hay alguien que no se haya dado cuenta?

—La niña. Pero esa cuando lo sepa lo sube a las redes del tirón. Fijo que hace viral lo vuestro.

Pasé por mi dormitorio a darme una ducha. En cada palmo de mi piel encontraba aún el olor embriagador de Dante, quien bajaría un poco después que yo, por lo que me encontré con Sofía.

—Me alegro de que mi hijo te haya dado un buen repaso, eso indica que es un tío inteligente. Tú sigue así, que va por el buen camino—me comentó nada más verme y tras darme un beso.

—Bueno, ha sido una noche de pasión desenfrenada.

—Y una mañana también. Tú llevas todavía ese rubor en las mejillas, uno que no se consigue con ningún colorete De eso sé yo mucho, querida.

—¿De qué sabes tú mucho, abuela? —le preguntó Alessandra, quien venía muy contenta.

—¿Y tú de dónde sales con esa sonrisa? Lo que estamos hablando son cosas de mayores, cariño.

—Yo ya soy mayor y toda una profesional, ¡¡que ya ha aprobado varias!! Nos enseñó la App de su instituto, en la que aparecían sus calificaciones.

—Ven aquí. Ahora sí que te has ganado un beso.

—¿Y eso por qué, mamá? ¿Ha logrado un contrato multimillonario? —le preguntó su padre que ya venía también oliendo al fresco de la mañana.

—Porque tu hija ha aprobado varias. Está a un tris de sacar el curso al completo. Tendrás que compensarla.

—Muy cierto. Le daré una palmadita en la espalda por haber cumplido con su obligación, que es lo mismo que hacías tú conmigo cuando tenía su edad.

—¿Eso te hacía yo? ¿Y nada más? Me parece un poco cruel, hijo.

—Pues eso era lo que había, mamá—comentó él mientras comenzaba a mordisquear una tostada.

—Y así siempre, abuela. Dile que me merezco ese viaje a Maldivas.

—Se lo merece, hijo, se lo merece.

—Mamá, quiere ir sola. Y tiene 15 años. Tú no me dejabas ir solo ni a la esquina con su edad.

—Pero porque tú eras un crío. Ella es una influencer. Incluso Serena podría acompañarla. O hasta yo misma, tendría que mirar mi agenda.

—¿Harías eso por mí, abuelita? —se le abrieron mucho los ojos a Alessandra.

—Seguramente, porque el de abuela es el papel más bonito que he interpretado en esta nueva juventud, pues has de saber que yo no soy mayor, sino que estoy viviendo una.

—Todavía te dirá que es más joven que tú, Alessandra—rio Dante.

—Eso no. Pero más que tú, seguro. O, al menos, así me lo parece. Si tú me dejases…

—No cederé a tus chantajes, jovencita. Te los puedes ahorrar…

Dedicamos el resto de la mañana a tomar notas sobre sus vivencias. Los primeros años de su vida nos llevarían varios días, porque yo quería hacer un trabajo a fondo.

Además, no tenía la más mínima prisa por irme, así podría profundizar en el tema de Martina y ya, de paso, vivir una aventura sexual con Dante de esas que no se han de olvidar.

Lo mirase por donde lo mirase, estaban siendo unos días muy especiales en los que trataba con unas personas que no lo eran menos. En aquel jardín donde se desarrollaba buena parte de la vida de esa familia en las fecha calurosas que estábamos viviendo, las risas servían de hilo musical 24/7.

A media tarde, yo ya soñaba con otra noche de pasión como la anterior cuando Dante recibió una llamada.

—Me ha surgido un problema y tengo que volver a Milán un par de días. Es trabajo e importante—me informó tras atenderla.

—Vaya. Bueno… qué se va a hacer. No pasa nada.

—No pongas esa carilla. Te compensaré a mi vuelta—me hizo una carantoña.

¿Qué podía reprocharle? Pues por supuesto que nada. Que me hubiera gustado más que me pidiera que le acompañase, pues también. Pero que no tenía la más mínima obligación de hacerlo, pues tampoco, para qué iba yo a decir otra cosa.

En fin, que le vi hacer el equipaje y partir, y que en cierto modo me quedé un poco desinflada, más que nada porque igual podía ser que le reclamasen por trabajo o igual no. Lo mismo era una excusa que me había puesto para salir por patas en busca de cualquier otra chica que le reclamase en Milán o donde fuera, porque tampoco tenía por qué revelarme el verdadero motivo de su repentino viaje.

Lo mirase por donde lo mirase, estaban siendo unos días muy especiales en los que trataba con unas personas que no lo eran menos. En aquel jardín donde se desarrollaba buena parte de la vida de esa familia en las fecha calurosas que estábamos viviendo, las risas servían de hilo musical 24/7.

A media tarde, yo ya soñaba con otra noche de pasión como la anterior cuando Dante recibió una llamada.

—Me ha surgido un problema y tengo que volver a Milán un par de días. Es trabajo e importante—me informó tras atenderla.

—Vaya. Bueno… qué se va a hacer. No pasa nada.

—No pongas esa carilla. Te compensaré a mi vuelta—me hizo una carantoña.

¿Qué podía reprocharle? Pues por supuesto que nada. Que me hubiera gustado más que me pidiera que le acompañase, pues también. Pero que no tenía la más mínima obligación de hacerlo, pues tampoco, para qué iba yo a decir otra cosa.

En fin, que le vi hacer el equipaje y partir, y que en cierto modo me quedé un poco desinflada, más que nada porque igual podía ser que le reclamasen por trabajo o igual no. Lo mismo era una excusa que me había puesto para salir por patas en busca de cualquier otra chica que le reclamase en Milán o donde fuera, porque tampoco tenía por qué revelarme el verdadero motivo de su repentino viaje.

Capítulo 17



Trataría de aprovechar aquellos dos días en los que Dante no estaba en su casa para avanzar en mis pesquisas.

Me acerqué a Lucrezia, porque ella sí que estaba en la casa en la misma época que Martina. En realidad, debía llevar más tiempo allí que el timbre de la puerta, pues su matrimonio siempre lo vivió en la distancia, con su marido fuera… Qué vida tan extraña la suya.

Me senté en la cocina a tomarme un cafecito a la mañana siguiente y me hice la tonta.

—¿Y Serena lleva aquí tantos años como tú? —le metí los dedos.

—Ah, no. Ella llegó después de que Martina desapareciera—me comentó mientras ponía orden en la despensa.

—¿Quién es Martina y cómo que desapareció? —me hice la sueca.

—Chica, esa es una historia un poco turbia. No solemos hablar de ella y menos si está Alessandra delante, porque ella le tenía un gran cariño. Era su *nannie*, la que trabajó aquí hace unos años. Y un buen día no supimos más de ella.

—Pero eso es muy raro, ¿no sería que se despediría o algo?

—Qué va. La echamos de menos y no la encontramos más. No se llevó nada. La Policía estuvo investigando, un jaleo…

—Pero una persona no puede desaparecer por las buenas.

—Y menos ella, con el aprecio que todos le teníamos. Era muy divertida, así como tú y como tu amigo—me comentó.

Por un momento se me puso la carne de gallina, pero al hacer referencia también a Elio entendí que fue casualidad que me comparase con mi hermana.

—Vaya por Dios, ¿y no notasteis algo? A ver, si ella se fue por su propio pie…

—Es que yo no sé si se fue por su propio pie—me comentó mientras tomaba la precaución de cerrar la puerta—. Ten presente que te digo que esa muchacha no se llevó nada. Yo le tenía mucho aprecio y tampoco hizo ningún comentario de que se iba a marchar, todo fue tan raro… Es verdad que ella estaba muy extraña, que parecía haber perdido la alegría, que hablaba menos. Un día le pregunté si había problemas en su casa o si le pasaba algo, pero me lo negó en rotundo. Y, sin embargo, al poco tiempo desapareció. La Policía llegó a barajar el suicidio, que se hubiese tirado por un acantilado que hay no demasiado lejos—me contó y yo, pese a que lo sabía, tuve que hacer un esfuerzo por controlar mis escalofríos—. Pero no, el cuerpo no apareció. Nos alegramos mucho de que así fuera, porque todos la queríamos y habría sido un gran palo.

—Y entonces, ¿tú qué piensas que le pudo suceder?

—¿Entre tú y yo? Para mí que sufría mal de amores. Quizás conoció a algún chico en el pueblo y él no le correspondió o algo parecido. No sé, me da a mí por pensar.

—¿En el pueblo?

—Hombre, lo digo porque en la casa no iba a ser. Aquí no había chicos de su edad ni nada. Pero en el pueblo sí… más de una chica del servicio se ennovió con alguno por aquel entonces. Igual era una historia imposible, qué sé yo o él le dio calabazas sin más. Yo la veía triste y ese sufrimiento muchas veces viene de la mano de problemas del corazón, digo yo. Sus ojitos estaban apagados. Pensándolo ahora, con el paso del tiempo, para mí que fue eso.

—Pero ¿qué podría tener eso que ver con su marcha? ¿Crees que pudo irse con alguien y que él le hiciera algún daño?

—Dios no lo quiera, pero entra dentro de lo probable. Porque por sus cosas no volvió y su familia no supo más de ella. Cuántas veces me he acorado de sus pobres padres, lo que debieron sufrir.

—Ya me imagino, ya—le contesté con un nudo en la garganta.

—Bueno, ya está bien de hablar de Martina, que me pongo muy triste. Voy a seguir limpiando por aquí y por allá, que en una casa tan grande como esta nunca falta faena.

—Claro. Oye, muchas gracias por la charla.

—Si a mí me encanta. Ojalá me pagaran por charlar, pero no es el caso, así que me voy con la mopa a otra parte.

Y yo me fui a buscar a Elio, quien tomaba el sol en el jardín apaciblemente.

—Lucrezia piensa que mi hermana pudo tener un amor no correspondido en el pueblo, y de ahí su tristeza.

—¿Y ese tipo le habría hecho algo malo, nenita?

—Puede ser… Sabes que me resisto a pensar que…

—Lo sé, lo sé. No te pongas triste.

—Pero son ya muchos años y ella no nos haría pasar por este calvario. Martina nos quería mucho. En los últimos tiempos discutió con mis padres, lo cual no justifica…

—Claro que no. No deberías mortificarte. Venga, ¿te bañas conmigo en la piscina un ratito?

—Venga, sí. El agua me hará bien. Tenemos que volver a entrar cuando sea en el dormitorio de Serena. En cuanto tengamos la ocasión…

—De aquí vamos a salir esposados, te lo digo yo.

—Bueno, cabe la posibilidad de que a algunas ya nos hayan puesto las esposas—le comenté con retintín.

—No me lo puedo creer, ¿le van esos jueguecitos? Es que solo de pensarlo me… Me tengo que ir, que mira lo que me está pasando.

Tenía confianza conmigo para eso y para más. Elio la tenía y por eso me decía toda clase de disparates o se señalaba al paquete, como lo estaba haciendo en ese momento, mientras corría porque el abultamiento que estaba cogiendo así lo requería.

—¿Y ese tipo le habría hecho algo malo, nenita?

—Puede ser… Sabes que me resisto a pensar que…

—Lo sé, lo sé. No te pongas triste.

—Pero son ya muchos años y ella no nos haría pasar por este calvario. Martina nos quería mucho. En los últimos tiempos discutió con mis padres, lo cual no justifica…

—Claro que no. No deberías mortificarte. Venga, ¿te bañas conmigo en la piscina un ratito?

—Venga, sí. El agua me hará bien. Tenemos que volver a entrar cuando sea en el dormitorio de Serena. En cuanto tengamos la ocasión…

—De aquí vamos a salir esposados, te lo digo yo.

—Bueno, cabe la posibilidad de que a algunas ya nos hayan puesto las esposas—le comenté con retintín.

—No me lo puedo creer, ¿le van esos jueguecitos? Es que solo de pensarlo me… Me tengo que ir, que mira lo que me está pasando.

Tenía confianza conmigo para eso y para más. Elio la tenía y por eso me decía toda clase de disparates o se señalaba al paquete, como lo estaba haciendo en ese momento, mientras corría porque el abultamiento que estaba cogiendo así lo requería.

Capítulo 18



Yo dormía a la mañana siguiente cuando escuché un motor de coche que reconocí. Me asomé por la venta ¡y era Dante!

Me alegré muchísimo porque estuvo fuera un día menos de lo previsto. Lo que quisiera que le llevó a marcharse de la casa no le ocupó tanto tiempo y eso me hizo sonreír e incluso pensar en que no me hubiese mentido.

Alessandra voló a darle el encuentro con su móvil en la mano.

—¡Las he aprobado todas! —le chilló y se tiró tan fuerte encima de él que ambos cayeron de espaldas.

—¿Todas? ¡¡Esa es mi niña!!

—¡¡ Te lo dije!! ¡¡Ahora ya no tienes excusa para no dejarme volar a Maldivas!!

—Desde luego que eres de lo que no hay, hija—le decía mientras se ponía en pie.

Yo había bajado corriendo también a saludarle. Sentí mucha alegría con su llegada, muchísima. Y eso provocó que corriera a verle.

—Díselo tú, que debe dejarme volar hasta allí, Carla.

—Yo no puedo meterme en ese berenjenal, Alessandra, eso es entre tu padre y tú.

—Papá, porfi… Tú querías que aprobara y lo he hecho. Pues bien, ahora lo que más ilusión me hace en el mundo es pasarme todo el verano como influencer. E ir a Maldivas le dará un caché a mi carrera que…

Le miró suplicante y él de pronto le sonrió.

—Te vas a salir con la tuya, pequeñaja, ¡¡pero nos iremos todos!! —exclamó.

Me alegré mucho por Alessandra, porque se lo merecía, aunque me dio mucha pena pensar en que pronto le

perdería de vista. Qué se iba a hacer, tendríamos que meter el turbo a lo de su libro.

—¡¡¡Vale!!! —chilló ella dando saltos—. ¿Lo has escuchado, Carla?

—Sí y me parece una idea magnífica. Te lo pasarás genial con tu padre y con tu abuela en Maldivas. Igual también os acompaña tu abuelo.

—¿Mi padre? No, a él no le gustan esos destinos. Pero espero que a Elio y a ti sí. Cuando digo que nos vamos todos, ¡¡es que nos vamos todos!! —me anunció Dante y me volví loca de contenta.

—¿Nosotros también? Ay, por favor, ¡¡que estoy dando botes!! ¡¡Elio, corre!! —le chillé.

—Chica, ¿¿qué es lo que pasa?? ¿¿Dónde está el fuego?? Por favor, que lo haya y que vengan los bomberos….

—Ningún fuego, todo lo más un resplandeciente sol en Maldivas, ¡¡que Dante nos invita a ir con ellos!!

—¿A las Maldivas? Ay, Dios, tengo que renovar mi vestuario de baño y…

Salió zumbando, dándose de frente con Sofía, a la que cogió en brazos y todo.

—Cuánta efusividad, chico, ¿has encontrado novio?

—Mejor aún, Sofía, ¡¡nos vamos todos a las Maldivas!! —le decía sin soltarla.

Así se hacen las cosas cuando uno tiene dinero. Y más cuando…

—Nos iremos mañana mismo—me comentó.

—No puede ser, ¿y los billetes?

—Mi hijo se ha comprado un jet privado hace poco, ¿no te lo ha contado? Cómo sabe que esas cosas no te impresionan. Te ha metido en su cama, pero de eso ni una palabra. Tú le convienes. Carla—me dio un codazo ella

—¿Tienes un jet privado? ¡¡Yo no he montado en uno en mi vida!!

—Es que, cuando vuelo lejos, que ocurre muchas veces, me llevo demasiado tiempo fuera de casa y sin ver a mi hija. Tener uno a mi disposición me permite acortar los tiempos.

—Vamos, que te ha quedado genial, pero que en realidad se traduce en que eres rico y te lo puedes permitir. A mí me parece fenomenal, ¡¡y más cuando voy a volar en él!!

Aquel mundo era muy novedoso para mí y un dulce no le amarga a nadie, eso no hace falta ni decirlo.

El resto del día lo dedicamos las chicas a ir de compras porque queríamos renovar nuestro vestuario para tan paradisíaco lugar y Elio igual, con lo cual se unió a nosotras.

Dante se quedó en casa despachando trabajo. No se había hecho millonario por casualidad. Él tenía un gran sentido del deber y de la responsabilidad y no se le caían los anillos por echar muchas horas de trabajo, el cual además le apasionaba.

Yo me imaginaba que vivir rodeado de modelos para él debía ser la panacea. Y luego trataba de centrarme y olvidarme de unos pensamientos que me escocían tanto como mis muñecas cuando él me puso las esposas.

—Abuelita, ¿me sienta bien este? —le preguntó Alessandra respecto a aquel trikini amarillo flúor.

—Muy chulo…

—Vale, pues ya tengo tu visto bueno, ¡¡me lo llevo!!

—No tan rápido, jovencita. Date la vuelta…

—Abuela—refunfuñó.

—Ni abuela ni nada. Con ese tanga, no. Tienes 15 años y paso de movidas con tu padre. Ahora se han invertido las tornas y es él quien me echa las broncas a mí, ¡¡así que descartado!!

La niña hizo un mohín de desaprobación, pero no le quedó más remedio que dejarlo allí.

Cuántas veces me imaginaba lo divertida que le resultaría también a Martina y lo mucho que le hubiera gustado verla convertida en la mujercita que comenzaba a dejarse vislumbrar en su cuerpo.

Por la noche, todos preparamos el equipaje, felices y contentos, a excepción de Dante, quien seguía recluido en su despacho.

—Cuando trae algo de trabajo entre manos no para hasta ponerle el último punto y la última coma. Siempre le pasa igual, pero no te preocupes, que en los viajes siempre desconecta. Le tendrás todito para ti—me decía su madre.

—Sofía, que yo soy ninguna acaparadora.

—Pues más tonta serás si no tratas de acapararle. Mira, yo cuando conocí a Salvatore, les dejé muy claro a todas que era mío y solo mío. Además, que…

Sus anécdotas eran muy divertidas y te contaba una detrás de otra.

—¿De verdad tu marido se perderá este viaje? ¿No le importa?

—Parece alérgico a las islas y al postureo, del que yo me nutro. Si lo nuestro funciona así de bien es porque cada cual tiene su espacio y nos respetamos. Tú no sufras por eso, que yo me lo pienso pasar de lujo.

Sus anécdotas eran muy divertidas y te contaba una detrás de otra.

—¿De verdad tu marido se perderá este viaje? ¿No le importa?

—Parece alérgico a las islas y al postureo, del que yo me nutro. Si lo nuestro funciona así de bien es porque cada cual tiene su espacio y nos respetamos. Tú no sufras por eso, que yo me lo pienso pasar de lujo.

Capítulo 19



No resistí la tentación de acostarme sin entrar a verle en su despacho. No cuando recordaba la última noche que pasamos juntos en la casa y toda yo me venía arriba, muy arriba.

Toqué con los nudillos en su puerta.

—Pasa, Carla—me comentó aun sin verme la cara.

—¿Sabías que era yo? —le pregunté al abrir la puerta y entrar.

—Nadie más llama a mi puerta cuando estoy trabajando—me respondió.

—Oye, si te he molestado me marcho. No hay problema.

—¿Molestarme? Estaba contando los minutos para que tocaras esa puerta.

—¿Sabías que lo haría? Pues mira que lo he dudado.

—También sabía que lo dudarías, pero que finalmente lo harías.

—Me parece a mí que tú sabes demasiadas cosas—le dije acercándome a él, coqueta.

—Y tú sabes lo que quiero ahora, ¡y cómo lo quiero! —exclamó mientras me tomaba por la cintura y, sin levantarse de la silla, me tumbaba sobre su mesa.

Me salió una libidinosa sonrisita a la vista de lo que iba a ocurrir sobre esa mesa que nos sirvió de improvisada cama. Yo llevaba puesto una vestidito con unas de esas zapatillas de cuñas anudadas a las piernas, como a él le gustaban.

Fue lo único que me dejó tras tirar hacia arriba de mi vestido y dejarme en tanga, puesto que no llevaba sujetador.

De nuevo ese gesto tan suyo de tomar aire antes de darse el atracón conmigo. Su olor, su forma de moverse, la

gravedad de su voz… Todo me producía un calor sofocante, todo cuando estaba ante un hombre al que deseaba hasta el punto de sentir que las entrañas me abrasaban.

Me contoneé sobre la mesa mientras él metía sus dedos por las tiras de mi tanga con la intención de deshacerse de él. Mi piel, tan erizada, supuso para él la señal más fidedigna de que cada vez que me tocaba me gustaba más que la anterior.

Serpenteé sobre la mesa mientras él seguía desnudándome y tomaba aire, como dándose unos segundos antes de comenzar a degustar ese manjar que mi cuerpo suponía para él.

Yo también estaba deseando que se quitara la camisa, que se despojase de esa prenda que me impedía ver el torso que más me ponía en el mundo, ese que acababa en una tableta de chocolate que estaba para comérsela enterita, a lametazos.

No obstante, fue Dante el primero en lamer. Y lo hizo de mis labios vaginales mientras con cada sacudida de su lengua me sacaba los más hondos de los suspiros y yo me aferraba a sus brazos.

—Tu despacho no estará insonorizado—le comenté al darme cuenta de que no podía cometer una imprudencia.

—No lo está—me sonrió y entendí que ese sexo debía ser para mí y solo para mí, que no podía chillarlo como cuando estábamos en su habitación y creábamos un mundo solo para nosotros.

Ahogué esos primeros y placenteros gemidos mientras mis uñas dejaban marcas en sus fuertes brazos, esos que me iban recorriendo. Cuando me provocó ese largo e intenso orgasmo que hube de chillar para mi interior, sin dejar de mirarle fijamente en ningún momento, solté todo el aire de mis pulmones y me relamí de gusto ante la vista de lo que estaba por suceder.

Dante se puso de pie, se despojó de su camisa y se deshizo igualmente de sus pantalones, colocándome a cuatro patas sobre la mesa e introduciendo varios de sus dedos, que previamente se aseguró de mojar en mi boca, en mi cavidad anal.

Cuando me lo hubo hecho así durante bastante rato, salió de mí y, tomándome por la cintura, se sentó mientras me colocaba encima de él y yo comenzaba a saltar. Tenerle dentro al tiempo que me daba la posibilidad momentánea de tomar las riendas equivalió para mí a la oportunidad de demostrarle cuánto de loco le podía volver también.

La lujuria entre ambos estaba desatada. Tanto que yo cada vez saltaba más, y en ciertos momentos hasta su pene salía de mí, si bien en el rebote volvía a entrar y ahí ya le aprisionaba.

Quería dárselo todo y él notaba mi ansia, la cual recibía con una sonrisilla burlona que me podía. Dios, me parecía tan irresistible…

—¿Estás cansada? —me preguntó mientras, perlada por una capa de sudor, seguía saltando sobre él.

—Nunca podría cansarme de esto. Nunca, ¿me oyes? —le decía yo al oído y él adoptaba una mueca seductora qu ganas me daban de comérmelo.

Cuando le pareció que ya era bastante, me pidió que me agarrase a él y me levantó mientras yo le rodeaba con las piernas. Ahí volvió a tomar el control y sus fuertes embestidas a punto estuvieron de llevarme al desmayo.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó mientras el pulso se me aceleraba y el corazón se me desbocaba.

—Perfectamente. Solo quiero que sigas. Hazlo, por favor—le pedí.

—Claro que seguiré, preciosa. No tengo la más mínima intención de parar.

Y cumplió su palabra porque recorrimos cada una de las paredes de ese despacho y luego fuimos a parar también al sofá y a la alfombra, de manera que cuando quisimos darnos cuenta no nos faltaba un rincón de esa estancia po explorar.

Una vez se desparramó en mí, después de que yo lo hiciera varias en él, me dedicó una preciosa sonrisa.

—Y ahora te llevaré a la cama como las niñas buenas. Vamos—me comentó dándome un apasionado beso.

—Pero alguien puede vernos—le comenté mientras le dejaba hacer.

—Eres muy bonita—fue toda la respuesta que me dio mientras me llevaba en volandas hasta mi cama.

—¿Y tú qué vas a hacer ahora?

—Me quedan un par de horas de trabajo y luego he de hacer el equipaje. Te dejo en tu dormitorio para no despertarte al hacerlo—me informó.

El corazón se me subió en un columpio. No me “repudiaba” allí ni mucho menos. Solo se trataba de respeto por mí y de dejarme descansar a gusto antes del ansiado viaje.

—¿Estás cansada? —me preguntó mientras, perlada por una capa de sudor, seguía saltando sobre él.

—Nunca podría cansarme de esto. Nunca, ¿me oyes? —le decía yo al oído y él adoptaba una mueca seductora que ganas me daban de comérmelo.

Cuando le pareció que ya era bastante, me pidió que me agarrase a él y me levantó mientras yo le rodeaba con las piernas. Ahí volvió a tomar el control y sus fuertes embestidas a punto estuvieron de llevarme al desmayo.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó mientras el pulso se me aceleraba y el corazón se me desbocaba.

—Perfectamente. Solo quiero que sigas. Hazlo, por favor—le pedí.

—Claro que seguiré, preciosa. No tengo la más mínima intención de parar.

Y cumplió su palabra porque recorrimos cada una de las paredes de ese despacho y luego fuimos a parar también al sofá y a la alfombra, de manera que cuando quisimos darnos cuenta no nos faltaba un rincón de esa estancia por explorar.

Una vez se desparramó en mí, después de que yo lo hiciera varias en él, me dedicó una preciosa sonrisa.

—Y ahora te llevaré a la cama como las niñas buenas. Vamos—me comentó dándome un apasionado beso.

—Pero alguien puede vernos—le comenté mientras le dejaba hacer.

—Eres muy bonita—fue toda la respuesta que me dio mientras me llevaba en volandas hasta mi cama.

—¿Y tú qué vas a hacer ahora?

—Me quedan un par de horas de trabajo y luego he de hacer el equipaje. Te dejo en tu dormitorio para no despertarte al hacerlo—me informó.

El corazón se me subió en un columpio. No me “repudiaba” allí ni mucho menos. Solo se trataba de respeto por mí y de dejarme descansar a gusto antes del ansiado viaje.

Capítulo 20



Lo bueno de tener un jet privado es que puedes improvisar un vuelo cuando te dé la real gana, así que nosotros volaríamos tras el desayuno, el cual hicimos todos juntos.

—Os voy a comenzar a grabar ya, mientras recuperáis fuerzas—nos dijo Alessandra, a quien la emoción la embargaba por completo.

—A mí ni se te ocurra cogerme comiendo que es algo que no soporto—le advirtió su abuela—. Y me pillas siempre por el lado derecho, que es el bueno.

—Mamá, si tú todos los lados los tienes buenos, ¿no es eso lo que diría tu ego?

—Pues sí, hijo, pero se da la circunstancia de que este lo tengo mejor, así que ni se le ocurra a la niña…

Tras el desayuno, nos trasladamos en un par de coches hasta el aeropuerto.

—Esto de Maldivas es un sueño, un sueño—me decía Elio en el momento en el que, avanzando por el aeropuerto, Dante me dio la mano—. Ahí lo llevas, y eso es otro—hizo como que se mareaba y todo.

—Oye, que nos verá Alessandra—le comenté.

—¿Es que acaso crees que voy a renunciar al placer de dormir contigo en Maldivas? Alessandra ya no es una cría, ¿no es eso lo que me dice siempre?

—No, esa sabe latín—añadió Elio—. Dios mío, ¡dame un ligue estos días que me quite la pena!

—Si no se lo da, le tendrás que alquilar uno con tal de no escucharlo—le comenté yo entre risas, porque iba súper contenta.

Alessandra nos miró y esbozó una sonrisita.

—Si ya lo sabía, ¿os puedo grabar haciendo manitas? Y os hago un *reel* con eso.

—Lárgate de aquí, anda—le sugirió su padre.

—Vale, pero os lo hago—iba ella grabando.

Subimos al jet y claro… Eso es vida.

—Yo me siento al lado de mi Sofía, que estoy deseando que se me pegue algo del glamur—nos dijo Elio.

—Tú sí que sabes, jovencito. Lástima que seas gay y que te saque 40 años, que si no…

—Por cierto, y hablando de eso, alguien cumple años en unos días—les anunció él.

—Eres muy bocazas tú, pero que muy bocazas.

—¿Tú los cumples? —me preguntó Dante.

—Si va a coincidir en Maldivas. En realidad es un verdadero regalo.

—Papá, pero aparte tendremos que hacerle una fiesta allí, ¿no te parce? Es tu chica—añadió la cría y yo me sonrojé.

—Lo ha dicho ella, lo de tu chica.

—Claro que lo ha dicho—me señaló a que íbamos de la mano.

Todo estaba transcurriendo muy rápido. Yo me imaginaba que sería una especie de ficción que viviríamos esos días que pasaría junto a Dante. Y no me lo quería perder. En ese viaje, yo misma me permitiría desconectar del tema de Martina y de la pesada losa que solía ser para mí, siempre pensando en ella y en lo sucedido.

Me merecía un respiro y me lo tomaría, así que me imbuí de la alegría que presidía aquel jet donde la tripulación al completo se mostró súper amable con todos nosotros, haciendo de ese vuelo un verdadero acontecimiento para recordar.

Teníamos muchas horas por delante de vuelo, pero también la certeza de que se nos harían muy cortas, puesto que el viaje nos resultaba entretenido al máximo con esa Alessandra yendo y viniendo, grabándolo todo, y esa otra Sofía Borromeo, quien le contaba a un desternillado Elio cantidad de anécdotas que le habían sucedido a lo largo de su vida en el cine, algunas de las cuales eran tan subidas de tono que no pudimos recogerlas en su biografía.

Me llamaba la atención que Dante, pese a lo poco que había descansado la noche anterior, al acostarse tan tarde, aguantase así de bien, pues no tenía la más mínima intención de dormirse. Por el contrario, quería que yo le

contase cosas mías e, igual que me sucedía en otras ocasiones, no podía resbalarme porque una metedura de pata daría al traste con mis intenciones.

No voy a decir que no me estuviera metiendo yo solita en un buen embrollo implicándome tanto con él. Solo diré en mi defensa que una fuerza irrefrenable me arrastraba hasta ese hombre y que, como cualquier ser humano, tengo mi parte débil. Y si se trata de no poder resistirme ante un bombón como aquel, pues mucho más.

Con el paso de las horas, yo sí que terminé por claudicar y caí dormida, momento que aprovechó para tumbarme sobre sus rodillas y darme un masaje en las sienes que me sentó de maravilla.

De vez en cuando, abría los ojos y me lo encontraba ahí, con su preciosa y blanquísima sonrisa, mirándome muy cariñoso. Luego echaba una ojeada a mi alrededor y concluía que aquel era una viaje de ensueño, uno que compartiría con el hombre que tanto me estaba atrayendo y con su familia, aparte de con mi inseparable Elio.

Maldivas, sin nada más que añadir, ya es sinónimo de paraíso, pero si le unimos la mejor compañía, ya puede ser algo de otro mundo.

contase cosas mías e, igual que me sucedía en otras ocasiones, no podía resbalarme porque una metedura de pata daría al traste con mis intenciones.

No voy a decir que no me estuviera metiendo yo solita en un buen embrollo implicándome tanto con él. Solo diré en mi defensa que una fuerza irrefrenable me arrastraba hasta ese hombre y que, como cualquier ser humano, tengo mi parte débil. Y si se trata de no poder resistirme ante un bombón como aquel, pues mucho más.

Con el paso de las horas, yo sí que terminé por claudicar y caí dormida, momento que aprovechó para tumbarme sobre sus rodillas y darme un masaje en las sienes que me sentó de maravilla.

De vez en cuando, abría los ojos y me lo encontraba ahí, con su preciosa y blanquísima sonrisa, mirándome muy cariñoso. Luego echaba una ojeada a mi alrededor y concluía que aquel era una viaje de ensueño, uno que compartiría con el hombre que tanto me estaba atrayendo y con su familia, aparte de con mi inseparable Elio.

Maldivas, sin nada más que añadir, ya es sinónimo de paraíso, pero si le unimos la mejor compañía, ya puede ser algo de otro mundo.

Capítulo 21



Aterrizamos en el aeropuerto de Male y ya de era de noche. Contemplar las islas de día, con toda la luz que ello conlleva habría de esperar hasta el día siguiente, aunque el espectáculo nocturno también debía resultar imperdible.

—Ya estamos en Maldivas y, si os digo la verdad, es alucinante, pero que mucho. Lo que vamos a enseñaros estos días será un extracto de lo que aquí vivamos, porque me temo que todo no me dejarán grabarlo—iba diciendo Alessandra.

—Y si no me coges mi lado bueno, no grabarás nada de nada—le recordaba su abuela, que ya volvía a llevar una pamela divina, que para eso ella lo era.

—Lo estoy teniendo en cuenta, tranquila. Saluda a las nuevas generaciones, abuela…

—Ah, por cierto, a vosotros os quería yo decir que si no sabéis quién es la gran Sofía Borromeo estáis muy perdidos en la vida, mocosos, pero que muy perdidos—les advirtió ella mientras los demás nos tronchábamos.

El complejo, hasta el cual terminamos por llegar en un pequeño vuelo doméstico desde el aeropuerto de Male porque así era más sencillo, nos dejó boquiabiertos a Elio y a mí.

—¡¡Es el mejor de todos, papá!! Yo los tenía bien mirados y este lo es—le dijo Alessandra dándole un gran abrazo.

—Eso por haber aprobado el curso. Si el año que viene no lo haces, te advierto que te quedas bajo un puente.

—Abuela, me lo dice para hacerme rabiar.

—Tranquila, yo me pasé toda su infancia diciéndole que me lo encontré debajo de una vaca. Piénsalo, a ver quién puede más—le dijo ella mientras me guiñaba un ojo.

—¿Eso te decía tu madre?

—Eso mismo, así que valora…

—O sea, que los ricos también tenéis vuestros problemillas.

—Alguno que otro, pero luego llega alguien como tú y se nos olvidan todos, preciosa—me dio un beso.

Yo no sabía a qué estábamos jugando exactamente, pero sí que el juego me resultaba de lo más excitante. Solo tenerle a mi lado y escucharle soltar esas perlas por la boca, ¡uff! Cómo me ponía…

El resort de veras que era para perder el sentido, con esas impresionantes y cómodas villas a pie de mar dando a esas aguas cristalinas a través de las cuales puedes ver todo el fondo marino. Y por si en algún momento tienes más ganas de recogimiento, también cuentan con piscina privada. En cuanto a su interior, poco más qué decir… Impecables, preciosas, súper acogedoras… Para quedarte a vivir en una de las villas, sin duda. Y todo ello integrado en una isla exclusiva para visitantes de esas que quitan el hipo.

s

—A Salvatore seguro que no le importa que yo me quede en una de las dos villas contigo, Sofía, que soy manso—le dijo Elio con su sal y su pimienta.

—Ay, si me hubieras cogido con muchos años menos, igual te hago hasta cambiar de opinión, *bambino*. Alessandra, tú te alojarás también con nosotros—le indicó su abuela.

—Pues nos van a obligar a ocupar solos la otra—me guiñó el ojo Dante—. Ven...

Me la fue enseñando más despacito, con su ideal cuarto de baño también y hasta el SPA. Lo mirase por donde lo mirase, era un lugar increíble, el mejor del mundo para pasar unos días inolvidables.

Desde nuestra villa escuchábamos los gritos de alegría de Alessandra, quien chillaba con detalle e iba retrasmitiendo en directo sin poder parar.

—Eso mismo, así que valora…

—O sea, que los ricos también tenéis vuestros problemillas.

—Alguno que otro, pero luego llega alguien como tú y se nos olvidan todos, preciosa—me dio un beso.

Yo no sabía a qué estábamos jugando exactamente, pero sí que el juego me resultaba de lo más excitante. Solo tenerle a mi lado y escucharle soltar esas perlas por la boca, ¡uff! Cómo me ponía…

El resort de veras que era para perder el sentido, con esas impresionantes y cómodas villas a pie de mar dando a esas aguas cristalinas a través de las cuales puedes ver todo el fondo marino. Y por si en algún momento tienes más ganas de recogimiento, también cuentan con piscina privada. En cuanto a su interior, poco más qué decir… Impecables, preciosas, súper acogedoras… Para quedarte a vivir en una de las villas, sin duda. Y todo ello integrado en una isla exclusiva para visitantes de esas que quitan el hipo.

—A Salvatore seguro que no le importa que yo me quede en una de las dos villas contigo, Sofía, que soy manso—le dijo Elio con su sal y su pimienta.

—Ay, si me hubieras cogido con muchos años menos, igual te hago hasta cambiar de opinión, *bambino*. Alessandra, tú te alojarás también con nosotros—le indicó su abuela.

—Pues nos van a obligar a ocupar solos la otra—me guiñó el ojo Dante—. Ven...

Me la fue enseñando más despacito, con su ideal cuarto de baño también y hasta el SPA. Lo mirase por donde lo mirase, era un lugar increíble, el mejor del mundo para pasar unos días inolvidables.

Desde nuestra villa escuchábamos los gritos de alegría de Alessandra, quien chillaba con detalle e iba retrasmitiendo en directo sin poder parar.

Capítulo 22



Aquella primera noche quisimos vivirla del modo más relajado posible. A pesar de todas las comodidades, las muchas horas del viaje se hicieron pesadas y estábamos cansados. No era para menos.

Por esa razón, optamos por pedir cena en la villa mientras, si nos asomábamos a la terraza, veíamos que ellos estaban haciendo lo mismo, sentados en la suya.

Las vistas eran espectaculares a pesar de que el día nos traería otras que también serían imborrables, eso lo teníamos bastante claro, ¡qué ilusión!

La cena que nos sirvieron era de lo más variada, incluyendo cantidad de especialidades locales. Y muy abundante tanto que nos sobró más de la mitad, aunque dimos buena cuenta, sobre todo, de la impresionante cesta con todo tipo de frutas cortadas que apetecían mucho por frescas.

El juego empezó por ahí. Yo fui a tomar un rico trozo de algo parecido al mango que no sabría precisar. Y a él se le debió antojar el mismo, por lo que nuestras manos se tocaron, ¡¡y ya saltó la chispa!!

En realidad, la chispa estaba siempre en el ambiente, pero en determinados momentos saltaba de una forma que n tenía vuelta atrás.

—Es mía—me comentó—. Y yo sé cómo quiero comérmela.

Solo con ese comentario ya me puso todos los vellos de punta. Ya nos íbamos conociendo, y muy bien, y él me tumbó sobre la mesa, levantándome la camiseta y cubriendo mi vientre tanto de ese trozo como de otros de esas coloridas frutas que tanto ansiábamos.

A continuación, con sumo cuidado, las fue cogiendo con la boca causándome un cosquilleo extremo. Luego, las acercaba con la suya a la mía y las saboreábamos entre ambos.

Como si fuese una pipiola, yo temblaba de ganas sobre esa mesa. Todo lo que viniese de él me resultaba increíblemente erótico y más cuando le veía en esas actitudes tan proclives a comerme viva, pues lo cierto es que la verdadera ansia se la producía yo y no esas sabrosas frutas.

Me sentía una especie de contorsionista sobre aquella mesa en la que me removía para él, nerviosa y esperando, como cuando crees merecer una recompensa y preparas tus sentidos con la intención de que inunde cada uno de ellos.

Todo eso y más me pasaba con Dante. Las emociones estaban siendo muy fuertes con él y mi cuerpo se alineaba con mi mente para desearle. Nunca había experimentado algo así, unas ganas de él que se mezclaban con ese paisaje que nos rodeaba y que lo envolvía todo de un modo que amplificaba cada uno de esos sentidos de un mod que me quemaba por dentro, de un modo que me empujaba a hacerle sentir que le deseaba.

Las risas de los demás nos servían de telón de fondo. Ellos, pese al cansancio, estaban celebrando una especie de fiestecita en su terraza mientras nosotros optamos por celebrar una más privada en el interior de aquella villa que contaba con todos los elementos para convertirse en el más impresionante de los rincones eróticos, levantado sobre unas aguas que se mecían, como avivando más nuestro deseo, como haciéndolo más húmedo y cálido.

En medio de ese entorno, y una vez hubo terminado aquella especie de ritual con las más exóticas de las frutas, comenzó uno más mundano, pero no por ello menos excitante, todo lo contrario…

Dante se puso de pie y me tomó en brazos, llevándome hacia la ducha. Mi cuerpo le había servido de plato y era normal que necesitase pasar por ella antes de entrar en la cama.

Una vez en la cabina, se metió conmigo y comenzó a dejar caer los chorros de agua por todo mi cuerpo. Mi piel le fascinaba, siempre me decía que era muy fina y, mientras lo hacía, me daba la sensación de que podía ver a través de ella, de que quería vislumbrar a través de su finura parte de mi interior.

Había algo más que sexual en aquella loca aventura que habíamos emprendido. En determinados momentos le notaba como queriendo fundirse conmigo, como queriendo compartir mis pensamientos. Era algo fuerte, una sensación que me empujaba a él, una sensación que me llevaba a querer saber más sobre el hombre… Y no me refiero a los datos que pudiera darme para mi libro, sino a sus verdaderos pensamientos y a todo lo que tuviera qu ver con él, en su esencia.

Dirigiendo esos chorros hacia mí y hacia las zonas más erógenas de mi cuerpo, me ganó en unos segundos, porqu caí rendida a esos evidentes encantos suyos que saltaban a la vista, pues ambos estábamos desnudos. Le pedí que dejara la alcachofa de la ducha en su lugar para que ambos pudiésemos disfrutar del agua cayendo sobre nuestros cuerpos. Y entonces comencé a besarle como si no hubiera un mañana. La batería de besos que me devolvió me llevó a pensar que me desmayaría allí mismo por falta de oxígeno, aunque ni mucho menos estaba en su intención dejar que me sucediera tal cosa.

Cuando por fin nos separamos con la idea de coger algo de aire, él agarró una esponja y, empapándola en gel, la llevó hasta cada uno de los recovecos de mi cuerpo, entrando en ellos. Cada vez que lo hacía, cada vez que penetraba en uno como si se tratase de un verdadero descubrimiento, yo gemía. Y más cuando dirigía la esponja hacia esos puntos erógenos que sacaban mis suspiros más femeninos, esos que él parecía quedarse para sí.

Con mimo, terminó incluso por lavarme el pelo. En Dante se aunaba todo: era un amante de diez, uno capaz de auparme a un universo lujurioso desconocido por mí, causándome unas sensaciones que nunca conocí. Y luego se daba esa otra parte en la que me mimaba como si fuera una cría en sus brazos, tratándome al detalle, buscando en mi mirada cualquier tipo de gesto que le llevara a saber cómo llevarme a lo más alto del placer con una sola caricia, con un solo gesto de esos que tan bien se le daban.

Me derretí en esa ducha y con él, haciendo que me sacara de allí nuevamente en brazos. Una vez en la cama, me miró de arriba abajo, como si tuviera rayos X en los ojos. Era mucho su deseo, el mismo que yo compartía.

—No me lo puedo creer—le comenté al ver sacar aquellas otras esposas que, lejos de la terminación de las de acero, estaban revestidas de una tela aterciopelada.

—No quiero causarte escozores, al menos no en las muñecas—rio—. Pero tampoco quiero renunciar al placer de esto—me comentó mientras me las enseñaba en el aire.

—Ni yo tampoco quiero que renuncies, claro que no. Y menos renunciar yo—le dije picante.

—Ven aquí, preciosa—me acercó a él y envolvió mis muñecas con ellas mientras las cogía al cabezal de la cama, el cual se prestaba a ello.

A continuación se fue a por una cubitera y cogió un cubo de hielo, el cual pasó por mis pezones, recreándose en ellos. Una vez lo hubo hecho, se dedicó a mordisquearlos. La sensación era placentera, pues yo apenas notaba ningún dolor pues los tenía adormecidos, pero sí un increíble morbo que me llevaba a chorrear para él.

De ahí fue pasando a mi línea alba, la cual recorrió, y terminó en mi clítoris, en mis labios vaginales los cuales recorrió con él, en mi vulva al completo, hasta llevarlo a la entrada de esta, asomándolo, mientras el más increíble de los escalofríos me recorría de principio a fin.

A continuación, lo soltó y tomó otro. Esa vez lo mantuvo entre sus labios en todo momento, besándome con él dentro de la boca, haciendo que lo compartiéramos para, a continuación, volver a jugar con el hielo en sus labios, pasando por los lugares que ya acababa de recorrer, fundiéndome con un placer frío que me era tan ajeno como irresistible.

Lo más fuerte llegó cuando sacó un antifaz y me privó del sentido de la vista. Me vi indefensa ante lo que era un juego… pero un juego tan libidinoso que me atraía de la más poderosa de las formas. Sentía la necesidad de ver, de controlar… Cuando lo cierto es que en esos momentos quien llevaba el control total de la situación era él.

No contento con eso, comenzó a hacerme un masaje. Para ello, se untó las manos en aceite según pude notar al ponerlas sobre mi cuerpo, pero no soltó ese hielo con el cual también me fue recorriendo, logrando una mezcla de lo más placentera.

Mis suspiros se confundían con mis gemidos en lo que estaba siendo un festival erótico de lo más caliente, por mucho que pudiera resultar paradójico al usar hielo en todo momento.

Entonces fue bajando de nuevo en ese masaje hasta llegar a mi clítoris, al que acercó el hielo, haciéndome estremecer por completo. Cuando ya lo hubo logrado, lo alternó con su lengua. El frío y el calor, contrastando, causaron en mí unas sensaciones tan fuertes que me contraía por completo, unas sensaciones que me dejaban seca la garganta mientras chillaba para él.

Usado a intervalos, sentí que me volvía loca y no sabía si quedarme con el ardor de su lengua o con lo gélido de ese hielo que me ponía en órbita.

Noté que se alejaba y es que tenía más para mí. En la cama, igual que en el resto, Dante era un hombre que sorprendía y mucho.

—¿Eso es un vibrador? —le pregunté al escuchar el minúsculo motor de uno delante de mí.

—Chica lista…

—Pero, ¿lo has sacado del congelador? —le pregunté porque así me pareció, dado que en la villa había nevera.

—Chica lista, repito.

Unas gotas de sudor perlaban mi piel. Pensar en que mi ardor interno sería combatido con un vibrador congelado disparó los latidos de mi corazón. Y más cuando no dudó en llevarlo hacia mis labios para que lo calentase en parte, abriéndome la boca, la misma que me besó a placer cuando después buscó mi entrada para insertarlo en mí. Pero antes de eso volvió a pasarlo por mis pezones, los cuales dejó tan duros que terminó por calentar nuevamente con su boca mientras con la mano que le quedaba libre azotaba mi trasero.

De esa manera tan curiosa y tan novedosa para mí, me corrí no una, sino varias veces… Me corrí de un modo encantador mientras le besaba sin verle el rostro, en el cual sin duda estaría dibujada la lujuria.

Tampoco me libró del antifaz de los ojos cuando, tras un rato jugando en mi interior, se decidió a olvidarse del vibrador y utilizó ese otro de carne y hueso que yo estaba echando de menos.

El contraste fue bestial, puesto que su pene ardía y mi grito de placer no se hizo esperar mientras clavé mis uñas en el más entregado de los Dantes, en ese que parecía haber nacido para proporcionarme un placer único.

Mis gemidos fueron a más y también mis orgasmos. Él no decía nada, pero lo acelerado de su respiración me revelaba que no estaba menos excitado que yo. Lo mismo me indicaba el grosor y el endurecimiento de su pene, los cuales iban a más en todo momento mientras recibían una lluvia tras otra por mi parte.

Para ser la primera noche en Maldivas, estaba resultando apoteósica, ya me podía yo imaginar cómo sería el resto
Cuanto más me acercaba a él y más sexo teníamos, más se evadía mi mente. Dante contaba con el poder de hacer
que me olvidase de todo y de todos. Y eso tenía su parte buena, pero también otra mala porque yo perseguía un fi
que en más de un momento se me iba de la mente.

Quizás me lo mereciera también. Llevaba demasiados años tensa, demasiados atenta a una causa que, sin ser mía,
lo era por herencia familiar.

Para ser la primera noche en Maldivas, estaba resultando apoteósica, ya me podía yo imaginar cómo sería el resto. Cuanto más me acercaba a él y más sexo teníamos, más se evadía mi mente. Dante contaba con el poder de hacer que me olvidase de todo y de todos. Y eso tenía su parte buena, pero también otra mala porque yo perseguía un fin que en más de un momento se me iba de la mente.

Quizás me lo mereciera también. Llevaba demasiados años tensa, demasiados atenta a una causa que, sin ser mía, lo era por herencia familiar.

Capítulo 23



Nos despertamos con el jaleo de los demás.

—Por favor, se están partiendo de la risa—le dije a modo de buenos días.

—Eso parece. Nos van a obligar a salir de aquí y eso que es lo que menos me apetece.

—Estamos en Maldivas, no podemos quedarnos todo el día en la cama—le recordé entre besos.

—Vaya por Dios, ¿y eso quién lo dice?

—Lo dice el sentido común, ¡vamos! Le di un almohadazo y él se quedó pasmado.

—¿Es eso lo que quieres? ¿Guerra? Pues vas a tener guerra…

—¡No, no! —le chillé mientras me lo devolvía.

Salí corriendo y entonces les hice a los otros señales desde la terraza.

—¡Es Carla! ¡Necesita ayuda! —exclamó Alessandra, quien se apuntaba a un bombardeo y casi se tira en plancha de una terraza hacia la otra, de no ser porque Elio la cogió al vuelo.

—Ven aquí, que serás influencer, pero no tienes alas.

—La abuela siempre me dice que soy como un hada. Igual sí que las tengo y tú no las ves.

—Me vais a volver loco entre todos. A mí, que estoy tan cuerdo—rio él.

—Sí, súper cuerdo estás tú—le comenté yo mientras Dante me cogía por detrás y me abrazaba.

—¿Aquí no se desayuna? —les preguntó.

—Vosotros sois unos perezosos, nosotros ya hemos pedido, hijo—le indicó su madre, señalándole varias bandejas que ya tenían medio vacías.

—Cómo se cuida aquí el personal, cielo santo.

—Claro, ¿o te parece que este cuerpo de diva se mantiene solo? Necesita carburante y del bueno—le respondió ella.

—Y el mío igual, papá.

—Pues yo no os voy a decir qué tipo de carburante necesita el mío, pero está bastante relacionado con una manguera—añadió Elio y todos le gritamos para que se callara.

Pedimos desayuno y nos trajeron uno de lo más completo. En él no faltó *Mas Huni*, el típico desayuno maldivo compuesto a base de atún, coco, cebolla y chile.

—Pero ¿esto no es muy fuerte para desayunar? —le pregunté a Dante.

—Eso pensaba yo, que es más fuerte que el vinagre. Pero chica, cuando me lo llevé a la boca ya no pude renuncia a comerlo entero—me respondió Elio, que tenía respuestas para todos, y de las que me hacían troncharme.

Tenía razón, la tenía por completo porque estaba exquisito. Mientras nosotros desayunábamos, él y la cría se tiraban por una especie de resbaladera que llevaba hasta el mar y que creo no haber mencionado hasta ahora. Cada villa contaba con una y resultaba de lo más divertida.

—¡Graba, abuela! Que ahora mismo haré un *reel*—le pedía Alessandra.

—Hija, ¿dónde se ha visto que una estrella como yo vaya todo el día con la cámara en la mano? Desde luego…—decía ella.

Nos teníamos que reír cantidad con esa mujer y se veía venir que nos lo pasaríamos bomba en los días que permaneciéramos allí.

Tras el desayuno, llegó la primera sorpresa del viaje, el cual estaría plagado de ellas. De eso no me quedaba duda: un paseo submarino de dos horas que nos llevó a recorrer todas las profundidades del Océano Índico.

Alessandra llevaba los ojos tan vivos como aquellos peces que nos envolvían, lo mismo que los arrecifes de coral.

—Es de cuento, papá. Es de cuento. Ya verás cuando lo suba—decía ella.

—Mi amor, pero ¿tú disfrutas de las cosas o solo las grabas? —le preguntó él, a quien se notaba que le preocupaba.

—Claro que las disfruto, papá. Yo flipo compartiéndolo todo con la gente. Muchos de mis seguidores no pueden venir y yo se lo acerco. Es como si se lo enseñase con mis ojos—le comentó.

—Nunca me lo había planteado así, cariño mío.

—Claro, papá. Es así…

La experiencia fue divina y el resto del día lo pasamos en las playas. Las de Maldivas son de esas que, cuando uno entrecierra los ojos y piensa en las mejores del mundo, aparecen en su mente.

Palmeras que se mecen con el viento, arenas playas y finas, todo ello con un mar cristalino y turquesa de fondo que puedes contemplar desde las más cómodas de las hamacas.

Dante estaba muy pendiente de mí mientras que, en esa ocasión, Alessandra "adoptó" a Elio como su fotógrafo particular, porque allí dejó de grabar y se dedicó a posar.

—Un solo indicio de que pretenda que le saques una foto medianamente sexualizada y me das una voz…

—Papá, que solo estoy poniendo morritos, ¿eso es un delito?

—Eso no, pero lo que puede pensar más de uno mientras los pones, eso sí que puede serlo—afirmó él.

—¿Qué dices? Si mis seguidores no me miran con esos ojos…

—Más les vale, hija, más les vale. Y tú ya sabes, cero provocación…

Se tumbó en la misma hamaca que yo y me abrazó.

—La llevas recta como una vela, Dante.

—El mundo es una jungla y una adolescente como ella puede ser una presa muy fácil para muchos depredadores.

—Ya lo sé, pero tú cuentas con tu propio equipo de seguridad.

Hasta ahora no lo he mencionado, pero alguien con su nivel económico debía ir escoltado, por más que sus escoltas no interfirieran para nada en ninguno de nuestros pasos.

—Y aun así me preocupa. No soportaría que se expusiese demasiado ni que le hicieran daño.

—Yo no sé a quién ha salido este hijo mío tan tiquismiquis con la niña—me indicó su madre—. Dante, yo a ti te dejé que te dieras todos los tortazos que fuese y ni tan mal… Mírate.

—Ya lo sé, mamá, aunque la vida ha cambiado mucho.

—Según se mire. Peligros hubo siempre. La idea está en enseñarle a Alessandra que no se deje pisar por nadie, ya está.

—¿Quién me va a pisar a mí, abuela? — Ya venía ella de vuelta.

—Nadie, hija, nadie que tenga valor porque tu abuela se lo come por los pies. Fíjate lo que te digo.

Formaban una bonita familia y estaban los unos por los otros.

—Yo no sé a quién ha salido este hijo mío tan tiquismiquis con la niña—me indicó su madre—. Dante, yo a ti te dejé que te dieras todos los tortazos que fuese y ni tan mal… Mírate.

—Ya lo sé, mamá, aunque la vida ha cambiado mucho.

—Según se mire. Peligros hubo siempre. La idea está en enseñarle a Alessandra que no se deje pisar por nadie, ya está.

—¿Quién me va a pisar a mí, abuela? — Ya venía ella de vuelta.

—Nadie, hija, nadie que tenga valor porque tu abuela se lo come por los pies. Fíjate lo que te digo.

Formaban una bonita familia y estaban los unos por los otros.

Capítulo 24



Esa noche acudimos a una fiesta en la playa.

—Mamá, si tú estás cansada te puedes quedar, llevamos todo el día de un lado para otro y lo entiendo—le comentó él cuando nos decidimos a marcharnos, tras la cena.

—¿La gran Sofía Borromeo cansada? En ocasiones no me parece que seas mi hijo—le comentó risueña—. Yo voy la primera y me recojo la última, fijo.

Yo me coloqué un vestidín blanco, ceñido y sin tirantes, una cucada que me sentaba muy bien gracias al bronceado que, en un solo día, ya lucía en la piel. Tenía la suerte de que el sol se me pegaba enseguida y hacía juego con el moreno de la de Dante, que también estaba guapísimo con un polo blanco y unas bermudas azules, así como con deportivas.

Sofía iba en plan diva, como siempre, y no digamos la emoción que sintió cuando un grupo de turistas la paró para pedirle autógrafos y fotos con ella, posando con todo ese arte que tenía concentrado en su todavía envidiable cuerpazo.

Llegamos y la fiesta era de esas para no olvidar.

—Aquí ligo fijo, hay más gais que orejas—nos comentó emocionado Elio antes de que lo perdiéramos de vista.

—Yo también voy a ligar, abuela. Mira, aquel rubio me está poniendo ojos.

—¿Ese? Se va a enterar—le comentó Dante, dirigiéndose hacia un tipo que debía tener su edad y que le sacó de quicio.

—Ese no, papá, el otro—negó Alessandra con la cabeza—. El que tú dices debe ser su padre.

—Ah, vale, me creía…

—Carla, entretenlo un poco. Hazme el favor—me pidió ella mientras le sonreía al chico, quien le devolvió la

sonrisa enseguida.

—Claro que sí, vía libre. Tira, cariño—le indiqué mientras ella, coqueta, se acercaba al chaval, que debía tener un par de años más, así por encima.

—Yo me voy a pedir una copa y a sentarme tranquilamente allí—nos indicó Sofía una de las mesas de la playa—. A mí la música electrónica esta no me va, me parece que me provocará un ataque de epilepsia.

La música sonaba a tope y a mí me daba igual una que otra… Soy bailona y Dante también parecía serlo, por lo que comenzó a bailar conmigo de una manera tan divertida como sensual.

Nos perdíamos entre la gente, pues la fiesta estaba de bote en bote. Los DJ de la zona no paraban de tocar y la gente estaba enloquecida. Era el paraíso de la diversión y de las copas.

Cada uno iba a lo suyo, y Dante y yo cada vez estábamos más cerca. La chispa crecía entre nosotros siempre que nos acercábamos. Un chico estuvo a punto de caer sobre mí debido a un resbalón que dio tras derramarse una copa y Dante, de lo más pendiente, lo impidió.

El gesto que hizo el otro al verme fue de lo más simpático y entonces le indicó en inglés un "protégela porque si no te la quitarán. Igual yo mismo" que nos hizo reír mucho. Él negó con la cabeza y me estampó un besazo en los labios. Después seguimos bailando, bebiendo, saltando y disfrutando con el espectáculo.

De vez en cuando, le echaba una miradita a Alesssandra para que no sacara los pies del tiesto y entonces ella, cuando él no me miraba, me suplicaba con las manitas juntas que lo entretuviese un poco.

Yo hacía lo que podía y en la mayoría de momentos lo lograba, pues Dante se perdía en mi falda, en mi escote, en mis hombros, en mis ojos, en mi boca…

—¡¡Es la caña!! ¡¡Vámonos!! —escuchamos decir de repente y alguien me tomó por la cintura. Era Elio, que venía liderando una conga en la que me puso la primera.

—¡¡Tú no te salvas!! —le chillé a Dante y le cogí, poniéndole a la cabeza.

No se echó para atrás ni mucho menos, sino que comenzó a dar vueltas por toda la playa y lo más divertido fue que, cuando nos quisimos dar cuenta, ¡estaba liderando una coreo! Yo me doblaba de la risa siguiendo sus pasos, lo mismo que el resto.

—¿Eres animador? —le preguntaron unas chicas cuando terminó mientras le echaban una miradita ardiente con la que bien podrían haberle fundido. Yo también las habría fundido a ellas, aunque de otro modo, porque su miradita fue bastante explícita.

—Sí, procuro animarla a ella, todo lo que puedo—les respondió mientras me dio un beso de tornillo que me quitó del tirón la mala uva que el comentario de ellas me produjo—. Quita esa cara, preciosa, que yo solo tengo ojos para ti—me comentó en cuanto se esfumaron.

—Más te vale o no te vuelves a comer un rosco conmigo.

—Yo contigo me lo quiero comer todo, que no te quede ninguna duda—me indicó y entonces me apartó del resto, llevándome hacia una zona desde la que nadie tenía visión.

Solo de pensar en lo que iba a ocurrir de nuevo, allí, en plena playa y con la música de fondo me sumergía en los más llameantes de los pensamientos.

Dante se colocó detrás de mí y comenzó a besarme por el cuello. Después fue bajando por mi espalda mientras su dedos se enroscaban en mi pelo para luego meterse en mi vestido y apartarlo de mi cuerpo.

Yo solo llevaba un tanga con el que me quedé delante de él mientras amasaba mis nalgas, esas que tanto le atraían. Me acerqué a su entrepierna y la encontré como siempre: erecta y dispuesta. Me ponía mucho, muchísimo… Dante me hacía entrar en ebullición y cada vez que le encontraba así contaba los minutos para tenerle dentro de mí.

Se agachó y me quitó el tanga. Fui a darme la vuelta para enfrentarle de cara, si bien me encontré con la negativa de sus manos en mi cintura, las cuales me invitaban a seguir mirando al mar, ese mar que traía una espuma a la orilla que dejaba en ella el más natural de los dibujos.

Todo era muy espontáneo, como lo fue la súbita entrada de sus dedos en mí mientras que él se agachaba buscando beber directamente de esos labios que estaban situados en el hemisferio sur de mi cuerpo y que parecían captar toda su atención.

Mientras lo hacía, y sin dejar de masajearme por dentro sus dedos, buscando tocar las teclas que pusieran a sonar mis terminaciones más erógenas, emití un intenso gemido de placer que le endureció más, que le otorgó a su pene la consistencia del acero.

Yo también quería probar de él, lo estaba deseando, por lo que posé mi mano en su bragueta y le pedí con los ojos que lo liberara. Una vez que lo hizo, y mientras que su lengua seguía recorriendo las más privadas de mis partes, me dediqué a masajearlo, mientras notaba cada una de sus venas en él, tan excitado como estaba, con ese glande que se me antojaba como la punta de una flecha destinada a insertarse en mí, a quedarse cogida en lo más hondo, a clavarse en mis ardientes entrañas.

Le pedí que nos tumbásemos y, mientras él seguía lamiendo mi sexo, yo me dediqué a hacer lo propio con el suyo. Notaba no solo su grosor, sino también su calor, y me lo metía tan hondo como podía en mi garganta mientras observaba el placer en sus ojos.

Los dos estábamos tumbados de lado, una postura que nos permitía mantenernos la mirada, lo que a ambos nos resultaba de lo más morboso y con el rubor de las olas de fondo.

Yo las miraba y sabía que terminaríamos haciéndolo dentro del agua, pues a los dos nos tiraba mucho eso, pero mientras quería degustar ese pene suyo que se hacía más y más grande en mi boca, hasta el punto de que alguna lagrimilla me salía por el esfuerzo.

Me daba lo mismo. Dante hacía maravillas en el sexo y yo me desvivía por demostrarle que también podía llevarl a niveles de placer que le sorprendieran, como así estaba siendo.

Su mirada me dijo que parase, que de seguir así… No quise hacerlo, rebelde y juguetona, aunque al final fue él quien lo retiró de mi boca y entonces me besó. Su boca sabía a mí igual que la mía debía saber a él. Sabores que s confundían en una mezcla explosiva…

Fue entonces cuando me cogió entre sus fuertes brazos y me condujo al agua. Me llevaba enroscado en su cuerpo y menos mal que no nos encontramos con ningún obstáculo, puesto que sus ojos estaban puestos en mis pezones, los cuales iba lamiendo. Antes de llegar a la orilla, y gracias a ese gesto, me provocó un nuevo orgasmo. Con él era muy fácil sentirlos. Y el corazón, como cada vez que sucedía, se me puso a mil.

Llegamos al agua y allí me penetró. Lo hizo de una estocada viril y firme, entrando hasta el fondo, con la fortaleza que correspondía a ese pene cuyo sabor impregnaba todavía mi boca.

Pronto también me sabría a sal, pues el muy loquillo de él no dudó en que nos sumergiéramos en el momento en e que menos lo esperaba, tapándome antes la nariz.

Dentro del agua, yo pataleaba y, en el fondo, sentía que hasta allí estaba bien con él.

—Mi pequeña sirenita—murmuró al salir mientras yo me aferraba a él y a esas embestidas que siguió dándome. El siguiente orgasmo lo acallé en su cuello y mientras se lo mordía las estrellas eran testigos de aquel intenso rato de sexo que vivíamos en las aguas de Maldivas, en un escenario incomparable.

Cuando terminó, nos quedamos allí largo rato besándonos, y entonces él permaneció en silencio, abrazándome, sereno y feliz.

—¿Se puede saber en qué piensas? —le pregunté.

—En que puede haber lugares y compañías maravillosas en el mundo y después está este, que es de lo más especial. Este es el lugar en el que deseo estar y contigo.

Le abracé y me siguió besando. Yo no sabía dónde nos llevarían aquellos días que habían comenzado de un modo

tan rocambolesco, pero sí que secundaba sus palabras, que en ese mismo sitio quería quedarme y con él.

Comenzó así un nuevo e imprevisto coito, ya en la orilla. Nadie nos veía por ningún lado y yo me coloqué delante de él mientras salíamos. Cuando quise darme cuenta, ya me había ensartado y fui a caer a cuatro patas allí donde las olas iban a morir del modo tan glamuroso en el que lo hacían, con esa explosión de espuma.

Dante me tomó por las caderas y me embistió fuerte. Yo ladeé la cara y me mordió los labios. Su ímpetu iba a má al mismo tiempo que una de sus manos alcanzaba de nuevo mis senos para pellizcarlos.

e

Cuando le pareció, me dio la vuelta y recibí sus envites de cara. Me levantó mucho las piernas y, cuanto más lo hacía, más chillaba yo de gusto. Era un placer indescriptible, pues esa postura le permitía entrar mucho en mí mientras las yemas de mis dedos se iban también para mi clítoris, que ya sobresalía por la excitación.

e

Al terminar esa segunda vez, quedamos tumbados en la orilla, permitiendo que las olas nos mojaran, al ir allí al término de su vida. Él me sonreía y su sonrisa sacaba la mía.

Ciertamente, no había mejor lugar ni mejor compañía.

—Viene alguien—murmuró de repente y tuvimos que ponernos de pie de un salto.

a Mientras nos vestíamos, comprobamos que se trataba de otra pareja que nos estaba emulando, que había ido hasta allí para comprobar cuánto se puede sentir en un lugar así con la persona que quieres estar y dejando que sean los cuerpos quienes hablen.

:l

Entre risas cómplices, nos marchamos de allí y les dejamos en la misma intimidad de la que nosotros disfrutamos, deseándoles tanto placer como el que pudimos experimentar.

tan rocambolesco, pero sí que secundaba sus palabras, que en ese mismo sitio quería quedarme y con él.

Comenzó así un nuevo e imprevisto coito, ya en la orilla. Nadie nos veía por ningún lado y yo me coloqué delante de él mientras salíamos. Cuando quise darme cuenta, ya me había ensartado y fui a caer a cuatro patas allí donde las olas iban a morir del modo tan glamuroso en el que lo hacían, con esa explosión de espuma.

Dante me tomó por las caderas y me embistió fuerte. Yo ladeé la cara y me mordió los labios. Su ímpetu iba a más al mismo tiempo que una de sus manos alcanzaba de nuevo mis senos para pellizcarlos.

Cuando le pareció, me dio la vuelta y recibí sus envites de cara. Me levantó mucho las piernas y, cuanto más lo hacía, más chillaba yo de gusto. Era un placer indescriptible, pues esa postura le permitía entrar mucho en mí mientras las yemas de mis dedos se iban también para mi clítoris, que ya sobresalía por la excitación.

Al terminar esa segunda vez, quedamos tumbados en la orilla, permitiendo que las olas nos mojaran, al ir allí al término de su vida. Él me sonreía y su sonrisa sacaba la mía.

Ciertamente, no había mejor lugar ni mejor compañía.

—Viene alguien—murmuró de repente y tuvimos que ponernos de pie de un salto.

Mientras nos vestíamos, comprobamos que se trataba de otra pareja que nos estaba emulando, que había ido hasta allí para comprobar cuánto se puede sentir en un lugar así con la persona que quieres estar y dejando que sean los cuerpos quienes hablen.

Entre risas cómplices, nos marchamos de allí y les dejamos en la misma intimidad de la que nosotros disfrutamos, deseándoles tanto placer como el que pudimos experimentar.

Capítulo 25



—Y hoy nos vamos a la capital del edén del Índico—grababa por el camino Alessandra mientras íbamos en dirección a Malé al día siguiente.

—Es que se lo tiene preparado todo—reía su abuela comprobando que no dejaba nada al azar.

—Sí, excepto la explicación de por qué la encontré anoche besándose con ese chico, mamá, al volver de nuestro paseo por la playa—le indicó Dante, quien la pilló morreándose con el chavalín.

—De tu paseo, ya—se burló ella.

—Yo también fui a dar otro paseo a la playa con Fernando, un mejicano que conocí. Lástima que se va hoy porque con ese me daba yo unos cuantos paseos más—nos contó Elio con los ojos haciéndole chiribitas.

—Vamos, que la única que no pillé cacho fui yo—se lamentó Sofía entre bromas.

—Mamá, por favor… Si papá te escuchara.

—Tu padre no escucha ya bien ni cuando lo tengo al lado, hijo, cuanto y más… Aparte que sabes que es broma, que el oído sí que lo tiene perjudicado, pero para otras cosas está como un chaval.

—Tampoco tengo interés yo en saber eso, mamá.

—Pero yo sí en decírtelo. Ya lo sabes—rio ella.

Llegamos a Male y estábamos deseando hacer la visita. Bueno, algunos más que otros….

—Yo prefiero la playa—les contaba la niña a sus seguidores—. Pero mejor me callo y hago la ruta, no cabreando a mi padre, porque prefiero tenerle contento y que no se meta en nada, así podré ver esta noche a Harry y…

—Perdona. Espero que ese Harry al que te refieres sea Potter, porque…

—Papá, ya me has jorobado la grabación. Pues claro que no, aunque también tiene algo de mago porque él hace que el tiempo vuele a su lado. No me di cuenta de la hora que era ni de…

—Ni de que te pilló comiéndote los morros con él y mira que te hice señales—le comentó su abuela.

—Es verdad… Estaba como atontada, como si me hubiera tomado una pasti. Papá, no me mires así, que no me he tomado nada de eso en la vida, pero que lo sabe todo el mundo. ¿Ves que hay cosas peores y que lo de los chicos no es grave? Harry solo quiere que cenemos esta noche.

—Yo no es por nada, pero mi nieta tiene razón. Y lo de la cenita en la playa me parece muy tierno. Yo misma les echaría un ojito, porque tú no, Dante, que estás de lo más sensible y les cortarás todo el rollo.

—¿Me prometes que te pasarás de vez en cuando? Mira que, si no lo haces, no volveré a confiar en ti, mamá—le pidió él porque de otro modo no se quedaba tranquilo.

—Cría hijos para esto, ¿cuándo te he fallado yo a ti? —le preguntó ella totalmente decidida.

—Es verdad, mamá. Discúlpame.

—Pero que no vuelva a pasar, Dante—le advirtió.

Nos detuvimos en el pintoresco Mercado del Pescado al cual acudían en masa los habitantes de Maldivas a adquirirlo fresco, al tratarse del principal alimento de su dieta.

Como curiosidad, allí no nos encontramos a ninguna mujer de la zona, porque ellos consideran que acudir al mercado es una actividad de hombres, aunque las extranjeras sí que somos aceptadas de buen grado. Y por eso pudimos entrar a echar un vistazo.

Tras salir de él nos encontramos con el Mercado Local, un laberinto de colores donde resaltaban frutas y verduras algunas de las cuales compramos y probamos al salir de él, pues nos parecieron irresistibles.

No por ir con personas de su estatus nos perdimos ese tipo de mercados, sino todo lo contrario. Tanto Sofía como Dante eran personas sencillas y eso se reflejaba en cada una de las grabaciones de esa influencer que no descansaba a ninguna hora del día.

Pasamos también por su playa artificial, por el Centro Islámico y Gran Mezquita del Viernes, con su imponente fachada de mármol blanco, y barajamos comer en uno de esos puestos callejeros donde lo hacen los autóctonos y que tanto atractivo nos parecían tener, a todos menos a Alessandra.

—Si os tengo que decir la verdad, la verdad de la buena… Prefiero el buffet del hotel, pero como lo que yo diga no servirá para nada… Pues eso.

—Hija, hay que probar de todo… No te pongas exquisita, que no me gusta.

—¡A la orden! —le hizo un saludo militar a su padre.

—Y no me hagas la rosca que todavía me estoy pensando si irás o no con ese chico a cenar.

—Y dale, papá… Que solo es una cena. Si luego en ella me pide salir, pues ya veremos, pero en principio no es nada más.

—¿Salir? Pero ¿ese chico de dónde es?

—Es irlandés.

—Ah, vale, entonces puedes salir con él. Total, para lo que lo vas a ver…

—No, no, papá. Por eso no lo digas, que si el amor triunfa entre nosotros ya buscaremos las maneras.

—Entonces yo buscaré las maneras de que no triunfe.

—Dile algo, Carla. O mejor, entretenlo como lo hiciste anoche—me pidió ella.

—Pero buena, hija, ¿tendrás poca vergüenza?

—Papá, que yo no he dicho nada, solo que anoche estuvisteis muy entretenidos…

Aparte del *Mas Huni* que ya habíamos probado en el hotel, degustamos también el *Gulha*, un rico y típico plato a base de albóndigas de pescado fritas con lima y chili.

,

También, ya que estábamos, nos decantamos por degustar langosta. Allí la sirven con un chorro de lima, arroz y *noodles.* Nos resultó muy rica.

Tras el almuerzo, y después de unas cuantas horas pateando la capital, volvimos a la villa, a las playas, a las piscinas y a toda la diversión que el complejo nos ofrecía.

Entre las hamacas, nos echamos una siesta y allí pudimos comprobar que Harry, de lo más formalito, venía a preguntarle a Alessandra si podrían cenar juntos esa noche. Era un chico monísimo y ella se ponía nerviosa cuando él se acercaba, aunque finalmente se hicieron un selfi en el que salieron ideales y acordaron verse unas horas después.

Capítulo 26



Al final de la tarde nos dispusimos a salir. Sofía se quedaría pendiente de su nieta y Elio parecía tener plan con otro chico que conoció esa tarde en la playa. Estaba que se salía…

Nosotros comenzamos a caminar por la playa. Yo me había decantado por otro vestidín, este en rosa pastel, que nuevamente potenciaba el color de mi piel y que quedaba genial con el verde agua de la camisa de Dante.

—¿Dónde vamos a cenar? —le pregunté.

—Donde nos lleven las aguas, preciosa—me dijo y me tomó en brazos.

Le encantaba hacerlo. Él era muy fuerte y yo no parecía pesarle en absoluto, por lo que eran muchas las veces que me llevaba a cuestas. Y las aguas nos llevaron a un escenario tan idílico como romántico en el que nos tenían preparada una cena para dos, muy exclusiva, sin nadie a nuestro alrededor.

—¡¡Esto es una maravilla!! —le dije al llegar hasta esa blanca carpa de la playa, en la que habían dispuesto una preciosa mesa para ambos. Toda la decoración acompañaba con velas alrededor, antorchas… Era de cuento.

Yo miraba a mi alrededor y no creía que fuésemos a cenar ahí, que todo estuviese dispuesto para él y para mí. Dante cuidaba cada uno de los detalles y yo a eso le daba mucha importancia, me maravillaba que así fuese.

Me soltó en mi silla y él se sentó en la suya. Como salido de la nada, porque allí no parecía haber nadie que no fuéramos él y yo, acudió un camarero perfectamente ataviado y que ya venía con una botella de vino blanco, de la cual nos sirvió.

Con las copas en la mano, disfrutamos una barbaridad de la puesta de sol, encantados de cuanto íbamos viendo, de cuanto íbamos sintiendo juntos.

Estuvimos de acuerdo, una vez se hizo la noche, en pedir una mariscada para cenar, una opción que fue inmejorable, al servirnos una deliciosa.

Pese a todo, yo notaba que no tenía demasiado apetito en aquellos días en los que las emociones se agolpaban en

mi estómago de una forma que no me dejaba disfrutar demasiado de la sabrosa comida… Es decir, comía más con los ojos y, en particular, me lo hubiese comido a él, ¡y cómo!

En cada uno de los segundos estaba pendiente de mí. Lo suyo era ruborizarme con su actitud tan servicial, tan bonita, tan transparente… Y también conquistarme.

En muchos momentos, yo sentía que igual no estaba a la altura, aunque luego tomaba conciencia de que él no quería que yo le sorprendiese con nada, sino que disfrutara con las muchas sorpresas que tenía preparadas para mí

Y hablando de sorpresas, que conste que la que vino con el postre fue de aúpa, porque de pronto vimos aparecer un barquito mientras la música amenizaba el ambiente y no entendí.

—Sube conmigo y lo entenderás—me indicó y no lo dudé.

El simpático capitán nos dio la bienvenida a bordo y nos llevó hasta una isla privada y solo para nosotros, a la que nos indicó que tardaría un par de horas en volver, despidiéndose.

—Así que nos hemos quedado aquí solos y en plan náufragos, ¿y si ahora mismo a ese hombre le pasa algo y no vuelve? ¡¡Nos quedaríamos atrapados aquí!!

—Qué pena, unos días atrapado contigo en una isla desierta—ironizó mientras me besaba.

—Oye, que a mí me da yuyu, ¿y si no vuelve?

—Volverá y, si no lo hace, Elio tiene nuestra ubicación. Está todo pensado.

—Vale, entonces ya solo hace falta que sea Elio quien no se pierda, que no apostaría yo demasiado.

Miramos a nuestro alrededor y era de locura. Una islita, en medio del Índico, sola para nosotros era un sueño. Allí no había nada, pero es que nada nos hacía falta… Nada que no fuera su cuerpo y el mío.

Creí que lo haríamos allí mismo, como la anterior noche en la playa, aunque me encontré con la sorpresa de que no… Dante se tumbó en la arena y me invitó a tumbarme encima de él. Los mimos y los arrumacos por su parte llegaron enseguida. Parecía embelesado y lleno con esos gestos. Su preciosa sonrisa relucía gracias a la luz de la luna y yo me dejaba acariciar, mecer por sus brazos, en aquel lugar recóndito y salvaje que yo hubiera elegido sin lugar a ninguna duda para perderme en el mundo. Y con él.

Hay muchos momentos en los que las palabras sobran y en las que el silencio dice mucho más que cualquier frase. Eso lo tenía yo claro en una noche en la que habló más el silencio que otra cosa, porque no fueron demasiadas las palabras que cruzamos en aquella isla que quedaría para siempre en mi recuerdo.

Entre la oscuridad de la noche, sus ojos azules se perfilaban como dos faros que yo hubiera seguido en el caso de sentirme perdida, si bien eso no ocurría porque a su lado podía tener cualquier sensación menos esa.

La capacidad de las horas de hacerse minutos, como bien apuntó Alessandra, era mágica. Y allí se obró la magia, porque hubimos de volver cuando yo seguía con la sensación de que apenas acabábamos de llegar.

Cuando lo hicimos, subiendo de nuevo en el pontón, me sentía más unida a él que antes de hacer ese pequeño trayecto. Era una sensación desconocida por mí que me encantó.

—Menos mal que no tuvo que venir a buscarnos Elio, porque al saber qué clase de rescate nos hubiera hecho—le confesé entre risas.

—Yo nunca dejaría que te sucediera nada malo, preciosa. ¿Lo sabes?

—Sí, creo que lo sé y que lo he sabido más después de esta noche que hemos pasado aquí, en medio de la nada, teniéndonos solos el uno al otro. Ha sido maravilloso—le besé.

El capitán nos miró y nos sonrió. Dos personas que se besan no necesitan ningún tipo de traducción. Para eso se utiliza el idioma universal del amor, el cual es el mismo aquí, allí y en Pekín, en cualquier lugar del globo.

Cerca ya de la orilla, nos bajamos y él me volvió a tomar en brazos. Seguíamos viviendo una noche inolvidable.

Entre la oscuridad de la noche, sus ojos azules se perfilaban como dos faros que yo hubiera seguido en el caso de sentirme perdida, si bien eso no ocurría porque a su lado podía tener cualquier sensación menos esa.

La capacidad de las horas de hacerse minutos, como bien apuntó Alessandra, era mágica. Y allí se obró la magia, porque hubimos de volver cuando yo seguía con la sensación de que apenas acabábamos de llegar.

Cuando lo hicimos, subiendo de nuevo en el pontón, me sentía más unida a él que antes de hacer ese pequeño trayecto. Era una sensación desconocida por mí que me encantó.

—Menos mal que no tuvo que venir a buscarnos Elio, porque al saber qué clase de rescate nos hubiera hecho—le confesé entre risas.

—Yo nunca dejaría que te sucediera nada malo, preciosa. ¿Lo sabes?

—Sí, creo que lo sé y que lo he sabido más después de esta noche que hemos pasado aquí, en medio de la nada, teniéndonos solos el uno al otro. Ha sido maravilloso—le besé.

El capitán nos miró y nos sonrió. Dos personas que se besan no necesitan ningún tipo de traducción. Para eso se utiliza el idioma universal del amor, el cual es el mismo aquí, allí y en Pekín, en cualquier lugar del globo.

Cerca ya de la orilla, nos bajamos y él me volvió a tomar en brazos. Seguíamos viviendo una noche inolvidable.

Capítulo 27



Nos despertamos y escuchamos que hablaban mientras desayunaban en la terraza.

—Si pones la oreja, luego no te quejes si no te gusta lo que oyes—le advertí.

—Calla, calla…

Dante se levantó y yo con él. Alessandra hablaba en tono meloso de Harry, ese chico que probablemente fuese su primer amor.

—Abuela, es que no te imaginas cómo besa. Besa tan bien—le decía ella y a su padre casi le da un telele.

—¿Tú has escuchado eso? ¡¡Que la ha besado otra vez!!

—Pues claro que lo he escuchado. Que tiene 15 años y no 5, ¿qué edad tenías tú cuando besaste a una chica por primera vez? —le pregunté.

—Es que eso no viene al caso, guapísima. Estamos hablando de mi hija y no de mí.

—Claro, claro… Pues normal que la haya besado. Si es una belleza de chica. Espera, que tu madre está muy atenta y yo no me lo pierdo—le puse los dedos encima de los labios para poder oír.

Sofía la escuchaba embelesada y también a Elio, que se metió por medio.

—De verdad que no te imaginas cómo besa—insistió su nieta.

—Me va a provocar una úlcera de estómago—me comentó su padre.

—Que calles, que ahí va tu madre.

—¿En serio crees que no me lo puedo imaginar, mocosa? Que sepas que estos labios—señaló a los suyos— han sido besados por los mayores galanes del cine italiano y de otras muchas nacionalidades. Si de verdad crees que

no puedo imaginármelo, estás muy equivocada.

—Ay, es verdad, abuela… Para mí es una novedad, porque yo hasta ahora solo me he besado con chicos italianos —le contó ella.

—¿Tú has escuchado eso? ¡¡Que no es el primero!!

—Madre mía. Pues claro que no, ¿tú no has visto la cara de espabilada que tiene tu niña? ¿En qué mundo vives?

—Alessandra, ¡¡que te estoy escuchando!!

—Ostras, ¡mi padre! —exclamó ella al verle sacar medio cuerpo por la terraza de la villa.

—Ese justo, tu padre. Y estoy que trino.

—Papá, ¡¡que ya no soy tu bebé!! Voy a hacer un directo y a preguntarles a mis seguidores qué piensan de todo esto.

—A tus seguidores no los metas en esto si no quieres que salgan escaldados también, ¡abrase visto!

—Tu padre ladra, pero no muerde—negó Sofía.

—Yo podría decir algo en contra de esa afirmación—le comenté a él por lo bajini, viendo que alguna señal en el cuerpo sí que me había dejado.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? —me preguntó descubriendo alguna que otra zona del suyo donde también se apreciaban huellas de mis mordidas.

Sería mejor que se distrajese y dejase a Alessandra un poquito a su rollo. Suerte que en cuanto desayunamos ya tenía Dante algo previsto para todos.

—Hoy haremos snorkel, ¿os parece?

—Por mí como si os tiráis por un puente, yo pienso coger color vuelta y vuelta. No me muevo de esta tumbona ni con una grúa. Ya lo sabéis—nos indicó Sofía.

—Yo me quedo con la abuela y preparo un montón de *reels* que tengo en mente. Harry puede ayudarme. Me voy a poner un bikini que…

—Un bikini que inspeccione yo y que sea cómodo para hacer snorkel, señorita, que tú te vienes con nosotros.

—Papá, pero eso es claramente tortura. No puedes obligarme…

—También podemos volver a casa porque total, para hacer aquí lo mismo que allí…

—No es lo mismo. Aquí hay unos paisajes que son para flipar, mis seguidores están como locos pidiéndome que saque más rincones de la isla. Me debo a ellos…

—Me debes una disculpa a mí por contestona, ¿te tiras tú al agua o te tiro yo?

—Vale, vale… Ya voy a prepararme. Abuela, pues te tocará a ti grabarme con el tubito ese…

—Sí, claro. A ver si te crees que tu padre tiene pensado sumergirse aquí mismo, al ladito de la villa. Parece que no le conoces. En la piscina va a hacer snorkel, no te digo.

—Papá, ¿es eso verdad? ¿Dónde lo haremos?

Un ratito después ya tenía Alessandra su contestación, cuando íbamos en aquella lancha motora camino de un lugar donde pudiéramos disfrutar del buceo en unas aguas plagadas de vida marina, arrecifes de corales y mucho más.

Cuando por fin estuvimos sumergidos, todos claudicamos. Hasta la niña terminó encantada con una experiencia en la que tuvimos ocasión de contemplar una flora y fauna de lo más variada.

Además, nos reíamos mucho, porque Dante me llevaba de la mano y Elio hacía lo mismo con Alessandra, pero no porque fuera a protegerla, sino más bien al contrario, ya que a mi amigo le daba bastante respeto el fondo marino y cada vez que se acercaba un pez de un tamaño considerable parecía que le estuvieran dando calambrazos debajo del agua, llegando hasta a salir a la superficie y con ella blasfemando, pues también tiraba de su cuerpo.

Por ese motivo, no solo nos lo pasamos de cine, sino que nos divertimos muchísimo, pues Elio era muy cómico y de regreso a las villas lo iba contando todo a su manera.

—Es que casi me da un chungo, porque primero vi pececitos de esos de colores de lo más inofensivos, que parecía que estábamos “Buscando a Nemo” —decía sacando las carcajadas de Alessandra, quien ya lo estaba grabando y le tiraba de la lengua para que se explayara—. Pero claro, de pronto te ves una barracuda, una morena…

—¿Y las morenas te dan a ti miedo? —le preguntaba ella.

a

—Las de dos patas no, que a mí ni fu ni fa, pero estas del agua tienen un peligro… Me imagino yo que se me enrosque una en el cuerpo y se me apaga la luz para los restos. Adiós a mi existencia gay, sería toda una pérdida para la humanidad—seguía relatando él—. Y encima, de pronto veo venir hacia nosotros una raya con púas y me pregunto “¿qué es eso, Dios mío de mi alma?” Si tiene más peligro que una Drag Queen con la viruela del mono,

que ya es una mezcla potente, ya…

Potente era todo lo que salía de su boca. Cielo santo, cómo nos pudimos reír.

que ya es una mezcla potente, ya…

Potente era todo lo que salía de su boca. Cielo santo, cómo nos pudimos reír.

Capítulo 28



Esa noche tocaba fiesta por todo lo alto en el complejo, en torno a las varias barras que había colocadas en las distintas piscinas.

Alessandra paseaba de la mano de Harry y la idea era mantener ocupado a su padre para que no se la liase al muchacho, al que seguía de cerca con la mirada.

—¡Hay un karaoke! —chillé tirando de Dante. Yo iba monísima, aunque esté mal que lo diga, con un short y un top blancos, que me hacían tipazo. Y mis zapatos de cuñas más altos, los cuales me sirvieron para subirme al escenario a darlo todo.

Lo que más me gustaba era que Dante me seguía en cualquier idea que se me ocurriese. Y bastó con sugerirlo para que se subiera conmigo.

—*¡Felicitá!* —pedí a gritos porque esa canción es para mí un himno a la alegría.

Daba igual que cantásemos en italiano y que el resto de los presentes fueran de distintas nacionalidades. Allí se la sabían todos y no dudaron en hacernos los coros.

Hasta Alessandra animaba a Harry, a quien sí le tuvo que soplar la letra, y el irlandés hacía todo lo posible por echarle arrojo a la canción.

"Felicitá é un bicchiere di vino con un
Panino"

Qué diversión y cómo nos seguía la gente. Dante y yo nos acompasábamos genial.

Cuando hubimos terminado, nos tomaron el relevo Sofía y Elio con *"Ti amo"* de Umberto Tozzi, haciendo una interpretación magistral en la que ambos tan pronto parecían odiarse como amarse y poniendo a todos de pie, aplaudiendo.

La noche estaba siendo apoteósica y todavía quedaba mucha porque tras hartarnos de karaoke, llegó la hora de

bailar.

Nos encantó encontrarnos con que en esa ocasión no habría música electrónica, sino que estaba dedicada a la latina y pronto comenzaron a sonar las más sensuales de las bachatas.

—¿Dónde le está poniendo ese macarra la mano a mi hija? —me preguntaba Dante, a quien el cuello le iba a dar de sí de tanto seguirlos con la mirada.

—Pues vendrá a ser, poco más o menos, que donde tú me la tengas puesta a mí, digo yo…

—Pero no es lo mismo…

—Déjalos y sigue moviéndote así, que no te imaginas las cosas que se me están pasando por la imaginación.

—No quiero saberlo o este baile será muy corto…

—Sería una pena, aunque reconozco que no me resisto a…

Le dije ciertas cosas irreproducibles en el oído. Dante sacaba mi parte más traviesa y eso era algo que me apasionaba. Baile a baile, nuestra imaginación se desbordaba.

a

Un fan que la reconoció fue a por Sofía quien se estaba tomando una copa tranquilamente mientras departía con otra señora de su edad con la que se carcajeaba.

El tipo estaba decidido a que bailase con ella y, en principio, ella no le dio ninguna bola, pero cuando desistió y sacó a bailar a otra, todos nos quedamos atónitos.

—Fue campeón durante varios años seguidos de bachata y de…—nos contó el camarero viendo que no le quitábamos ojo de encima.

Sofía era una diva y, como tal, le gustaba destacar. Viendo que había perdido la oportunidad, no dudó en batir sus pestañas, coqueta, y ya lo tenía allí de nuevo. El tipo la exhibía como un triunfo y ella simulaba hacerle un favor.

—Por Dios, ¿dónde aprendió esa mujer a moverse así? —le pregunté a su hijo viendo su total dominio, el mismo que la convirtió en la reina de la pista desde el primer segundo en que posó sus zapatos de baile en ella.

—¡¡Esto lo tengo que grabar para fardar de abuela!! —decía Alessandra mientras Harry le indicaba los mejores planos, qué monos los dos.

—Mi madre lleva bailando toda la vida y ha protagonizado diversos musicales. A mí padre no le gusta bailar y cuando yo era niño siempre me cogía para que ensayara con ella.

—Por lo que veo todos jugáis con ventaja.

—Pues tú tampoco te mueves nada mal. Ni Elio, míralo…

Elio estaba abrazado a un mulato y juntos emulaban en todo a la pareja formada por Sofía y aquel campeón de baile, quienes los miraban con incredulidad.

A la hora de recibir los aplausos finales, también ellos los agradecieron y nosotros es que nos partíamos de la risa.

Con las copas en las manos, y con mucho ritmo en el cuerpo, no sabíamos aún cuánta noche nos quedaba por delante, ya que la fiesta terminó ¡con todos dentro de la piscina!

Una serie de juegos, muchas copas encima, ganas de juerga y risas por doquier dieron con la fórmula para que el i vestidos no fuera un impedimento para que nos zabullésemos.

Cuando todos emergimos, Dante no veía a su hija ni a Harry y ya se iba a zambullir para buscarlos, preocupado, cuando ambos salieron del fondo besándose y causando la risa del personal.

Él se rio menos, la verdad, pero Elio lo grabó todo.

—¡¡Lo tengo, Alessasndra!!

—Eres el mejor, ¡¡gracias!! —lo abrazó porque las imágenes quedaron de lo más chulas.

—Yo no sé qué les hago a todos—negaba Dante.

—¿Y si me dejas que te haga algo yo a ti? —le pregunté y entonces le hice una sugerencia en el oído. Una que provocó que saliera pitando y que nos fuéramos en dirección a esa playa en la que encontramos un rincón hecho a nuestra medida: un rincón en el que nuestros cuerpos pudieran hablar por sí solos sin necesidad de palabras… Un rincón en el que comenzar la explosión sexual de una noche que terminaría con fuegos artificiales ya una vez en l villa. La química entre ambos era descomunal y la mecha se encendía en cuanto nos acercábamos, en cuanto nuestras miradas se entrelazaban y en cuanto tomábamos conciencia de las ganas que ambos teníamos de fundirnos con el otro.

—Por lo que veo todos jugáis con ventaja.

—Pues tú tampoco te mueves nada mal. Ni Elio, míralo…

Elio estaba abrazado a un mulato y juntos emulaban en todo a la pareja formada por Sofía y aquel campeón de baile, quienes los miraban con incredulidad.

A la hora de recibir los aplausos finales, también ellos los agradecieron y nosotros es que nos partíamos de la risa.

Con las copas en las manos, y con mucho ritmo en el cuerpo, no sabíamos aún cuánta noche nos quedaba por delante, ya que la fiesta terminó ¡con todos dentro de la piscina!

Una serie de juegos, muchas copas encima, ganas de juerga y risas por doquier dieron con la fórmula para que el ir vestidos no fuera un impedimento para que nos zabullésemos.

Cuando todos emergimos, Dante no veía a su hija ni a Harry y ya se iba a zambullir para buscarlos, preocupado, cuando ambos salieron del fondo besándose y causando la risa del personal.

Él se rio menos, la verdad, pero Elio lo grabó todo.

—¡¡Lo tengo, Alessasndra!!

—Eres el mejor, ¡¡gracias!! —lo abrazó porque las imágenes quedaron de lo más chulas.

—Yo no sé qué les hago a todos—negaba Dante.

—¿Y si me dejas que te haga algo yo a ti? —le pregunté y entonces le hice una sugerencia en el oído. Una que provocó que saliera pitando y que nos fuéramos en dirección a esa playa en la que encontramos un rincón hecho a nuestra medida: un rincón en el que nuestros cuerpos pudieran hablar por sí solos sin necesidad de palabras… Un rincón en el que comenzar la explosión sexual de una noche que terminaría con fuegos artificiales ya una vez en la villa. La química entre ambos era descomunal y la mecha se encendía en cuanto nos acercábamos, en cuanto nuestras miradas se entrelazaban y en cuanto tomábamos conciencia de las ganas que ambos teníamos de fundirnos con el otro.

Capítulo 29



Habían pasado dos días más por medio. Dos espléndidos días en los que todo fue diversión, bailes, risas, chapuzones, relax y un sinfín de actividades de lo más ociosas que nos llevaba a desear que nuestra estancia en Maldivas se prolongase por tiempo indefinido. Un sueño como cualquier otro.

Aquella mañana abrí los ojos con la ilusión de que no se le hubiese olvidado eso que, a mi parecer, no se le debería olvidar.

—Buenos días, guapísimo—le comenté.

—Buenos días, bombón. Fantástica mañana, ¿algún plan para hoy? —me preguntó y me quedé un poco chafada.

—No, la verdad es que no. Y tienes razón en que se ha quedado un bonito día—le contesté con un cierto deje de pena que no pareció interpretar.

—Pues nada. Levanta, que seguro que algo se nos ocurre, preciosidad.

Lo hice y entonces él me arrolló como si fuese un tren, llevándome fuera de la villa. Y allí me encontré ya con todos preparados gritando un ¡¡Sorpresa!! Y es que ¡¡era el día de mi cumpleaños!!

Y desde que luego que lo fue, porque a partir de ese momento comenzó un día maravilloso, un día que no sería para olvidar…

Lo primero de todo, fue disfrutar de un increíble desayuno con dulces incluidos, pues esa mañana nos saltaríamos a la torera cualquier restricción y engulliríamos como si fuésemos pozos sin fondo.

Todos sentados alrededor de la mesa de nuestra terraza me cantaron y me desearon el más feliz de los cumpleaños mientras el resto de los ocupantes de las villas colindantes se unían con cánticos y vítores.

A continuación, me encontré con la magnífica sorpresa de que un impresionante yate estaría a nuestra disposición todo el día.

—¿Y todo esto para mí? —le preguntaba emocionada a Dante porque yo no estaba acostumbrada a tantos dispendios.

—Todo esto y mucho más. Espero que este sea tu cumpleaños más especial, uno en el que no te falte nada.

Sus palabras no cayeron en saco roto porque debía agradecer y mucho todas las molestias que se estaba tomando por mí, aunque me era imposible dejar de pensar en que me faltaba mi hermana Martina, con lo divertidos que fueron siempre los cumpleaños en mi casa, esos que también comenzaban a celebrarse desde primera hora de la mañana y en los que mis padres ponían toda la carne en el asador para que lo pasásemos de miedo.

En fin, que debía dejar esos pensamientos de lado y quedarme con todo lo bueno que la vida me estaba regalando y que era mucho, así que me uní a la gran fiesta que Dante había organizado en el yate.

De pronto, Alessandra apareció en la cubierta con Harry y esa sí que supuso una sorpresa para su padre, quien ignoraba que el chaval hubiese embarcado. Tampoco el resto lo sabíamos, ella actuó por libre.

—Así que tenemos un polizón a bordo—le comentó al chaval, quien le miraba con mucho respeto mientras su novieta retaba a Dante con la mirada.

—Pues no se te ocurra decir que lo echaremos del barco abajo, papá, porque en ese caso me tiro con él por la borda.

—Hijo, tú verás—se encogió Sofía de hombros y, en cuanto se dio la vuelta, comenzó a carcajearse con Elio, quien estaba aún resacoso de la noche anterior y con unas tremendas ganas de juerga.

—Yo lo que veo es que tenéis todos mucha guasa, eso es lo que veo yo. Pues nada, bienvenido a bordo, chaval. Eso sí, una salida de tono y…

—¡¡Papá!! ¡¡Que me lo vas a espantar!! —le tomó ella de la mano y se tumbaron en la piscina a tomar el sol.

Pasear por yate en Maldivas debe ser también pecado capital porque algo así de bueno ha de tener alguna pega que yo no conozco. Cielos, qué maravilla de cielo, con ese azul radiante sobre nuestras cabezas, y qué servicio… Todo el tiempo pendientes de nosotros, pasando bandejas con toda clase de delicias y de bebidas…

Elio nos hacía de DJ y luego bajaba a bailar con Sofía, entre canción y canción. Nosotros dos tampoco nos separábamos un momento y le íbamos pidiendo todas las piezas de salsa y de bachata que se nos venían a la cabeza.

Después de bailar, y con mucho, diría yo que con demasiado calor en el cuerpo por la cercanía de Dante, llegó la hora de los baños y con ella todos nos echamos al agua, sin excepción. Ese día lo hizo incluso Sofía.

—Alessandra, ni se te ocurra grabarme ahora que se me ha corrido el rímel y parezco un choco en su tinta—le comentaba a su nieta, a quien le costaba trabajo seguir las directrices de su abuela, tratando de grabarla cuando no se daba cuenta y encontrándose con la mirada reprobatoria de su padre en más de un momento.

Lo pasamos de vicio. Se trató de un día de lo más completo en el que por la tarde sacaron una deliciosa tarta de tres chocolates, mi preferida.

—Alguien se ha ido de la lengua—le comenté a Elio, quien me miraba embelesado.

—Para mi chica preferida, lo que haga falta. En realidad, es que me torturaron.

—¿Te torturaron? A ti no hay más que mirarte para que estés largando, bandido, que lo cuentas todo.

—Desde luego. A mí no me atrincan para torturarme ni hartos de vino—soltó y todos nos reímos.

Yo cumplía los 30, una fecha muy redonda y especial que apareció en dos velas que colocaron encima de la tarta indicándome que pidiera un deseo. Suerte que no debía ser en alto, porque difícilmente podría haber expresado los dos que tenía en mente: encontrar alguna pista sobre mi hermana y que aquello que estaba viviendo con Dante se prolongase, al menos, un poquito más. Hacía mucho que no vivía nada así… Qué demonios… Algo tan intenso y con un hombre no lo había vivido nunca, ¿a quién quería engañar diciendo lo contrario?

—Alessandra, ni se te ocurra grabarme ahora que se me ha corrido el rímel y parezco un choco en su tinta—le comentaba a su nieta, a quien le costaba trabajo seguir las directrices de su abuela, tratando de grabarla cuando no se daba cuenta y encontrándose con la mirada reprobatoria de su padre en más de un momento.

Lo pasamos de vicio. Se trató de un día de lo más completo en el que por la tarde sacaron una deliciosa tarta de tres chocolates, mi preferida.

—Alguien se ha ido de la lengua—le comenté a Elio, quien me miraba embelesado.

—Para mi chica preferida, lo que haga falta. En realidad, es que me torturaron.

—¿Te torturaron? A ti no hay más que mirarte para que estés largando, bandido, que lo cuentas todo.

—Desde luego. A mí no me atrincan para torturarme ni hartos de vino—soltó y todos nos reímos.

Yo cumplía los 30, una fecha muy redonda y especial que apareció en dos velas que colocaron encima de la tarta indicándome que pidiera un deseo. Suerte que no debía ser en alto, porque difícilmente podría haber expresado los dos que tenía en mente: encontrar alguna pista sobre mi hermana y que aquello que estaba viviendo con Dante se prolongase, al menos, un poquito más. Hacía mucho que no vivía nada así… Qué demonios… Algo tan intenso y con un hombre no lo había vivido nunca, ¿a quién quería engañar diciendo lo contrario?

Capítulo 30



Al final de la tarde volvimos a la villa.

—Gracias por un increíble día de cumpleaños que no olvidaré—le comenté a Dante besándole en los labios.

—¿Es que acaso piensas que este día ha acabado? ¡¡Nos queda toda la noche de celebración!! —me indicó.

—¿Más que celebrar?

—¡¡Mucho más!! —me aclaró.

Y tanto que sí, como que yo no me podía imaginar que había movilizado al resort de villas al completo para que todos acudieran a la impresionante fiesta que me encontré, en mi honor, y en la playa.

De veras que me quedé patidifusa cuando la vi. Ya algo podía sospechar al encontrarme aquel espectacular vestido blanco de estilo ibicenco encima de la cama. También Dante vistió camisa y pantalones de lino en blanco. Todos los invitados íbamos de ese color y enseguida nos encontramos en la playa.

Un personal bien organizado había preparado una fiesta lujosa y especial, con barra de bebidas, escenario, DJ y un montón de posibilidades de ocio para que todos lo pasásemos de infarto en una noche que estaba lista para ser disfrutada de principio a fin.

La decoración resultaba impecable, de estilo *chill out* y con un aire romántico memorable: sombrillas, todo tipo de hamacas y sofás, camas balinesas con dosel…

Alessandra corrió hacia una llevando a Harry de su mano. Su padre, que la vio, corrió igualmente, pero a levantarlos a ambos, cosa que ella hizo refunfuñando.

Todos los accesos a la playa, así como esta, estaban salpicados de tenues luces que le daban la luminosidad perfecta al entorno para poder disfrutar a la perfección sin perder ni un ápice de esa intimidad nocturna que requiere una fiesta de ese tipo en la que no faltaron innumerables juegos como cañones de espuma, por ejemplo, que hicieron las delicias de todos nosotros.

Sofía rio a carcajadas cuando uno de esos cañonazos la dejó “con la cara lavada” como ella decía y los pelos com si le hubiese dado un lengüetazo una vaca, que más arte no podía tener la buena mujer.

—Tú estás guapa hasta a 50 metros debajo del agua—le comentaba yo.

—Pues para que me hubieras visto en mis tiempos. Si ahora te lo parezco, imagínate. A mí no se me resistía un hombre. El secreto está en saber el poder que una lleva dentro, Carla—me daba consejos aquella dama del cine, un mito viviente y todo un referente para mí, pues no solo la apreciaba, sino que la admiraba muchísimo.

—Insisto en que tú estás guapa hasta vestida de astronauta, ¿qué me estás contando?

—A ti sí que te imagino yo guapa vestida de novia y del brazo de mi hijo. Ay, por favor, es que lo pienso y me pongo taquicárdica.

—Qué cosas dices, Sofía. Tu hijo y yo estamos viviendo una aventura, nada más—suspiré.

—Mi hijo no es de aventuras salvo las de una noche. Cuando repite, tú di que algo hay. Y aquí lo hay. No hay má que verle. Hacía mucho que no le notaba tan contento.

—Mamá, ¿se puede saber qué estás tramando? —le preguntó él, que ya venía con unas copas.

—Le estaba aconsejando cremas para la cara, que ella tiene un cutis perfecto, pero lo conservará ideal solo si se lo cuida—disimuló ella.

—Ya, quien no te conozca que te compre, gran Sofía Borromeo.

—Ven a bailar con tu madre y a callar, impertinente.

Sofía lo cogió y comenzaron a dar vueltas en la pista. Vueltas y más vueltas que también emulamos nosotros, pue Elio me tomó por el brazo para bailar conmigo.

—Te prometo que no te había visto más guapa en tu vida, nenita, pero no es para menos… ¡qué hombre y qué fiesta! Es divino, digo es divina, digo… Las dos cosas.

La fiesta era ciertamente espectacular, todo un derroche de ingenio y por qué no decirlo también, de dinero, porque debió costar una pasta gansa.

A las muchas exquisiteces que se sirvieron a modo de buffet libre había que sumarle la enorme tarta que esa vez se sirvió, de un tamaño mucho mayor, aunque del mismo tipo, con tres chocolates, solo que con una receta distinta. Junto a ella, un interminable carrusel de dulces, fuentes de chocolate…. Todo un derroche y el mismo

paraíso para una golosa como era yo.

Tras soplar nuevamente las velas, llegó el turno de los regalos. Todos me tenían cosas. Sofía me regaló una foto de ambas dedicada, del día que nos conocimos, que me hizo saltar la lagrimilla. Alessandra había montado un vídeo con imágenes del viaje que se expuso en un gran proyector, con música y que me emocionó cantidad. Elio me tenía, como todos los años, varios regalitos. Y luego estaba Dante, quien me pidió que cerrara los ojos y colocó en mi cuello una preciosa joya, una gargantilla de la que pendía un símbolo de infinito.

—Es una maravilla—le dije cuando sacó un espejito en el que poder vérmela.

—Y tiene su significado, preciosa, no está elegida al azar—me confesó mientras me guiñaba un ojo.

Yo estaba que me iba a dar algo entre tantas emociones y eso que no esperaba el espectáculo de fuegos artificiales con el que tras mil bailes y otras tantas copas y risas se cerraría aquella fiesta. En el cielo lució un “Felicidades, m preciosa Carla. Gracias por estos días maravillosos”. Un texto que me aguó los ojos, escrito en el cielo, y ante el que todos aplaudieron.

Acababa así un cumpleaños tan distinto como increíble, uno que no se me olvidaría por muchos años que viviese. Y aún nos restaba llegar a la villa y derrochar pasión sobre la cama, porque estaba segura que Dante tenía mucha cuerda todavía antes de emprender la vuelta a casa; que pondría el punto final a un viaje que comenzó de la manera más sorpresiva y que terminaba con otra que no lo era menos.

paraíso para una golosa como era yo.

Tras soplar nuevamente las velas, llegó el turno de los regalos. Todos me tenían cosas. Sofía me regaló una foto de ambas dedicada, del día que nos conocimos, que me hizo saltar la lagrimilla. Alessandra había montado un vídeo con imágenes del viaje que se expuso en un gran proyector, con música y que me emocionó cantidad. Elio me tenía, como todos los años, varios regalitos. Y luego estaba Dante, quien me pidió que cerrara los ojos y colocó en mi cuello una preciosa joya, una gargantilla de la que pendía un símbolo de infinito.

—Es una maravilla—le dije cuando sacó un espejito en el que poder vérmela.

—Y tiene su significado, preciosa, no está elegida al azar—me confesó mientras me guiñaba un ojo.

Yo estaba que me iba a dar algo entre tantas emociones y eso que no esperaba el espectáculo de fuegos artificiales con el que tras mil bailes y otras tantas copas y risas se cerraría aquella fiesta. En el cielo lució un "Felicidades, mi preciosa Carla. Gracias por estos días maravillosos". Un texto que me aguó los ojos, escrito en el cielo, y ante el que todos aplaudieron.

Acababa así un cumpleaños tan distinto como increíble, uno que no se me olvidaría por muchos años que viviese. Y aún nos restaba llegar a la villa y derrochar pasión sobre la cama, porque estaba segura que Dante tenía mucha cuerda todavía antes de emprender la vuelta a casa; que pondría el punto final a un viaje que comenzó de la manera más sorpresiva y que terminaba con otra que no lo era menos.

Capítulo 31



Llegamos a la villa con el sonido de la música todavía en nuestras cabezas y con el alcohol corriendo por nuestras venas.

Él me llevaba en brazos, como tantas veces, mientras me miraba embelesado. Nada más entrar, me soltó con mimo encima de la cama y me pidió que me quedase allí y que mirase.

Me podía, todo lo que me decía que hiciera solía terminar de una forma muy insinuante y es que él solía sacar la artillería pesada en cuanto hacía.

Las luces tenues fueron acompañadas con velas que dispuso alrededor de lo que enseguida entendí que sería un improvisado escenario. Los acordes de la música comenzaron a sonar. El título de la canción era “Purple Rain”, el mítico tema de Prince con el que comenzó a contonearse delante de mí, ¡¡me iba a regalar un estriptis!!

Yo le chillaba y ladeaba la cabeza de un lado a otro. La idea me resultaba tan excitante que me costaba pensar que pudiese contener mis ganas de abalanzarme sobre él mientras sus sexis movimientos me iban subiendo de revoluciones.

El vestido me sobraba y si no me lo quité fue para darle a su desnudo todo el protagonismo. Dante no conocía la vergüenza y sus movimientos eran para derretirse. Sus ojos azules se clavaban en los míos mientras comenzó a desabotonarse la camisa, la cual terminó encima de mi cabeza sacando mis borrachinas carcajadas.

Entonces se fue acercando insinuante y yo lamí ese pecho suyo que me ofrecía, uno que me abrasaba con solo comprobar lo tonificado que lo tenía, tan definido y tan apetecible. Pasé mi lengua por él y también mis dedos mientras sus movimientos iban subiendo de vueltas, creando el ambiente más picante de todos, uno en el que estaba bien segura de que él lo daría todo como así fue.

El contoneo de Dante, esa forma de moverse estaba a otro nivel. Yo le chillaba, le silbaba y él se acercaba y se alejaba a su antojo, poniéndome el caramelo en la boca para luego apartármelo.

Mis ojos le seguían por toda la habitación y entonces echó mano a la cinturilla de sus pantalones, de la cual pendía un cordón cuyo nudo deshizo. El que no podría deshacer con tanta facilidad fue el que se me formó a mí en la

garganta al contemplar una escena que me provocaba sofocos. Unos tremendos sofocos que solo él podía oxigena como sabía.

Sus pantalones terminaron igualmente en el suelo y yo no paraba de jalearle a la vista de aquel insinuante tanga que se colocó para el numerito. No me lo podía imaginar. Dante contaba con uno de esos traseros duros y perfectos capaces de hacer babear a cualquier mortal, aunque lo mejor de todo era cómo se las apañaba para menearlo, de un modo que hipnotizaba.

Se acercó a mí y, emulándole, tiré de él con mis dientes. Ya le tenía desnudo y en esa ocasión era yo quien seguía vestida. No por mucho tiempo, ya que agarró mis manos y, sin soltarlas en ningún momento, hizo mi vestido jirones con la que le quedaba suelta.

Yo también llevaba un tanga del que se deshizo igualmente con sus dientes antes de entrar en mí. Ese día no hubo preliminares, pero es que yo no los hubiese pedido. Le quería dentro y le quería ya. Y, por suerte, él expresaba el mismo deseo con sus ojos.

Dante siguió bailando para mí esa noche, pero ya lo hizo en horizontal y sobre el colchón, aunque las horas darían para mucho y también me pondría de pie y en las más diversas posturas. Igualmente lo hicimos debajo del agua y hasta terminamos en la piscina, en silencio, para no alertar al resto.

Un recorrido que nos llevó a experimentar el sexo en cada rincón de una villa que nos sirvió para atestiguar una pasión que iba a más. Ya no concebía una noche sin sus besos y sus caricias, pero tampoco sin sus embestidas.

Con Dante el sexo era novedoso y estaba segura de que, de vuelta a su casa, me tendría varias sorpresas preparadas. Cada vez que pensaba en esa posibilidad la piel se me erizaba por completo y mi interior rezumaba una humedad idéntica a la de aquella noche, en la que le empapé varias veces mientras la más insinuante de las músicas seguía sonando al fondo.

Cuando por fin nos dimos por satisfechos ya los rayos solares comenzaban a aparecer. Teníamos tan solo un rato para descansar antes de embarcar y volver a una rutina que no era tal, pues con Dante sabías cómo comenzaba cada día, pero no cómo terminaba. Él escribía la vida en clave de aventura y eso era algo que me fascinaba.

Me encontraba muy a gusto a su lado y solo podía pensar en eso. Él me masajeó las sienes con la intención de que me durmiera pronto y eso hice.

Cuando caí redonda, soñé con una romántica vuelta a la Toscana y con un futuro con él. Se trató de un lindo sueño en el que le veía como al hombre de mi vida y en el que no había ninguna connotación negativa, en el que todo lo contemplaba desde el prisma de ese color de rosa que debería imperar en el mundo.

No obstante, son otros muchos los tonos que, más de una vez, impregnan todo a su paso. Tonos grises que desconciertan e incluso tonos oscuros que te hacen vivir una vida en tinieblas de la que yo huía. Si pudiera dar con la tecla de ese secreto que no dejaba vivir en paz a mi familia… Si pudiera ser capaz de hacerlo, quizás mi viva se

r volviera a colorear.

De nada me valía tener un *best seller* en el mercado si la sombra de esas inmensas dudas se seguían cerniendo sobre mi cabeza, si no podía dar con la clave de un misterio que me acongojaba desde hacía años y al que debía ponerle punto final cuanto antes.

volviera a colorear.

De nada me valía tener un *best seller* en el mercado si la sombra de esas inmensas dudas se seguían cerniendo sobre mi cabeza, si no podía dar con la clave de un misterio que me acongojaba desde hacía años y al que debía ponerle punto final cuanto antes.

Capítulo 32



—Papá, que dice Harry que quiere que seamos novios, que ya veremos la manera de poder seguir con lo nuestro— le anunció la niña en cuanto nos levantamos y desayunamos todos juntos como colofón a nuestro viaje a Maldivas

—Alessandra, hija, no me digas tonterías, te lo pido por favor, ¿es que no ves que sois muy jóvenes?

—Papá, que eso no tiene nada que ver, te lo digo muy en serio. ¿Hacemos una encuesta entre mis seguidores? Qu encima no veas lo que han subido estos días.

—Me alegro si es eso lo que quieres, tener muchos, pero de lo otro ya te puedes ir olvidando. No tiene ningún sentido y además es imposible.

—Martina siempre me decía que no hay nada imposible y tú opinabas que estabas de acuerdo, ¿qué es lo que ha cambiado desde que yo era pequeña? —me preguntó.

Nuevamente salía mi hermana en conversación y no se podía imaginar esa cría lo nerviosa que yo me ponía cuando sucedía eso. Me llamaba tanto la atención que recordara sus palabras después de tantos años…

—Ya, pero al menos hay cosas que no tienen sentido, hija, y esto no lo tiene. El amor es algo que llega a otras edades, en tu caso es un mero capricho. Tú tienes que sacar tu nuevo curso adelante, te has empeñado en ser influencer… Un chico ahora solo te distraería, y más uno que vive tan lejos, que todo serían problemas.

—Nosotros no vemos tantos problemas, papá. El único que los ves eres tú—le contestó ella muy indignada, indignadísima.

—Hijo, yo no me quiero meter donde no me llaman, pero…

—Mamá, pues entonces te ruego que no lo hagas. No me lo tomes a mal—le pidió él.

—Ya, lo que sucede es que se trata de la felicidad de mi nieta y no tengo tan claro que estés en lo cierto. Alessandra está demostrando ser muy capaz de hacer varias cosas al mismo tiempo, que para algo es mujer— introdujo esa coletilla para quitar algo de hierro al asunto y hacerle sonreír, lo que no consiguió.

—Creo que tu madre lo ha dicho a modo de gracia, Dante. Sonríe que es gratis—le pidió Elio.

—Papá, ¿no lo ves? Si todos están de acuerdo, solo eres tú quien te opones a todo.

—¿A ti también te parece que esto es lógico, Carla? —me preguntó.

—Hombre, yo tuve mis novios de juventud, como todos. Y la verdad es que ni tan mal, me saqué mis estudios, he prosperado en la vida y…

—Y se echó el mejor amigo que pudiera haber soñado, o sea, yo—me interrumpió mi querido Elio, causando las risas generales.

—Todo eso que decís está muy bien, pero ninguno de vosotros tiene una hija adolescente a la que educar…

—Solo me faltaba eso a mí, aunque cualquiera que me viera, por mi aspecto, podría pensar que tenga una—Sofía se reía y trataba de que su hijo la siguiera.

—¡Pues yo le voy a decir que sí! —nos anunció Alessandra y yo casi que aplaudí su decisión para mí, sin restarle autoridad a su padre delante de ella, como es lógico.

—De eso nada, jovencita, ¡le dirás que no!

—Papá, ¡te pones insoportable! —se levantó de la mesa.

—Vuelve a sentarte ahora mismo, Alessandra, ¡no te he dado permiso para que te vayas! —le ordenó él.

—Vaya novedad… ¡Nunca me das permiso para nada! —le gritó ella sin hacerle caso.

Su madre le miró y trató de apaciguarle mientras ella se marchaba.

—Dante, hijo, entra en razón… Esa relación en la distancia no durará, deja que la viva. Ella misma tiene que aprender de sus experiencias, como todos. Sin embargo, si se lo prohíbes, se le enconará y entonces sí que se empeñará en ese chico. Hazme caso a mí, que ya peino muchas canas, aunque el prodigio del tinte no las deje asomar, que bendito quien lo inventó, por supuesto—le comentó tratando en vano de que sonriera.

—Mamá, las malas decisiones amorosas traen sus consecuencias, yo solo quiero ahorrarle sufrimiento. No tiene ningún sentido querer tener novio siendo tan joven y menos si es de tan lejos. Por favor…

—Eso digo yo, Dante, por favor… Deja el mundo correr. Tu madre tiene razón. No quieras controlarlo todo. Siempre quieres tener el control y eso no es posible. No es bueno ni para ti ni para los demás. Deja que se dé una

vuelta, que se airee, que hable con su chico… Para ella hoy no es un día fácil—quise hacerle ver.

—¿Y eso por qué? Hemos venido a Maldivas, hemos hecho todo lo que ha querido…

—Pues porque aquí se ha echado su primer noviete y hoy debe separarse de él. Y eso duele, ¿o tú no tenías sangre en las venas con su edad?

—Sí que la tenía, sí, lo que sucede es que ya no se acuerda—me comentó su madre.

—Apura el café y vamos dentro, anda. Cuando hayamos terminado de preparar el equipaje la llamamos y hablas con ella. Deja que al menos se marche tranquila, con la idea de que volverá a verle.

—Está bien, si todos estáis tan convencidos…

—Yo lo veo igual, Dante. No es más que una chiquillada, pero no le quites el caramelo de la boca—le sugirió Elio.

—Mira, luego pasan los años y todo cambia. Elio se ha echado aquí varios novios y no le importa dejar a ninguno —se lo puse como ejemplo queriendo añadir un tono cómico a la conversación.

—Pero porque me voy hartito de todo. He cargado pilas para una temporadita. Me lo he comido todo y no me refiero precisamente al buffet.

—Tú sí que sabes vivir la vida, tunante—le comentó Sofía mientras me llevaba a Dante para dentro. Se me ocurrí más de una manera de relajarle, aunque entonces igual lo de preparar el equipaje se quedaba para un poco más tarde. Poco problema tendríamos con eso al contar con un jet privado que se pondría en marcha cuando su dueño, o sea él, diese la orden.

vuelta, que se airee, que hable con su chico… Para ella hoy no es un día fácil—quise hacerle ver.

—¿Y eso por qué? Hemos venido a Maldivas, hemos hecho todo lo que ha querido…

—Pues porque aquí se ha echado su primer noviete y hoy debe separarse de él. Y eso duele, ¿o tú no tenías sangre en las venas con su edad?

—Sí que la tenía, sí, lo que sucede es que ya no se acuerda—me comentó su madre.

—Apura el café y vamos dentro, anda. Cuando hayamos terminado de preparar el equipaje la llamamos y hablas con ella. Deja que al menos se marche tranquila, con la idea de que volverá a verle.

—Está bien, si todos estáis tan convencidos…

—Yo lo veo igual, Dante. No es más que una chiquillada, pero no le quites el caramelo de la boca—le sugirió Elio.

—Mira, luego pasan los años y todo cambia. Elio se ha echado aquí varios novios y no le importa dejar a ninguno —se lo puse como ejemplo queriendo añadir un tono cómico a la conversación.

—Pero porque me voy hartito de todo. He cargado pilas para una temporadita. Me lo he comido todo y no me refiero precisamente al buffet.

—Tú sí que sabes vivir la vida, tunante—le comentó Sofía mientras me llevaba a Dante para dentro. Se me ocurría más de una manera de relajarle, aunque entonces igual lo de preparar el equipaje se quedaba para un poco más tarde. Poco problema tendríamos con eso al contar con un jet privado que se pondría en marcha cuando su dueño, o sea él, diese la orden.

Capítulo 33



Llegó la hora de marcharnos y la llamamos por teléfono.

—Maldita sea, lo tiene apagado—me comentó su padre.

—Ay, vaya por Dios. Ya sabes que en algunos puntos de la isla hay mala cobertura. Seguro que es eso, no concibo que lo haya apagado adrede.

—Pues yo sí que lo concibo, mira tú por dónde. Mi hija es muy obstinada y, cuando se trata de salirse con la suya, a veces tiene la cabeza muy dura—me dijo saliendo a la terraza, donde le escuchó su madre.

—Se parece a uno que yo me sé… La niña solo necesita tomar un poco el aire, déjala—le propuso su madre.

—Mamá, por favor te lo pido. No trates de convencerme y habla con los de seguridad, diles que vayan a buscarla, ¿y si le ha sucedido algo?

—Hijo, ¿tú te crees que nos la han secuestrado? Por favor, Dante, no seas paranoico. Estará pelando la pava con su novio donde sea.

—¡Que no tiene novio! ¡O no a partir de ahora! ¡Está castigada!

—Dante, yo pienso igual que tu madre. Enfrentarte así a una adolescente no te conducirá a nada bueno. Es mejor tratar de dialogar con ella, llegar a acuerdos…

—Eso será si aparece, porque me estoy sintiendo fatal, ¡¡que sigue con el teléfono apagado!!

—Ya le saltarán las llamadas perdidas. No insistas más o la asustarás. Vamos a buscarla.

—Diré que la avisen por megafonía, eso haré.

—¿Y por qué no llamas a un helicóptero de rescate y que la saquen de donde esté a la fuerza? —le preguntó su madre.

—No es mala idea. Haré mis averiguaciones, mamá, igual consigo uno.

—Dante, hijo, por favor… Que era una broma.

—Pues para bromas estoy yo—resopló.

—Tú eres mucho más inteligente que esto. Iremos a buscarla todos…

—Mis guardaespaldas están en ello también. No debía dejarla que se moviera sin uno de ellos—se lamentó.

—Va a aparecer, cariño—le tranquilicé.

—¿Me has dicho cariño? —me preguntó y me dio un beso.

o

—Eso creo haberte dicho, sí… Se me ha escapado—le guiñé un ojo.

, —No, por favor, no me digas eso, que ha sonado muy bien.

—Vale, pues no se me ha escapado. Y tu hija, por esa regla de tres, tampoco lo ha hecho. Solo está pasando el último ratito con su novio y sin interrupciones. Le duele pensar que no pueda volver a tener contacto con él porque tú no lo permitas, ¿a ti qué te parecería que alguien nos prohibiera vernos?

—Un imposible, eso es lo que me parecería.

—Pues a ella le sucede igual. Lo ve de la misma manera, ¿te puedes poner ahora en su piel?

—Venga, vamos a buscarla. Seguro que la encontramos—me pidió tomándome de la mano.

—Claro que sí. Vamos—le acompañé.

Cuando comencé a andar, justo recordé que Alessandra, quien hablaba mucho conmigo, me habló de un lugar un tanto apartado en la isla al que le gustaba ir con Harry. Hasta entonces no se me había pasado por la cabeza, pero muy bien al caer en ello.

—Se me está ocurriendo que quizás aparezca antes de lo que esperas—le comenté a su padre.

—Dios te oiga, ¿por qué lo dices?

—Porque tu hija, pese a todo, es muy inocente y lo larga todo. Ya lo verás…

Llegamos al sitio referido y los vimos ya de lejos. No es que hubiese apagado el teléfono adrede, es que allí no tenían cobertura, fijo.

—Por favor, si es que son muy tiernos—le comenté al ver que ella estaba echada sobre él, con las lágrimas fuera, mientras el chico la acariciaba.

—Es verdad que podrían estar haciendo otras cosas y no—claudicó él.

—Para que veas, malpensado, que eres un malpensado. Lo único que necesitan estos chicos es un voto de confianza. Dáselo, por favor.

—Tienes razón—me comentó besándome una mano.

—Pues claro que la tengo, a ver si me haces un poquito más de caso, que como padre eres muy quisquilloso.

—Espero que solo como padre, no quisiera parecerte un plasta.

—Pues entonces no lo seas. Venga, vamos a hablar con ellos.

Cuando Alessandra nos vio dio un respingo y se puso a la defensiva. En cuanto al chico, de inmediato se puso de pie y, en un gesto que le honró, le tendió la mano a Dante a modo de saludo y luego me saludó también a mí.

—Ya voy, ya voy… Supongo que si estuviésemos en una peli del Oeste de esas que le gustan al abuelo Salvatore me habrías enviado al Séptimo de Caballería. Ya me despido, ¿nos puedes dejar unos minutos más? —le pidió en una actitud bastante humilde, todo hay que decirlo.

—Incluso puedo dejaros que lo intentéis si ese es vuestro deseo. Hablad de vuestras cosas y ya me comentarás lo que hayáis pensado. Os esperamos en la villa.

—¿¿Perdona?? Carla, ¿esto es cosa tuya? Porque si es así, te quiero en la vida de mi padre. Te lo digo muy en serio—se alegró mucho ella.

—No tientes a la suerte, jovencita. Y no tardes. El vuelo ha de salir pronto.

—Gracias, papá, muchas gracias—se las dio y le abrazó de un modo muy cómico, como si fuera una monita pequeñita.

De camino a la villa, él me sonrió.

—Me traes suerte, solo te digo eso.

—Ha sonado como una amenaza—reí.

—Tómalo como quieras. Yo solo te digo que mi vida es más bonita desde que tú estás en ella.

—Gracias por el cumplido—le dije dando un saltito e interrumpiendo su marcha.

—No es un cumplido, es una realidad. Y las cosas hay que reconocerlas.

—Vale, vale. Tomo nota.

—Hazlo, por la cuenta que te trae.

—Me vuelve a sonar a amenaza—reí de nuevo.

—Ha sonado como una amenaza—reí.

—Tómalo como quieras. Yo solo te digo que mi vida es más bonita desde que tú estás en ella.

—Gracias por el cumplido—le dije dando un saltito e interrumpiendo su marcha.

—No es un cumplido, es una realidad. Y las cosas hay que reconocerlas.

—Vale, vale. Tomo nota.

—Hazlo, por la cuenta que te trae.

—Me vuelve a sonar a amenaza—reí de nuevo.

Capítulo 34



De vuelta a casa, Alessandra iba grabando todo el tiempo, contándole sus impresiones sobre el amor a sus seguidores.

—Es que he llegado a pensar hasta en abrir un canal del amor o algo, rollo independiente, pero para mis seguidores—le contaba a su abuela.

—Cuando tengas mi edad, sabrás que todo se basa en que los hombres son unos simples, no hay más misterio, nieta. Si asumes eso, habrás dado con la clave para una vida feliz.

—Mamá, por favor, ¿cómo le dices eso a la niña?

—Pues porque es la verdad, hijo. Y las verdades hay que asumirlas. Y si son como puños mucho más. Y es el caso. Mira, yo a tu padre le dejé de una manera y así me lo encontraré cuando vuelva.

—Por cierto, mamá, ¿cuándo regresas a Milán?

—Tendré que hacerlo pronto porque si no, se me pone mustio como una maceta que nadie riega. Ya sabes que no puede vivir sin mí.

—Se dice falsa modestia aparte, ¿no?

—Se dice como a mí me dé la gana y tu padre sin mí está más perdido que un sordo en un tiroteo.

—Mamá, no te puedes meter con los sordos.

—Joder, ni con los hombres y ni siquiera con tu padre, que encima algo sordo sí que está, ¿con quién me puedo meter entonces? Que yo necesito entretenerme.

Sofía contaba con un humor un tanto ácido que a mí me llevaba a troncharme, lo mismo que me sucedía con Elio.

Digamos que la vuelta a casa fue más tranquila que la ida. Todos íbamos muy cansados y nosotros ni decir, puesto

que no habíamos pegado un ojo la noche anterior.

A la llegada, la niña le tenía un regalo a Serena, el cual le entregó al día siguiente. Me conmovían mucho ese tipo de escenas porque me imaginaba que bien podía ser mi hermana la destinataria de ese obsequio de haber seguido en la casa y con ellos. Qué distinto hubiera sido todo.

Por la tarde, Dante me comentó de dar un paseo.

—Será mejor, sí. Y también que hablemos de todo, porque si no el libro va a tardar una eternidad. No he estado más dispersa en mi vida—le comenté.

—¿Y si igual tienes mucho tiempo para escribirlo? ¿Todo el que quieras? —me comentó mientras íbamos dando un agradable paseo por los viñedos, tomados de la mano.

—¿Qué quieres decirme con eso?

—Que no quiero que te vayas, Carla. Sé que igual es demasiado pronto, que tú tienes tu vida, pero lo que he sentido en estos días es demasiado bonito para dejarlo ir.

—Yo… Verás, Dante, no hace más que unos días que estabas con otra en la cama. Yo te olí aquella noche cuando volviste.

—Es cierto. Tenía una cita pendiente de esas que no significaban nada para mí. En ese momento apenas te conocí y, aun así, te confieso que dudé en si acudir o no.

—Pero bien que acudiste. Igual yo no soy más que otro capricho y te das cuenta enseguida. Igual has idealizado lo que ha sucedido en Maldivas. En un sitio así todo se magnifica.

—Pues va a ser que no, porque ya no estamos allí y yo lo sigo viendo igual, Carla. Por favor, quiero que lo intentemos. Tómate todo el tiempo del mundo para preparar ese libro y para conocerme también… Yo no quiero interferir en tu carrera, por supuesto, pero no te precipites, ¿lo harás?

—Lo haré—le comenté con la barbilla temblando porque había cosas de mí que no sabía y eso tendría que arreglarlo.

—No sabes lo contento que eso me pone. No te vas a arrepentir, te lo prometo.

—Eso espero—le confesé soltando lentamente el aire de mis pulmones y esperando no estar metiéndome en un callejón sin salida.

—Claro que no, preciosa. De hecho, tengo que ir en estos días a Turín a un casting de modelos y me encantaría

que me acompañases.

—¿A Turín? Claro, será un gusto…

—¿Sí? Pues prepara las maletas, porque, ¡nos volvemos a ir!

—¿Todos juntos?

—No, en esta ocasión viajaremos solos. Estoy deseando que lo hagamos, ¿te parece bien? Hasta Elio puede quedarse en casa y así te tendría solo para mí.

—Claro que sí, a él le das una App de ligue y lo tienes todo el día empanado. No hay problema por eso. No creas que le interesa mucho más—reí.

—Es un personaje muy divertido. Se nota que sabes rodearte de buena gente. También deberíamos ir a conocer a tus padres. Pisa está aquí al lado, no tiene ningún sentido no hacerlo.

Para él que la vida de mis padres era de lo más apacible y que me esperaban en casa. Nada de lo que me decía carecía de sentido. Lo normal habría sido ir a conocerles… En fin, que todo se andaría, pero yo antes tenía que buscar la forma de contarle una verdad que, cuando menos, le resultaría chocante y que me costaba abordar, pues ni mi verdadera identidad conocía.

aQuizás a mi vuelta de Turín, tras disfrutar por primera vez con él a solas. En ese viaje me terminaría de ganar su confianza y le expondría los motivos por los que no le conté la verdad desde el principio. ¿Con qué cara me hubiese admitido entonces en su casa? No, eso no podía ser.

Seguimos con el paseo y él me hablaba de los muchos planes que tenía para los dos. Era cierto que se le notaba con ganas de abandonar esa soltería de oro y yo debía sentirme orgullosa de ser la persona que escogió para hacerlo.

Me estaba empezando a sentir muy nerviosa porque no quería seguir con la pantomima que traía entre manos, pero tampoco quería soltarla de golpe.

Tampoco quería separarme de él, aunque estaba deseando encontrarme con Elio para que me diera algunas ideas de cómo podía hacerlo, de cómo encarar un futuro que cada vez me parecía más favorable y al lado de un hombre que ya sentía que comenzaba a amar.

La sonrisa se dibujaba en mi cara, si bien la preocupación pervivía en mi mente. La idea de viajar a Turín con él me entusiasmaba y en ella me centré.

Capítulo 35



Llegamos a casa y él se metió en su despacho. Elio me dio el encuentro y por su semblante adiviné que tenía que hablar conmigo y que era importante.

—Nenita, tengo que contarte algo muy importante—me adelantó.

—No me digas que te has quedado pillado de algunos de los chicos con los que te has acostado en Maldivas y lo quieres convertir en mi cuñado, porque sabes que para mí eres como un hermano.

—Y más desde que no te doy picos—me sonrió, pero tampoco tanto, estaba afectado.

—Bueno, ¿vas a soltar qué te pasa?

—Tengo noticias de algo relacionado con Martina—soltó la bomba.

—¿Con mi hermana? No puede ser, no puede ser…

—Sí, verás, tienen que ser de ella. Es que he acompañado a Sofía a la ciudad a comprarse unas telas y, mientras, Alessandra quiso ir a por un helado. Entró en la heladería y yo me quedé fuera porque claro, me he puesto las botas en Maldivas y no quiero engordar. Pero también sabes que soy débil… Pecador y débil.

—Al grano, Elio, o me dará un infarto.

—Es que las chicas que trabajaban allí, muy raritas por cierto, no se dieron cuenta de que yo iba con Martina y entonces comenzaron a hablar de ella cuando salió, porque entré a pecar y me compré uno enorme de dos bolas… Sí, me van las bolas de dos en dos, ya lo sé, no puedo evitarlo.

—Elio, por Dios…

—Vale, voy. Una de ellas le comentó a la otra que esa era la niña de los Rossi, la que tuvo la niñera aquella tan extraña de pequeña y la otra asintió. Debían ser hermanas, porque comenzaron a hablar de su madre, que por lo visto falleció, y de lo que vio en esta casa en su día, en la que debía trabajar también.

—Ay, Dios mío… Que me va a dar un telele…

—Pues todavía no he llegado al final, nenita. La parte que viene ahora es la que menos te va a gustar, me temo.

—No me jodas y suéltala ya, que estoy más tensa que el pellejo de un tambor.

—Ok, ok. Una le decía a la otra que si recordaba cómo su madre contó que Dante apuntó a Martina con una pistola y la que aquí se lio.

—¿Dante apuntó a mi hermana con una pistola? ¿Y eso por qué?

—Chica, de pronto se dieron cuenta de que yo estaba allí y se callaron.

—Pero es imposible. Tienen que estar confundidas, ¡tienen que estarlo! La gente habla mucho.

—Eso también es verdad. En realidad, tenían un poco de pinta de zumbadas, las dos, que son gemelas como dos gotas de agua. Igual a su madre también le faltaba un tornillo y se lo inventó todo. Qué sé yo, porque nadie le contó nada de eso a la Policía, ¿no?

—Ni una palabra, todos dijeron no tener ni idea del motivo de su marcha. A mí se me está saliendo el corazón por la boca, ¿tú crees que puede haber algo de verdad en eso?

—Yo visto ahora y con la vista retrospectiva, una vez hecha la digestión del helado, que se ha llevado toda la sangre para el estómago y no me permite ni pensar, te diría que no. Debe ser una invención.

—Yo tampoco puedo darle crédito a eso. Tú ya estás viendo cómo es Dante.

—Es un cacho de pan. Entre su madre y la niña le ha caído buena. Y por si le faltaba algo, ahora también tú.

—Oye, ¿tú qué estás queriendo decir con eso?

—Pues lo que escuchas, que está apañado el pobre. Como para encima ser el blanco de las invenciones de dos tías que me han dado más miedo que siete viejas, porque ahora que lo pienso, daban mucho miedo las dos.

—Y su madre fallecida, sin poder corroborar nada—suspiré.

—Unas cuentistas totales, fijo. Yo no sé ni para qué te he dicho nada, lo siento mucho, cariño.

—Pues porque tú estás deseando poder tirar de la madeja lo mismo que yo, mi amor, por eso.

—Ya sabes que sí. La gente inventa mucho. Y esas dos seguro que más. Ya te confirmo yo que vida amorosa no tienen mucha porque aparte de sus caras de alpargatas viejas tienen pinta de acojonar al más pintado. No creo que haya quien les meta el diente a ninguna de las dos.

—Bueno es saber que no son confiables. Por cierto, Dante quiere que formalicemos lo nuestro.

—Ay, madre. Hoy vamos de susto en susto, ¿y tú qué le has dicho?

—Ya sabes cómo estoy yo…

—Caliente, ya lo noto. Más que el cenicero de un camionero.

—Quería decir de ilusionada con él, so bruto.

—Ah, claro, de ilusionada con él… Eso también. Sí, sí que lo veo.

—Pues que tengo que sincerarme con él, porque tú no crees en eso que has escuchado, ¿a que no?

—Para nada… Se me han puesto las dos aquí en la cabeza y te digo yo que ya me gustaría que las vieras… Tienen cara de faltarles unos pocos de hervores a cada una. Esas, lo que no viven, lo inventan.

—Vale, cariño, porque yo a Dante lo estoy empezando a querer y sé que lo nuestro todavía tiene arreglo. Le diré que nunca esperé encontrarme a nadie como él.

—Claro que sí, y lo entenderá. Tú no has venido hasta aquí para hacerle la puñeta, solo para saber de tu hermana.

—Eso es. Yo me explicaré y él me entenderá. Estoy a tiempo de todo, ahora que nadie lo sabe. Y por eso él valorará mi sinceridad por encima de todo lo demás. Yo lo haría y Dante es un hombre inteligente. No espero menos de él.

—Ay, nenita, que tú te mereces ser feliz y todo te saldrá genial. Si lo tienes en el bote a él, pero también a la niña y a la madre, ¿qué más quieres?

—Ya sabes que sí. La gente inventa mucho. Y esas dos seguro que más. Ya te confirmo yo que vida amorosa no tienen mucha porque aparte de sus caras de alpargatas viejas tienen pinta de acojonar al más pintado. No creo que haya quien les meta el diente a ninguna de las dos.

—Bueno es saber que no son confiables. Por cierto, Dante quiere que formalicemos lo nuestro.

—Ay, madre. Hoy vamos de susto en susto, ¿y tú qué le has dicho?

—Ya sabes cómo estoy yo…

—Caliente, ya lo noto. Más que el cenicero de un camionero.

—Quería decir de ilusionada con él, so bruto.

—Ah, claro, de ilusionada con él… Eso también. Sí, sí que lo veo.

—Pues que tengo que sincerarme con él, porque tú no crees en eso que has escuchado, ¿a que no?

—Para nada… Se me han puesto las dos aquí en la cabeza y te digo yo que ya me gustaría que las vieras… Tienen cara de faltarles unos pocos de hervores a cada una. Esas, lo que no viven, lo inventan.

—Vale, cariño, porque yo a Dante lo estoy empezando a querer y sé que lo nuestro todavía tiene arreglo. Le diré que nunca esperé encontrarme a nadie como él.

—Claro que sí, y lo entenderá. Tú no has venido hasta aquí para hacerle la puñeta, solo para saber de tu hermana.

—Eso es. Yo me explicaré y él me entenderá. Estoy a tiempo de todo, ahora que nadie lo sabe. Y por eso él valorará mi sinceridad por encima de todo lo demás. Yo lo haría y Dante es un hombre inteligente. No espero menos de él.

—Ay, nenita, que tú te mereces ser feliz y todo te saldrá genial. Si lo tienes en el bote a él, pero también a la niña y a la madre, ¿qué más quieres?

Capítulo 36



Sofía salía de su dormitorio y me alerté al descubrirle un gesto que tampoco le conocía. Hasta me dio la impresión de que pudiera sucederle algo a su marido que la preocupase.

—Sofía, ¿todo bien? —le pregunté.

—Tú me dirás, Carla—me respondió muy seca.

Los pies se me quedaron pegados al suelo como si tuviera pegamento en ellos. No conocía el motivo de su evidente mosqueo, pero que lo estaba era un hecho.

—No sé a qué te refieres, Sofía. Pero me temo que estás molesta conmigo.

—Ven al jardín, por favor—me cogió por el brazo y me impulsó con tal fuerza que incluso llegó a hacerme algo de daño.

—Sofía, por favor, ¿a qué estás jugando?

—¿Y me lo preguntas tú? Sé quién eres, lo acabo de descubrir porque me han confirmado tu primer apellido que no es otro que el de esa otra pobre chica que desapareció de esta casa, ¿a qué has venido hasta aquí? ¿Qué pretendes? No me gusta que jueguen conmigo, pero mucho menos con mi familia.

El alma se me cayó a los pies porque no solo la consideraba mi amiga, sino que era la madre del hombre del que me estaba enamorando, pues eso era lo que estaba pasando.

—Sofía, sé que te debo una disculpa, y de las gordas.

—Te acercaste a mí solo por eso, ¿acaso vas a decir que es mentira?

—Si te soy sincera, nunca hubiera esperado encontrarte de forma fortuita como sucedió, en aquella firma de libros. Luego surgió la oportunidad de escribir tu biografía porque te caí bien.

—Y porque no sabía que eras una farsante. ¿Utilizas pseudónimo desde el principio por eso?

—No, esa fue una decisión mía, pero sí que invertí el orden de mis apellidos para poder entrar en vuestra vida. Llevaba años pretendiéndolo y la oportunidad me cayó del cielo. A partir de ahí…

—A partir de ahí todo ha sido mentira. Incluso esa forma de ganarte a mi hijo…

—No, Sofía. En eso te equivocas, te lo prometo. Lo que yo estoy sintiendo por Dante es sincero.

—¿Sincero y no le cuentas la verdad? ¿Qué es lo que buscas en esta casa?

—Una pista que me lleve a conocer qué fue de mi hermana. Mi familia no ha podido volver a considerarse tal desde entonces. La vida se nos paró a todos cuando Martina desapareció, Sofía. Tú eres madre, ponte en la piel de mis padres.

—Todos sufrimos mucho con aquel suceso, mi hijo el primero, pero te doy mi palabra de honor de que no tuvimo nada que ver en eso. Yo estaba en Milán, pero Dante me lo hubiera contado. No hay secretos entre nosotros.

—Lo sé, Sofía. Yo solo quiero inspeccionar a fondo el dormitorio que un día fue de Martina. Estoy segura de que si puedo hacerlo…

—Yo ya no me puedo fiar de ti, Carla. Te consideraba mi amiga y te tenía señalada como la candidata perfecta para ocupar el corazón de mi hijo, pero porque te suponía una chica sincera, no una vulgar mentirosa.

—No puedes juzgarme tan a la ligera. Tú no has detectado el sufrimiento en los ojos de mis padres día tras día como yo, durante años. Es fácil hablar cuando no se sabe de qué va la cosa. Yo entiendo tu dolor, que te sientas defraudada, pero entiende tú el mío.

—Esa chica era buena, tu hermana. Mi nieta no la olvida y, de hecho, fue un comentario suyo el que anoche me puso la mosca detrás de la oreja.

—¿Qué comentario?

—Pues que Alessandra me dijo que le gustas mucho para su padre, fíjate, pero sobre todo porque tu manera de se le recuerda mucho a la de Martina, que bien podríais ser hermanas…

—¿La niña dijo eso?

—Pues sí. Es muy larga mi nieta. Y entonces yo recordé las facciones de esa chica y pese a vuestras diferencias, que son muchas, adiviné su rostro en el tuyo, en ese fondo de ojos…

—También tú eres muy inteligente, Sofía.

—Nada que ver contigo, querida. Nos has dado coba a todos. Sinceramente, estoy muy dolida. Solo espero que tomes la iniciativa y se lo cuentes todo a mi hijo, porque si no lo haces tú, lo haré yo.

—Sofía, tu hijo se me ha declarado hace un rato. Él quiere estar conmigo y yo… Yo quiero estar con él.

—Pues si es así, no te queda más remedio que soltarle la verdad y pedirle al cielo que se lo tome mejor que yo porque ahora mismo no confío en ti, no me apetece ni tenerte delante.

—Dame unos días, por favor, te lo imploro. Tu hijo me ha pedido también que le acompañe a Turín y yo quiero que vayamos. Sobre todo ahora, porque quizás a su vuelta no me perdone y ese habrá sido nuestro único viaje en solitario.

—Tú habrías corrido ese riesgo. Es tu responsabilidad y no de los demás. Lo siento mucho, pero es que yo no puedo decirte otra cosa. Y ahora, por favor, te pediría que apenas me dirijas la palabra en tanto no hayas hecho lo que debes hacer. Yo trataré de disimular lo que pueda, que para eso soy actriz.

—No, para eso eres la gran Sofía Borromeo.

—No vas a ganarme con ese tipo de argumentos. Yo sé muy bien quién soy, el problema lo tienes tú, que creo que estás muy perdida divagando en tu vida, buceando en un pasado que te amarga el presente y te impide vivir el futuro. Yo no sé si te compensa.

—No me juzgues con tanta dureza, Sofía, te lo suplico.

—Tú no estás en disposición de pedirme nada, niña. Te has cargado mi confianza y eso es algo que me duele más de lo que puedas imaginar, pero como madre que soy, todavía me duele más que estés engañando a mi hijo y, por ende, a mi nieta. ¿Creías que esa farsa podría mantenerse en pie toda la vida?

—No, solo el tiempo necesario para saber algo de mi hermana, Sofía, solo ese tiempo.

—También tú eres muy inteligente, Sofía.

—Nada que ver contigo, querida. Nos has dado coba a todos. Sinceramente, estoy muy dolida. Solo espero que tomes la iniciativa y se lo cuentes todo a mi hijo, porque si no lo haces tú, lo haré yo.

—Sofía, tu hijo se me ha declarado hace un rato. Él quiere estar conmigo y yo… Yo quiero estar con él.

—Pues si es así, no te queda más remedio que soltarle la verdad y pedirle al cielo que se lo tome mejor que yo porque ahora mismo no confío en ti, no me apetece ni tenerte delante.

—Dame unos días, por favor, te lo imploro. Tu hijo me ha pedido también que le acompañe a Turín y yo quiero que vayamos. Sobre todo ahora, porque quizás a su vuelta no me perdone y ese habrá sido nuestro único viaje en solitario.

—Tú habrías corrido ese riesgo. Es tu responsabilidad y no de los demás. Lo siento mucho, pero es que yo no puedo decirte otra cosa. Y ahora, por favor, te pediría que apenas me dirijas la palabra en tanto no hayas hecho lo que debes hacer. Yo trataré de disimular lo que pueda, que para eso soy actriz.

—No, para eso eres la gran Sofía Borromeo.

—No vas a ganarme con ese tipo de argumentos. Yo sé muy bien quién soy, el problema lo tienes tú, que creo que estás muy perdida divagando en tu vida, buceando en un pasado que te amarga el presente y te impide vivir el futuro. Yo no sé si te compensa.

—No me juzgues con tanta dureza, Sofía, te lo suplico.

—Tú no estás en disposición de pedirme nada, niña. Te has cargado mi confianza y eso es algo que me duele más de lo que puedas imaginar, pero como madre que soy, todavía me duele más que estés engañando a mi hijo y, por ende, a mi nieta. ¿Creías que esa farsa podría mantenerse en pie toda la vida?

—No, solo el tiempo necesario para saber algo de mi hermana, Sofía, solo ese tiempo.

Capítulo 37



Me fui a buscar a Elio, a quien me encontré en su dormitorio mirando una de sus Apps de ligue. No era broma qu las utilizase, él conocía gente por todos los medios.

—¿Qué te pasa ahora, cariño? ¿Y esas lágrimas? —me preguntó al verme mientras me las comenzaba a borrar co el dorso de sus manos.

—Son lágrimas por haber defraudado a Sofía. Ella conoce mi verdadera identidad y me lo ha espetado en la cara.

—¿Y eso desde cuándo? Pues sí que es buena actriz la mujer, cualquiera lo niega.

—No, si lo acaba de comprobar. Al parecer, su nieta me comparó con Martina en la forma de ser y a ella, que es muy viva, se le dispararon todas las alarmas.

—Cielo santo. No creímos que te sacaran un parecido físico y mira tú por dónde…

—Sí, al final me han sacado otro parecido… Es que somos hermanas, ¿dónde está ella? ¿Dónde está? —le pregunté con mucho dolor.

—Ojalá pudiera decirte…

—Al menos saber si está viva o si, por el contrario… ¿Qué le pasó, Elio?

—Ojalá pudiera decirte—repitió—. Daría cualquier cosa por hacerlo, cariño.

—Lo sé… Me ha puesto un ultimátum: tengo que contárselo a Dante cuando antes.

—Pues sí. Y fina ha sido: otra habría liado la gran pajarraca y se lo hubiera contado del tirón. Eso puedes darlo por hecho.

—Se lo contaré cuando venga de Turín. Si no ha de perdonarme, al menos haber vivido esos días a solas con él.

—Te estás poniendo en lo peor. Dante es un tío estupendo, empatizará contigo.

—Sofía también es una gran mujer y me dice que no puede ni mirarme a la cara. Si me sucede lo mismo con él, yo… Yo es que no puedo—me eché a llorar de nuevo.

La parte más complicada sería disimular mientras reunía las fuerzas para contárselo. Por suerte, ese día tenía varias reuniones y no le vi hasta la hora de la cena.

—Yo me voy a retirar. Prefiero que me la suban a mi dormitorio—le indicó Sofía cuando todos estuvimos en la mesa.

—¿Te encuentras indispuesta, mamá? —le preguntó él.

—Sí, hijo. No me encuentro muy bien en esta mesa, no.

—¿Y eso?

—Es que siento como el aire viciado, yo me entiendo. Mañana os veo.

—A mí que me suban la cena también a mi dormitorio, papá. Y así hablo mientras con Harry—le comentó la niña a quien todo el tiempo le parecía poco para contactar con su noviete.

—Ese irlandés tendrá que esperar a que cenes o me escuchará el pico.

—¿Cuándo dejarás de llamarle irlandés? Tiene nombre, papá.

—Y otra cosa será que yo me acuerde—la picó él.

Yo les reía las gracias a ambos, aunque en realidad mi mente volaba lejos y estaba en otro lugar… En otro en el que me sentía muy desgraciada porque todo lo que estaba construyendo con ellos se cimentaba en la base de una mentira. Y eso no es algo que guste a nadie.

Tras la cena, él me invitó a una copa en el jardín y acepté porque el alcohol me ayudaría en parte a olvidar la pena que estaba sintiendo. Por esa razón le pedí una segunda y una tercera, desconcertándole y haciendo que parase tras la última.

—Esta noche no me siento muy bien—le comenté antes de meterme en la cama porque me sentía incapaz de tener sexo con él. Eso implicaría mirarle a los ojos de una manera muy directa y no creía poder hacerlo.

—Por supuesto, no me extraña. Has bebido demasiado y muy rápido, ¿te sucede algo?

—No, solo es que quiero dormir. Estoy deseando descansar, no me encuentro nada bien.

—Está bien, claro. Te llevaré a la cama—me comentó mientras, como tantas veces hacía, me tomaba en brazos.

Me fue dando besos en la cara hasta llegar a ella y yo apenas le sonreía con timidez porque no sentía la suficiente confianza como para mirarle a los ojos, como para que los míos le contaran que yo no le había dicho toda la verdad.

Él no era tonto y algo debió sospechar que me sucedía. Me preguntó varias veces antes de dormirme y me hice la sueca por completo, lo que le generó cierta inquietud.

Cuando estamos inquietos, no enganchamos el sueño igual, y Dante esa noche se movía mucho en la cama y comenzó a murmurar entre sueños. Igual murmuró alguna otra noche, pero yo suelo tener un sueño muy profundo que me lleva a no enterarme de nada, así pongan una bomba cerca de mí.

No obstante, aquella noche no podía dormir e, inevitablemente, puse el oído cuando ya llevaba un ratito murmurando. Mis ojos se abrieron mucho, mucho, cuando entre sus murmullos me pareció escuchar el nombre de mi hermana, ¿de qué iba aquello?

Seguí tratando de enterarme hasta que lo logré.

—Martina, si me obligas, tendré que dispararte. Y lo haré sin contemplaciones—le escuché decir y salí corriendo al wáter, donde me desahogué vomitando a todo meter, porque el estómago se me vació por completo.

Lo que escuchó Elio por parte de aquellas dos extrañas chicas parecía tener mucho más fundamento del que ambos le dimos. Dante hablaba de dispararle a mi hermana y ellas mencionaron una pistola.

¿Acabó él con su vida? ¿Creía estar yo al lado del amor de la mía y pudiera ser que se tratase del asesino de Martina? ¿Habría estado ella muerta todo ese tiempo? ¿Cayó en manos de un lobo que se presentaba ante el mundo con piel de cordero?

Dante seguía durmiendo mientras a mí me daba pánico volver a la cama con él. Con todo y con eso, debía hacerlo porque era mi momento: el momento de conocer una verdad que igual nunca me llegaba a ser revelada.

Me metí entre las sábanas con todo mi cuerpo temblando. Él ya se había callado y me abrazó. No parecía querer dejar que me fuese y sentí miedo, ¿quién era Dante realmente?

—No, solo es que quiero dormir. Estoy deseando descansar, no me encuentro nada bien.

—Está bien, claro. Te llevaré a la cama—me comentó mientras, como tantas veces hacía, me tomaba en brazos.

Me fue dando besos en la cara hasta llegar a ella y yo apenas le sonreía con timidez porque no sentía la suficiente confianza como para mirarle a los ojos, como para que los míos le contaran que yo no le había dicho toda la verdad.

Él no era tonto y algo debió sospechar que me sucedía. Me preguntó varias veces antes de dormirme y me hice la sueca por completo, lo que le generó cierta inquietud.

Cuando estamos inquietos, no enganchamos el sueño igual, y Dante esa noche se movía mucho en la cama y comenzó a murmurar entre sueños. Igual murmuró alguna otra noche, pero yo suelo tener un sueño muy profundo que me lleva a no enterarme de nada, así pongan una bomba cerca de mí.

No obstante, aquella noche no podía dormir e, inevitablemente, puse el oído cuando ya llevaba un ratito murmurando. Mis ojos se abrieron mucho, mucho, cuando entre sus murmullos me pareció escuchar el nombre de mi hermana, ¿de qué iba aquello?

Seguí tratando de enterarme hasta que lo logré.

—Martina, si me obligas, tendré que dispararte. Y lo haré sin contemplaciones—le escuché decir y salí corriendo al wáter, donde me desahogué vomitando a todo meter, porque el estómago se me vació por completo.

Lo que escuchó Elio por parte de aquellas dos extrañas chicas parecía tener mucho más fundamento del que ambos le dimos. Dante hablaba de dispararle a mi hermana y ellas mencionaron una pistola.

¿Acabó él con su vida? ¿Creía estar yo al lado del amor de la mía y pudiera ser que se tratase del asesino de Martina? ¿Habría estado ella muerta todo ese tiempo? ¿Cayó en manos de un lobo que se presentaba ante el mundo con piel de cordero?

Dante seguía durmiendo mientras a mí me daba pánico volver a la cama con él. Con todo y con eso, debía hacerlo porque era mi momento: el momento de conocer una verdad que igual nunca me llegaba a ser revelada.

Me metí entre las sábanas con todo mi cuerpo temblando. Él ya se había callado y me abrazó. No parecía querer dejar que me fuese y sentí miedo, ¿quién era Dante realmente?

Capítulo 38



Sentía pánico cuando el día me sorprendió despierta después de que me hubiese resultado completamente imposible descansar.

No hubo manera en toda la noche. Yo sentía que quizás, tras aquella apariencia de que era yo quien le había mentido, en realidad era Dante quien guardaba la más dolorosa de las mentiras en el interior de esa cabeza suya que era la única que podía saber lo que había pasado en aquella casa muchos años atrás.

Si al final descubría que él le hizo daño a Martina, no respondía de mis actos. Apenas podía tener idea de qué le sucedió a mi hermana en su día, si bien llevaba años rogando al universo que nadie le hubiese hecho daño, que si algo le sucedió que se la llevara de este mundo, que hubiese sido casual y fortuito.

—Buenos días, preciosa—me dijo nada más abrir un ojo y yo sentí el temor de no poder disimular.

Quería, necesitaba descubrir la verdad al margen de él y para eso debía representar un papel. Si Dante le hizo algo malo a Martina, algo que por supuesto no le reveló a la Policía, tampoco me lo contaría a mí. Ni que él se caracterizase por ser tonto, de forma que yo debía disimular.

—Buenos días, así que hoy nos vamos a Turín—le comenté.

—¿Ni un beso ni nada? Cualquiera diría que te hace más ilusión el viaje que venir conmigo—se lamentó en tono de broma.

—No, claro que no. Estoy deseando hacer ese viaje contigo—disimulé.

—Eso me gusta más porque no puedes imaginar cuántas ganas tengo de que estemos a solas. Anoche te me escapaste, espero que no vuelva a pasar—me comentó entre bromas.

—Ya ves—le contesté sin darle mayor importancia.

—Ya veo, ya… Veo que eres la mujer más bonita del mundo, eso es lo que veo.

Y yo lo único que podía tratar de ver era esa escena en la que encañonó a mi hermana con una pistola, ¿por qué lo haría? Es que no se me ocurría ni una sola razón por la que actuara de esa forma tan vil.

Salí de la cama y del dormitorio mientras que él se daba una ducha. Y entonces me fui volando hacia el dormitorio de Elio, quien seguía durmiendo a pierna suelta.

—Cariño, tienes que saber algo…

—Mamá, tienes que saberlo tú. Ya te dije que soy gay… No se te ocurra buscarme ni una novia más, hazme el favor.

—Elio, que soy yo, ¿qué dices de novias? Despierta.

—Ay, nenita, ¡¡qué susto!! ¿Qué haces aquí y con la cara del color de un velón de cera? ¿Qué te pasa?

—Que esas dos chicas tan extrañas, las de la heladería, tenían razón.

—¿Y tú cómo lo sabes? ¿Es que han venido a verte en sueños? Ay, nenita, qué miedo, que me estoy acojonando.

—No. Me lo ha confirmado el propio Dante.

—¿Y eso cómo va a ser? Ay, por favor, yo no entiendo nada de nada. A mí me está entrando un miedo…

—Hablaba en sueños. Él encañonó a Martina con una pistola, yo misma se lo escuché decir.

—Ten cuidado que tú eres un poco sonámbula y estarías sugestionada. Yo te conté eso y tú has creído escucharlo entre sueños, pero no ha pasado.

—¡Que sí ha pasado, joder! —exclamé mientras le daba con un cojín en toda la cara.

—Madre mía, anda que eres fina tú… Menudas maneras de despertarme.

—Eso para que no dudes de lo que digo.

—Pero ¿eso cómo va a ser?

—Pues siendo. Lo que contó esa mujer era cierto. Por alguna razón, Dante apuntó a mi hermana con una pistola. Y te prometo que voy a llegar hasta el final, tengo que llegar.

—Cariño, a mí me da mucho yuyu de todo esto, ¿y si nos vamos directos a la Policía?

—No, ellos en su día no lograron ninguna información. Por primera vez estamos sobre una pista y no pienso dejarla en manos de nadie. Es que no me da la real gana…

—Tienes razón. Pero ahora resulta que no sabemos quién es Dante y que a mí me da miedo de que viajes a solas con él. Llévame, yo me sacrifico por ti si es preciso.

—Y yo te lo agradezco cantidad, pero le haríamos pensar que algo no va bien. No podemos despertar sus sospechas. Tengo poco tiempo para descubrirlo. Recuerda que ya Sofía conoce mi identidad y apenas me dará un pequeño margen.

—Eso es verdad. Si él le hizo algo malo a Martina y descubre que eres su hermana, te apartará de su lado. Tienes que darte prisa, pero no sé cómo podrás hacerlo.

—Me vas a tener que ayudar. Yo le mantendré fuera de esta casa, pero necesito que inspecciones a fondo el dormitorio de Serena en cuanto tengas ocasión.

—¿Otra vez? Vas a lograr que me muelan a palos… Creerán que he entrado allí en plan pervertido, a recrearme con el cajón de las bragas de esa pobre chica.

—Es lo que te toca. Procura que nadie te vea y te lo ahorrarás todo.

—Eso es muy fácil de decir, nenita, pero yo no sé qué pasa en esta casa. Parece que hay cámaras de vigilancia en todas partes. Si hasta para hacerme una paja por la noche me lo pienso.

—¿Tenías que soltarme eso? Porque es una burrada.

—Vale, aunque también es una verdad y sí, tenía que soltarla porque uno cuenta con necesidades.

—Madre mía… De verdad que no tienes hartura. Si no has parado de hincar en Maldivas.

—Lo dices como si tú hubieras vuelto soltera y entera. En fin, que haré todo lo posible, pero si me baldan a palos tendrás que volver para hacerme de enfermera. O mejor aún, envíame un enfermero con las características que yo te pida. Te las voy a apuntar todas en un papelito por si se te olvida alguna.

—No, ellos en su día no lograron ninguna información. Por primera vez estamos sobre una pista y no pienso dejarla en manos de nadie. Es que no me da la real gana…

—Tienes razón. Pero ahora resulta que no sabemos quién es Dante y que a mí me da miedo de que viajes a solas con él. Llévame, yo me sacrifico por ti si es preciso.

—Y yo te lo agradezco cantidad, pero le haríamos pensar que algo no va bien. No podemos despertar sus sospechas. Tengo poco tiempo para descubrirlo. Recuerda que ya Sofía conoce mi identidad y apenas me dará un pequeño margen.

—Eso es verdad. Si él le hizo algo malo a Martina y descubre que eres su hermana, te apartará de su lado. Tienes que darte prisa, pero no sé cómo podrás hacerlo.

—Me vas a tener que ayudar. Yo le mantendré fuera de esta casa, pero necesito que inspecciones a fondo el dormitorio de Serena en cuanto tengas ocasión.

—¿Otra vez? Vas a lograr que me muelan a palos… Creerán que he entrado allí en plan pervertido, a recrearme con el cajón de las bragas de esa pobre chica.

—Es lo que te toca. Procura que nadie te vea y te lo ahorrarás todo.

—Eso es muy fácil de decir, nenita, pero yo no sé qué pasa en esta casa. Parece que hay cámaras de vigilancia en todas partes. Si hasta para hacerme una paja por la noche me lo pienso.

—¿Tenías que soltarme eso? Porque es una burrada.

—Vale, aunque también es una verdad y sí, tenía que soltarla porque uno cuenta con necesidades.

—Madre mía… De verdad que no tienes hartura. Si no has parado de hincar en Maldivas.

—Lo dices como si tú hubieras vuelto soltera y entera. En fin, que haré todo lo posible, pero si me baldan a palos tendrás que volver para hacerme de enfermera. O mejor aún, envíame un enfermero con las características que yo te pida. Te las voy a apuntar todas en un papelito por si se te olvida alguna.

Capítulo 39



Unas horas después, ya estábamos subidos en el deportivo de Dante. Las apenas cuatro horas de distancia las cubriríamos así, porque a él le gustaba conducir y hacía en coche los viajes que no eran demasiado largos.

En otras circunstancias, yo me habría mostrado encantada de acompañarle, pero en aquellas no podía evitar mirarle de reojo y tratar de descubrir a cada momento en qué demonios estaría pensando y quién era realmente ese hombre que me había propuesto una relación seria cuando igual fue el verdugo de mi hermana.

Él parecía muy contento con nuestra relación e iba desvelándome sus planes.

—He pensado que, a lo largo del verano, podríamos hacer algún viaje que te ilusione, preciosa, ¿qué te parecería El Caribe?

Lo dijo por decir, está claro, pero dado que allí era donde en realidad se encontraban mis padres, la sola idea me ponía los vellos de punta. Y no porque nos los fuésemos a encontrar, que eso sería como dar con una aguja en un pajar, sino porque la idea me impresionaba. Sentía como si a cada paso que diera, él estuviera más cercano a dar con la verdad de mi identidad, de mis razones para haberme acercado a él, mientras que yo… Yo no sabía nada sobre un hombre que se había convertido en un verdadero misterio para mí y al que creía comenzar a odiar, por si las moscas.

—Bueno, ya veremos—le comenté junto con una tímida sonrisa que apenas me salía del cuerpo.

De sobra sabía yo que muy pronto debía desvelarle quién era, que Sofía me estaba pisando los talones… Tenía que dar con la verdad antes de que eso sucediera y solo me quedaban unos días. No podía más y tenía los pelos como escarpias.

—No lo dices con mucho entusiasmo, ¿te sucede algo?

—No, no, igual es que ando un poco resacosa por haber bebido anoche.

—Sí que bebiste, espero que no fuera para olvidar lo que te pedí, porque no te imaginas la ilusión que a mí hace.

—No, claro que no fue para eso. Descuida. No sé qué me pasó. Bebí demasiado y punto, cosillas que pasan.

—Claro que sí, pero ¿estás contenta? Me encantaría escuchártelo decir. No quiero que haya secretos entre nosotros.

—Sí, muy contenta—le contesté pensando en que no sabía cuál de los dos guardaba más secretos respecto al otro, aunque mucho me temía que la parte más oscura y turbia procediera de él.

El viaje se me hizo largo y tedioso. No podía quitarme de la cabeza las palabras que escuché de madrugada y de su boca. Hasta en algunos momentos me daba por pensar que Elio pudiera tener razón y que no fueran reales, sino el fruto de mi imaginación. Pero luego imperaba la cordura y yo volvía a la realidad: claro que lo escuché y en primera persona. No estaba tarada.

Llegamos a Turín y me impresionó la preciosa mansión que había alquilado para que permaneciéramos allí lo más cómodos posibles. Muy céntrica y con todas las comodidades, era como un palacete.

—En todo el centro para que puedas entrar y salir a tu antojo mientras yo esté a mis cosas—me anunció mientras me tomaba por la cintura y yo debía hacer de tripas corazón para besarle.

Si no quería ponerle en alerta, debía comenzar a darle el mismo sexo de siempre o enseguida le tendría rayado. Y no me imaginaba cómo hacerlo sin que se me notase que ya no podía ni mirarle a la cara.

Nadie decía que aquello fuese fácil, solo que yo debía ganar tiempo. Y como Carla que me llamaba que lo haría. Lo haría en nombre de mi hermana Martina y para dar de una bendita vez con la verdad de lo que le sucedió.

El resto del día lo tenía Dante libre hasta que sus compromisos no le absorbieran al siguiente. Para mí sería un suplicio… el mismo suplicio que debería disimular todo lo posible.

La tarde la dedicamos a hacer compras. No hace falta decir que no me permitió pagar nada y que todo era generosidad por su parte. Una generosidad que yo no sabía cómo interpretar porque a Dante todo se le hacía poco a la hora de regalarme cosas, pero también igual me había quitado lo que más quería años atrás y esa pérdida sería irreparable.

Mis sentimientos eran de lo más encontrados y difíciles de disimular. Mientras, recorríamos la Vía Roma, esa que une la *Piazza Castelo* con la *Piazza San Carlo*, repleta de lujosos escaparates en los que nos mirábamos, doliéndome el reflejo que nos devolvían, y entrando en muchas de esas tiendas, como ya he comentado.

Uno de los miembros de su equipo de seguridad se llevó todas nuestras compras mientras nosotros buscábamos un elegante restaurante en el que cenamos *agnolloti,* una deliciosa pasta de un tamaño más pequeño que los ravioli, aparte de diversos entrantes, así como *baci di dama*, uno de mis postres preferidos, consistente en unas pequeñas galletas de chocolate.

Lo cierto es que tuve que hacer un verdadero esfuerzo porque apetito no tenía y no quería que él me notase tan rara.

Nada más entrar en la inmensa casa en la que nos alojábamos, esa vez sí, no pude evitar ir al baño a vomitar. Y bien que lo sentí porque no quería llamar su atención para nada.

—¿Estás bien, preciosa? —tocó en mi puerta.

—Sí, pero con el estómago un poco revuelto. No es nada, no te preocupes, por favor.

—Claro, pero si me necesitas estoy aquí, al otro lado de la puerta, no me pienso mover.

—Gracias…

En cierto modo me sirvió para volver a librarme del sexo en otra noche en la que no hubiera podido hacerlo. La cabeza me hervía y me costaba mucho pensar en la posibilidad de tener que entregarme al hombre del que tanto desconfiaba.

Cuando por fin salí, él me estuvo hablando hasta el momento en el que me dormí.

—Espero de corazón que tu malestar no obedezca a que yo te haya presionado, ¿me lo dirías si fuera así?

—Claro que te lo diría. No es eso. No soy ninguna cobarde y el amor no me da miedo—le confesé.

—Me haces muy feliz diciéndome eso, porque yo considero que ya empiezo a amarte, Carla—me besó en la frente.

A mí lo que en realidad me daban miedo eran otras cosas que incluían la deslealtad y otro montón de sentimientos que me generaban pánico, como la maldad extrema de un hombre que pudo emplear algún tipo de violencia sobre mi hermana. Y sobre todo una pregunta, ¿por qué?

Lo cierto es que tuve que hacer un verdadero esfuerzo porque apetito no tenía y no quería que él me notase tan rara.

Nada más entrar en la inmensa casa en la que nos alojábamos, esa vez sí, no pude evitar ir al baño a vomitar. Y bien que lo sentí porque no quería llamar su atención para nada.

—¿Estás bien, preciosa? —tocó en mi puerta.

—Sí, pero con el estómago un poco revuelto. No es nada, no te preocupes, por favor.

—Claro, pero si me necesitas estoy aquí, al otro lado de la puerta, no me pienso mover.

—Gracias…

En cierto modo me sirvió para volver a librarme del sexo en otra noche en la que no hubiera podido hacerlo. La cabeza me hervía y me costaba mucho pensar en la posibilidad de tener que entregarme al hombre del que tanto desconfiaba.

Cuando por fin salí, él me estuvo hablando hasta el momento en el que me dormí.

—Espero de corazón que tu malestar no obedezca a que yo te haya presionado, ¿me lo dirías si fuera así?

—Claro que te lo diría. No es eso. No soy ninguna cobarde y el amor no me da miedo—le confesé.

—Me haces muy feliz diciéndome eso, porque yo considero que ya empiezo a amarte, Carla—me besó en la frente.

A mí lo que en realidad me daban miedo eran otras cosas que incluían la deslealtad y otro montón de sentimientos que me generaban pánico, como la maldad extrema de un hombre que pudo emplear algún tipo de violencia sobre mi hermana. Y sobre todo una pregunta, ¿por qué?

Capítulo 40



—Buenos días, preciosa, ¿te despertaste hoy mejor? —me preguntó.

—Sí, mucho mejor… No te preocupes, que esta mañana tienes mucho trabajo y yo no quiero retrasarte.

—Tú nunca me retrasas, no sufras por eso. Desde que estás a mi lado me sirves de inspiración, Carla. Hacía tiempo que no tenía tantos proyectos en mente como los que ahora quiero poner en marcha.

—Me alegro, me alegro mucho. Pues nada, ponte manos a la obra que tantos proyectos requerirán mucho movimiento, seguro que no se hacen solos—le comenté.

—No, seguro que no. Oye, estoy muy contento de que estés aquí conmigo, te lo digo muy en serio. Y quiero que te pongas buena enseguida.

—Si yo buena estoy, ¿no se nota? —bromeé.

—Sí que se nota, sí. Eres un verdadero bombón, Carla. Un bombón que ha llegado a mi vida para endulzármela.

Yo pensé que se marcharía de inmediato, pero esa no era su idea. Me lo demostró enseguida, cuando se metió entre las sábanas y me encontró totalmente desnuda, como era mi costumbre a la hora de dormir con él, algo que quise hacer también la noche anterior para no alertarle.

—No te preocupes, tú no tendrás que hacer ningún esfuerzo—me comentó mientras introducía su lengua entre mi labios vaginales… Se había despertado con ganas de darme placer.

Lancé un hondo gemido pues lamió mi clítoris y me produjo un profundo escalofrío. En mi interior se mezclaban los más contradictorios de los pensamientos, pero aquello solo era placer… Un placer que estaba dispuesto a darme en grandes dosis. Mientras sus dedos mantenían separados mis labios, él recorría mi clítoris de arriba abajo y luego de manera circular con su lengua, haciendo que aumentase de tamaño y que sobresaliese más a la par que un calor infinito me recorría todo el cuerpo.

Dante sabía hacer maravillas con su lengua y aquella mañana se despertó con ganas de demostrármelo. Entre las

sábanas, yo intuía todo su cuerpo y la fuerte erección que un calentamiento matutino de esas características le estaba provocando.

Me iba perlando de una capa de sudor mientras mi garganta comenzaba a emitir unos sonidos que le indicaban qu iba por el mejor de los caminos. El cuerpo me ardía y mi entrepierna pedía guerra, pese a todos los pesares, porque la química seguía estando ahí y yo, mientras me aferraba con mis dedos a las sábanas, procuraba olvidarme de mis tensiones y de esos temores que me afligían.

Su lengua penetró también en mi cavidad vaginal mientras que sus dedos se iban entonces a ese clítoris mío que ya estaba más que inflamado, que ya me hacía sentir que levitaba de una cama en la que él era fuego y yo me sentía estopa, al borde del estallido final que me llevase a arder.

Tuve que dejar la mente en blanco, olvidarme de quién era y de qué podía haber hecho si no quería despertar más sospechas, entregándome a ese disfrute que me estaba provocando.

Por unos instantes, mi mente voló hacia el Dante de los primeros días. Ese que no me causaba recelo, sino solo un morbo que me resultaba desconocido, un morbo que me llevaba al abismo de la locura de una manera irrefrenable

Chillé ese primer orgasmo y pensé que entonces me penetraría. Me equivoqué, no era ese su objetivo en un despertar en el que parecía pensar únicamente en mi disfrute y no en el suyo.

Mientras me escuchaba correrme, él no se detenía en unas caricias que entonces alcanzaban mi cuerpo al completo, como si me adorase, ¿podía ser verdad? ¿Podía quererme sin reservas? Y yo, ¿podría quererle a él? Solo de pensar en que le hubiera hecho daño a mi hermana sentía náuseas, por eso debía apartar tales pensamientos de mi mente.

La dejé de nuevo en blanco cuando él volvió a la carga. Mi clítoris parecía llamarle a gritos y él acudía a esa llameante llamada mientras lo lamía de nuevo una y otra vez. Mi sensación era de sentir electricidad en él, unas pequeñas descargas eléctricas que me llevaron a arañar su piel en un gesto que no controlé y que no pareció importarle en lo más mínimo.

Dante estaba tan entregado que ni siquiera reaccionó. Lo único que pretendía era hacerme correr una vez más. Y stras esto, otra… Con él entre mis piernas, me sentía arder, como ardía su lengua… Una lengua que me volvía loca una lengua que me llevaba a experimentar mundos de deseos que no cabían en este…

Delirando, no tardé demasiado en chillar ese segundo orgasmo que no sería el último. Sus ganas de hacerme disfrutar no tenían límite y cuando se ponía a ello el reloj no le suponía el más mínimo impedimento.

Llegó un momento en el que el roce de su lengua me hacía convulsionar. Y entonces traté de apartarme, pero él pretendía seguir dándome placer a tutiplén, razón por la que me agarró de ambas muñecas y la más sexy de las sonrisas salió de su boca.

Dante tenía mucho recorrido en la cama y sabía cómo volverme loca. El problema era que me estaba volviendo igual fuera de ella y que yo necesitaba tantas respuestas que también ardía en fiebre solo de pensar en ellas.

e

Dante tenía mucho recorrido en la cama y sabía cómo volverme loca. El problema era que me estaba volviendo igual fuera de ella y que yo necesitaba tantas respuestas que también ardía en fiebre solo de pensar en ellas.

Capítulo 41



En cuanto me quedé sola llamé a Elio por teléfono. Quedamos en que estaríamos en continuo contacto y no dudó en descolgar.

—Necesito que entres en la habitación de Serena hoy mismo, amor. Lo necesito… Además, que he soñado con que allí daríamos con una pista.

—Pero era un sueño, cariño. Estás tan involucrada en todo esto que ya no distingues los sueños de la realidad. Yo estoy empezando a preocuparme por ti. Igual lo que creíste oír…

—Por ahí no vayas. Sé muy bien lo que dijo Dante. No estoy loca.

—Nenita, si yo no te quiero arrastrar conmigo al psiquiatra, no pienses eso. Pero tienes que entrar en razón, mi vida. Igual todo esto se nos está yendo de las manos. Igual estabas muy sugestionada por lo que yo te conté.

—No, de veras que sé lo que escuché y fue real, ojalá no lo fuese. ¿Harás todo lo posible?

—¿Y tú lo dudas? Lo que pasa es que me ha salido una fan.

—¿Una fan? No te entiendo…

—Es por decirlo de alguna forma cachonda, porque Sofía me va a volver loco. Ya tampoco confía en mí. Me mira con cara de perra rabiosa todo el tiempo y no me pierde la pista. La veo detrás de mí 24/7. Si hasta creo que en cualquier momento va a empezar a grabarme los pasos mientras me sigue, igual que su nieta. Qué cruz, a mí me tendrán que cambiar la medicación, porque este es un estrés muy grande.

—Yo presiento que ya estamos muy cerca del fin, cariño.

—Y yo también. Y lo malo es que no tengo seguro de esos de cuando la palmas. Si me voy para el otro barrio, te va a tocar apoquinar a ti. Ten conciencia y no me tires a un caño.

—Mira que serás exagerado. Hablamos en unas horas, ¿vale?

—Si sigo vivo, que igual me da un patatús en cualquier momento. O lo mismo es Sofía quien acaba conmigo, que esa mujer tiene mucho carácter y no hace falta que te recuerde que en esta casa ya pasaron cosas muy raras en su día. Yo les estoy empezando a coger un poco de miedo a todos.

—¿Quién está ahora sugestionado? Sofía es una bellísima persona…

—Y que lo digas. Más guapa no la hay, excepto tú, pero…

—No hablo del físico, que eso salta a la vista. Ella siempre nos trató fenomenal. Ahora es que está enfadada porque se siente utilizada.

—Pues como yo, que se ponga a la cola, que también me siento utilizado y presionado. Y cagado de miedo, ya de paso. Si no vuelvo a comunicarme contigo, dile a mi madre que la adoro y que siento haberle dando tantos disgustos de gay loco, que si pudiera volver a empezar… Qué demonios, entonces sería igual o peor. Dile que la quiero y punto.

—Venga, menos dramas, que te encantan.

—No me encantan, no te llames a engaño. Solo siento que mi vida ahora mismo es uno porque estamos metidos en un lío muy gordo y cada día más. Gay lo soy, pero siento que tú eres la mujer de mi vida cuando hago todos estos sacrificios por ti.

—Se acabó, que me terminarás haciendo llorar. No te olvides de cuál es tu cometido.

—No. Y tú no te olvides, si la palmo, de que morí cumpliendo con él, con mucho honor, como el soldado que me hubiera gustado ser.

—¿A ti te hubiera gustado ser soldado? Si nunca has hablado de eso.

—Vale, me lo acabo de inventar. Pero que sepas que un uniforme me gusta a rabiar, ¿qué pasa?

—Nada, cariño, nada, ¿qué va a pasar? —le pregunté comenzando a reír porque ya podíamos estar en la situación más dramática del mundo, que daba igual. Él siempre me arrancaba las risas.

—Bueno, pues hablamos en unas horas, o no. Ya se verá qué suerte corro. Nenita, que sepas que te quiero, pase lo que pase.

—Y yo a ti, mi amor. Te adoro muchísimo.

—¿Y si nos olvidamos de todo y nos marchamos juntos a vivir la vida? Tú terminarías olvidándote de Dante y yo

encontraría a alguien, o a varios “alguienes” que me hicieran la vida más dulce.

—No puedo y lo sabes. Aunque tú sí que puedes olvidarte del tema si quieres.

—¿Y dejarte sola? Yo no sentaré la cabeza con ningún ligue, vale. Y cuando tengo un rollete siempre le termino poniendo los cuernos, pero a ti no te sería desleal ni majara, antes muerto.

Colgué el teléfono y pensé en la suerte que tenía con Elio y en que, pasara lo que pasara, él siempre seguiría a mi lado. Sentía vértigo y en las horas de ausencia de Dante me dediqué a inspeccionar todas sus cosas, todo lo que llevaba en el equipaje. Hasta traté de abrir sin éxito su ordenador personal, metiendo distintas contraseñas que pensaba que pudieran cuadrarle y no lográndolo.

Unas horas más tarde, llamé a Elio y estaba poco menos que hiperventilando.

—Cada vez que trato de entrar en la habitación de esa chica, tengo a Sofía detrás como si fuera su madre y yo pretendiese desvirgarla, fíjate qué cosa. Si hasta me imagino que me vuelvo y me asesta un palo que me jode vivo qué mal lo estoy pasando. No hay manera.

—Vale, cariño. No sé cómo vamos a dar con la verdad, pero lo haremos. Yo no voy a descansar en paz hasta que lo consiga.

—¿Y si lo que descubres te hace todavía más desgraciada? Aún estamos a tiempo de abandonarlo todo, nenita— volvió a su argumento.

—No puedo, cariño, no puedo…

encontraría a alguien, o a varios “alguienes” que me hicieran la vida más dulce.

—No puedo y lo sabes. Aunque tú sí que puedes olvidarte del tema si quieres.

—¿Y dejarte sola? Yo no sentaré la cabeza con ningún ligue, vale. Y cuando tengo un rollete siempre le termino poniendo los cuernos, pero a ti no te sería desleal ni majara, antes muerto.

Colgué el teléfono y pensé en la suerte que tenía con Elio y en que, pasara lo que pasara, él siempre seguiría a mi lado. Sentía vértigo y en las horas de ausencia de Dante me dediqué a inspeccionar todas sus cosas, todo lo que llevaba en el equipaje. Hasta traté de abrir sin éxito su ordenador personal, metiendo distintas contraseñas que pensaba que pudieran cuadrarle y no lográndolo.

Unas horas más tarde, llamé a Elio y estaba poco menos que hiperventilando.

—Cada vez que trato de entrar en la habitación de esa chica, tengo a Sofía detrás como si fuera su madre y yo pretendiese desvirgarla, fíjate qué cosa. Si hasta me imagino que me vuelvo y me asesta un palo que me jode vivo, qué mal lo estoy pasando. No hay manera.

—Vale, cariño. No sé cómo vamos a dar con la verdad, pero lo haremos. Yo no voy a descansar en paz hasta que lo consiga.

—¿Y si lo que descubres te hace todavía más desgraciada? Aún estamos a tiempo de abandonarlo todo, nenita— volvió a su argumento.

—No puedo, cariño, no puedo…

Capítulo 42



Al mediodía, Dante volvió y entró en el baño, en el que me encontraba.

—Por fin te tengo aquí, te he echado de menos—me comentó mientras me abrazaba.

—¿Cómo te ha ido la reunión? —le pregunté.

—¿Tú no me has echado de menos? —me respondió entendiendo que solo le preguntaba por trabajo.

—Claro que sí, ya lo sabes…

—Así me gusta—me comentó mientras me besaba—. ¿No has salido en toda la mañana? Vístete, que ahora mismo nos vamos a la calle. Ah, y por cierto, déjame tu documentación. Te tengo una sorpresa, pero necesito que nos identifiquemos para que nos den paso. Será esta noche, lo vas a flipar… Es una experiencia única—me explicó.

—¿Mi documentación? —le pregunté sintiendo que comenzaba a sudar a chorros. En ella vería el verdadero orden de mis apellidos, descubriendo el otro, y podría atar cabos.

—Sí, claro. Te garantizo que vas a alucinar. No quiero contarte de qué se trata porque te fastidiaría la sorpresa, pero no tengo dudas de que te va a gustar. Date prisa que gestionaré las entradas mientras te vistes.

Me quedé a cuadros. Hasta entonces lo había evitado y no esperaba aquello. No se trataba de que yo introdujese mis datos en ningún lugar, sino de darle directamente mi documento de identificación, de ponérselo en sus manos

Era como una broma macabra del destino. Yo solo necesitaba un poco más de tiempo para que todo se desenlazase y, de pronto, el tiempo apremiaba.

—Lo siento, pero no va a poder ser. Resulta que no te lo he contado, pero perdí mi cartera ayer. No sé cómo pudo pasar, me he dado cuenta esta mañana.

—¿Que perdiste tu cartera? No, no puede ser—me respondió.

—Sí, claro que puede ser… Y no es la primera vez que me pasa. Es que tú no te haces una idea de lo despistada que soy.

—Sí, sí que me la voy haciendo, porque tienes el bolso abierto ahí, encima de esa mesa, y la cartera asoma por él —me comentó y me sentí morir.

—Anda, ¡¡si es así!! —exclamé al ver que me había pillado… Qué mal, no ver mi bolso antes.

—No pasa nada. A todos nos ocurre a veces, ¿lo puedo ir tramitando ya?

—Claro, claro… Haz lo que quieras—le comenté súper nerviosa.

—Pues necesito tu documento, por favor.

Por un momento llegué a sospechar que Sofía le hubiese contado algo, aunque enseguida entendía por su actitud que no, que simplemente quería darme una sorpresa y que lo necesitaba.

—Lo siento, no va a poder ser…

Quería que mi mente de escritora inventara una excusa de la que poder echar mano y no ocurrió así. Por desgracia me quedé sin una sola excusa, y él me lo leyó en la cara.

—Carla, ¿qué es lo que está pasando aquí? —me invitó a sentarme al comprobar que las piernas me temblaban.

Decidí en unos segundos quitarme la careta. Mi mentira no se sostenía más y era hora de apechugar. Ahora bien, no le comentaría nada de mis sospechas sobre él, ese as me lo guardaría en la manga.

—Lo siento, Dante, no soy quien tú piensas que soy—le comenté entonces cabizbaja, tratando de echarme toda la culpa de todo por si aquello tenía alguna solución posible, por si encontrase su perdón y así pudiese seguir cerca de él, investigando sobre su persona.

—No entiendo nada, Carla. Y si no eres esa persona, ¿se puede saber quién eres?

—Soy la hermana de Martina, la chica que desapareció hace años en tu casa, Dante—le confesé con voz firme.

—¿La hermana de Martina? ¿Y por eso te acercaste a mi madre y luego a mí?

—En principio, sí, no te lo puedo negar. Lo que pasara luego, ya me cogió todo de sorpresa. Yo no esperaba sentir nada por ti.

—Carla, maldita sea, ¿me has estado engañando desde el principio? —me preguntó tan enfadado como acongojado.

—No era mi intención hacerte daño, Dante. Los acontecimientos se precipitaron, todo se me fue de las manos.

—Pues tú me dirás, ¿por qué no me lo contaste? ¿Qué esperabas encontrar cerca de nosotros?

—Alguna pista fiable sobre mi hermana. Quiero que sepas que a la vuelta de Turín te lo iba a contar, te lo prometo.

—¿Y yo cómo puedo confiar en eso?

—Mi respuesta no te va a gustar: yo ya barajaba contártelo, palabra de honor, pero Sofía me descubrió y me puso en la punta de la picota: o lo hacía yo o lo haría ella.

—¿Mi madre lo sabe y no me lo ha dicho?

—Ella me dio un ultimátum, ya lo acabo de soltar. Lo supo porque tu hija me ve parecido con mi hermana y lo expresó de la manera más inocente. Tu madre supo interpretarlo y me investigó.

—Joder… De manera que el único que estaba en la inopia soy yo. No sé qué decir. Tendrías que haber confiado en mí, yo te lo habría contado todo.

—Supongo que sí—agaché la cabeza dudándolo mucho, pues él sabía demasiado… él encañonó a mi hermana co una pistola, por mucho que no se lo pudiera espetar en toda la cara. Prefería quedar como la mala de la película antes de que saltara la liebre.

—Siento que todo contigo se me escapa entre los dedos… Lo siento así porque ni siquiera sabía quién eras cuand me estaba enamorando de ti.

—Lo lamento mucho, Dante, lo lamento mucho…

—Más lo lamento yo. Siento que necesito pensar y he de hacerlo solo.

—¿Quieres que me marche de esta casa? —le pregunté apesadumbrada.

—No, quédate. Seré yo quien me marche.

—Pero, ¿cuándo volverás?

—No lo sé. Por favor, todo lo que está sucediendo me afecta demasiado, espero que lo entiendas.

—Claro, lo lamento de corazón.

Giró sobre sus talones y se marchó. Nada más podía preguntarle. Igual era su manera de decirme adiós para siempre, pidiéndome en otro momento que recogiera mis cosas y me marchara.

Una vez que lo hizo, vi sobre la cama un folleto sobre aquella actividad que pretendió que hiciésemos por la noche. Se trataba de una visita muy curiosa a una especie de mansión encantada, algo distinto y excitante, que ya no viviríamos juntos. Mis sentimientos se enfrentaban los unos con los otros. Ya tampoco confiaba en él y, pese a ello, me sentí muy sola cuando se marchó.

n

ɔ

—Claro, lo lamento de corazón.

Giró sobre sus talones y se marchó. Nada más podía preguntarle. Igual era su manera de decirme adiós para siempre, pidiéndome en otro momento que recogiera mis cosas y me marchara.

Una vez que lo hizo, vi sobre la cama un folleto sobre aquella actividad que pretendió que hiciésemos por la noche. Se trataba de una visita muy curiosa a una especie de mansión encantada, algo distinto y excitante, que ya no viviríamos juntos. Mis sentimientos se enfrentaban los unos con los otros. Ya tampoco confiaba en él y, pese a ello, me sentí muy sola cuando se marchó.

Capítulo 43



Me pasé toda la tarde sola, dando vueltas por Turín. En cada una de las esquinas que doblaba me asaltaban recuerdos de los días pasados con un hombre que no conocía, con un hombre que tenía un pasado vinculado al de mi hermana Martina que yo ignoraba.

No probé bocado en todo el día y, cuando volví para dormir, me llevé un susto tremendo porque alguien había entrado en la casa. Petrificada, escuché sus pasos cuando dirigí los míos hacia la puerta, deseando que no me escuchara y pudiera huir. Ya alcanzaba el pomo de la puerta cuando sentí que me seguían.

—Espera, Carla. Tengo que hablar contigo.

Me volví y era Dante. Suspiré tranquila, aunque su rostro lo encontré muy demacrado.

—Me había asustado mucho—le comenté.

—No era mi intención. Se ve que no estamos demasiado finos ninguno de los dos.

—Eso parece, sí.

—¿Has cenado? —me preguntó.

—No, no he podido comer nada en todo el día. No me siento bien.

—Ahora entiendo muchas cosas. Llevas días rara.
Y otras muchas que no podía entender, pero que yo no podía revelarle.

—Pues sí. Supongo que quieres que recoja mis cosas y salga de tu vida. Lo entiendo, no tienes que explicarme nada. Le diré a Elio que recoja también y…

—No quiero que te vayas de mi vida, Carla—me confesó en ese momento en el que los ojos se me abrieron mucho.

—¿No? ¿Y entonces?

—Entonces lo que deseo es que nos podamos sincerar el uno con el otro. Eso es lo que deseo.

Percibí sus palabras con mucho cinismo, ya que él también tenía mucho por lo que callar y seguro que de eso no decía ni pío.

—Poco más puedo decirte, aparte de que mis padres no residen en Pisa actualmente. Tras la desaparición de Martina, se quedaron tan tocados que tuvieron que tomar la decisión de marcharse al Caribe a vivir allí en un velero, como siempre fue el sueño de su vida. Yo les empujé al mismo tiempo que me quedaba con la carga de tratar de seguir buscando a mi hermana.

—Yo te contaré todo lo que sepa del caso—me soltó y tuve que hacer un gran esfuerzo para no llamarle mentiroso.

—Está bien. Supongo que quieres refrendar todo lo que le dijiste a la Policía en su momento, ¿no es así?

—Sí, más otras cosas que no declaré oficialmente—me espetó y eso sí que me cogió de sorpresa.

—No entiendo. Tú declaraste no saber nada de dónde fue Martina ni de por qué salió de la casa.

—Y así es, aunque tu hermana nos había dado problemas días antes… Problemas que llegaron muy lejos.

—No entiendo, no entiendo nada de lo que dices. ¿Problemas? Martina era una chica aplicada y alegre. Ella no pudo daros problemas.

—Comprendo que lo pienses así, pero creo de todo corazón que no conociste lo que le sucedió a ella en nuestra casa, por qué se revolvió contra nosotros como lo hizo.

—¿Revolverse contra vosotros? No podemos estar hablando de mi hermana, nada de esto tiene sentido. Martina era una chica maravillosa…

—Lo era. Una chica maravillosa que se enamoró de mi exmujer, de Giorgia.

El mundo se abrió ante mí en ese instante. Y no porque tuviera problema con que esa fuera la opción sexual escogida por mi hermana, sino porque no tenía ni idea de ello.

—¿Enamorada de tu exmujer? ¿Mi hermana?

—Sí, verás… Entiendo que te choque, pero si vamos a seguir juntos, y ese es mi deseo, tienes que conocer toda la verdad de lo que sucedió.

—Me estoy sintiendo mal, no sé si quiero que sigas.

—No te perdonarías que me callase, estoy seguro. Te duele mucho lo que he de decirte, pero llevas años esperando una verdad que solo yo puedo revelarte. Y lo haré…

—Dime, pues.

—Cuando decidimos buscar una *nannie* para nuestra hija fue porque nuestro matrimonio ya hacía aguas e intentamos reflotarlo. Pensamos que, si contábamos con más tiempo para nosotros, igual lo lográbamos.

—Ya…

—Martina llegó a la casa y era muy parlanchina. Enseguida hizo amistad con Giorgia y ella se fue sincerando, considerándola su amiga. Mi ex no se dio cuenta de que, al contarle que estábamos al borde de la separación, tu hermana se entusiasmó.

—¿De verdad se había enamorado de ella? Nunca lo habría sospechado, te lo prometo.

—De verdad—asintió junto con un suspiro—. Después surgió alguien en la vida de Giorgia. Un buen día se cruzó con un hombre del que se enamoró y con el que se terminó yendo, pero tu hermana lo tergiversó todo.

—Se me escapa lo que me quieres decir…

—Giorgia le confesó a Martina que finalmente nos separaríamos porque ella contaba con una nueva ilusión, sin darle más datos…

—¿Y mi hermana pensó que se trataba de ella?

—Así es. Tu hermana no lo estaba pasando bien al lado de Giorgia, por la que comenzó a sentir devoción. Por eso su carácter cambió. Pero ese día se entusiasmó tanto que por unas horas dio botes de alegría. Mi ex me esperó para hablar conmigo esa noche con las maletas ya preparadas y, cuando estaba contándome, Martina irrumpió en nuestro dormitorio.

—No me lo puedo creer…

—Sí, yo le había levantado la voz, ofuscado. Verás, no sabía que ella estuviera ya con nadie y me dolió. Por eso Martina, al escuchar cómo le chillaba, entró con un cuchillo en la mano.

—¿Mi hermana empuñó un cuchillo? No puede ser—le respondí con lágrimas en los ojos.

—Lo siento mucho. Parece que la estoy viendo, con los ojos llenos de ira… Ella se abalanzó hacia mí y a gritos me exigió que me callase, que Giorgia me abandonaría para irse juntas. Y entonces mi ex se quedó loca, imagínate.

—¿Y la sacó de su error?

—Así fue. Le explicó que no sentía nada por ella, que lamentaba mucho si en algún momento le dio pie a creer algo así. Y entonces Martina levantó el cuchillo y se fue hacia ella, colocándose tras su cuello y amenazando con quitarle la vida si no cambiaba de opinión.

—Qué horror, esto es imposible. No pudo pasar…

—Hay testigos en la casa que lo vieron, como Lucrezia, ella lo puede atestiguar. Hazlo si quieres, pregunta, estás en todo tu derecho.

—Sé que más personas lo vieron. Me sonaron campanas…

—¿Sabías algo de esto?

—Desde hace muy poco. Elio escuchó algo en la ciudad y no lo creímos. Pero luego te oí mencionar a mi herman entre sueños, reproducías esto que me estás contando y llegué a pensar que le hubieras hecho algo malo—le confesé comenzando a llorar a mares.

—Nunca hubiera tocado a Martina, a la que apreciaba mucho por su manera de ser con Alessandra. Lo que sí hice fue coger un arma que tenía en el dormitorio y apuntarla a ella. No podía permitir que le quitara la vida a la madre de mi hija, entiéndelo.

—Claro que lo entiendo, ¿qué pasó entonces?

—Pues que ella bajó el cuchillo y se puso a llorar desquiciada, pidiéndonos perdón a ambos. Se le había ido la pinza por unos minutos, fue un episodio tan peligroso como lamentable. Luego nos rogó que no diéramos parte a la Policía. Giorgia se marchó esa misma noche y yo le dije a Martina que debía abandonar la casa.

—Eso puedo entenderlo.

—Pactamos que lo haría unos días más tarde, pero no dio tiempo porque una noche salió y ya no volvió, dejándolo todo allí. Ocurrió como dos días después de aquello.

—De que saliera su peor versión.

—Así es. Yo le había prometido no arremeter contra ella y un policía muy amigo mío, Enzo, me dijo que él la

buscaría con ahínco y que podía ahorrarme declarar aquello. A Martina no le haría ningún bien y a mí tampoco, porque al haberla apuntado con un arma podrían considerarme sospechoso de su desaparición. Y decidí dejar las cosas como estaban y contar la verdad, que desconocía su paradero, que nunca supe a dónde se marchó. Siento si no os hice llegar toda la verdad a su familia, lo siento de corazón.

—Tampoco lo que hubieses contado habría dejado más tranquilos a mis padres. Visto ahora desde mi perspectiva, casi que mejor que ignorasen que su hija hubiese pasado por todo aquello.

—No me siento orgulloso, pero te doy mi palabra de honor de que eso fue lo que ocurrió. No solo hice personalmente todo lo que pude por encontrarla, dando batidas por todos los alrededores con los de mi equipo de seguridad, sino que contraté gente extra que pudiera complementar la búsqueda de la Policía. Nunca dimos con ella, ojalá pudiera contarte lo contrario. De todo lo que te he dicho tengo pruebas. No podría soportar que siguieras sospechando de mí.

—Y tú no sabes lo que supone para mí lo que me has contado. Desde que te oí hablar de ello en sueños llegué a pensar que fueras un monstruo y solo quería dar con la verdad. Y hacértela pagar si le hubieses hecho daño.

—No tengo hermanas, pero sí una hija a la que amo con locura. Si pensara que alguien le pudo hacer daño, es que no respondo. Siento que hayas pasado por este vía crucis que yo desconocía. Si quieres, podemos poner en marcha otro dispositivo de búsqueda de Martina.

—Si no la encontraste entonces, difícilmente lo harías ahora—suspiré.

—Eso es cierto, aunque quiero demostrarte que me dejaré la piel en su búsqueda con tal de que puedas quedarte más tranquila.

—Yo lo que quiero es que me permitas hacer algo.

—Lo que tú me digas y ojalá te sirva de ayuda.

—Permite que inspeccione su antigua habitación a fondo, la que hoy es de Serena.

—Eso no tienes ni que pedírmelo, ¿por eso entraste en ella con Elio?

—¿Tú qué crees? Pues sí…

—Y yo pensando que tenías algo con él. Sentí un potente ataque de celos ese día porque ya comenzaba a notar cosas aquí dentro—señaló a su pecho.

—Pues el pobre lo único que hizo fue ayudarme. Imagínate que ahora se ha quedado en tu casa con el mismo encargo y Sofía lo tiene a raya. Me ha comentado que no lo pierde de vista.

—Es que mi madre desconoce toda la verdad de lo que sucedió con Martina. Ni Giorgia ni yo le contamos jamás nada. Todo fue demasiado doloroso y rocambolesco. Solo queríamos olvidarlo.

—Pues ya es hora de que también conozca la verdad. Siento mucha pena por haber perdido la confianza de Sofía, , a la que quiero mucho.

—Mi madre tiene mucho carácter, pero más corazón. Cuando se lo expliquemos todo a fondo, te prometo que lo va a comprender y vuestra trifulca quedará en una anécdota.

—No hubo tal trifulca. Solo pude agachar la cabeza. Ella me había pillado como también me terminaste pillando tú. Lamento haberte fastidiado la sorpresa.

—¿Me lo dices en serio? Se me ocurren otras muchas formas mejores de pasar esta noche—me dijo en tono morboso.

—Oye, esa cabecita tuya es un prodigio.

a—¿Cuál de ellas? —me preguntó en broma.

—Me refería a la de arriba, aunque si te soy sincera la de abajo también te funciona de fábula.

—Me gustas mucho, Carla. Ahora estoy seguro de que vas a convertirte en la mujer de mi vida, si es que todavía quieres que yo sea el hombre de la tuya.

—Pues si te digo la verdad, tengo mis dudas—murmuré haciéndole rabiar.

—En ese caso, vente a la cama conmigo, que seguro que te las disipo.

—¡Suéltame! —le pateé nerviosa cuando me agarró por las muñecas.

—Nunca, no te pienso soltar nunca, mi amor.

—¿Me has llamado “mi amor”? ¿Tú estás seguro de eso?

—Muy seguro, mi amor—repitió—. Y ahora te lo voy a demostrar…

—Es que mi madre desconoce toda la verdad de lo que sucedió con Martina. Ni Giorgia ni yo le contamos jamás nada. Todo fue demasiado doloroso y rocambolesco. Solo queríamos olvidarlo.

—Pues ya es hora de que también conozca la verdad. Siento mucha pena por haber perdido la confianza de Sofía, a la que quiero mucho.

—Mi madre tiene mucho carácter, pero más corazón. Cuando se lo expliquemos todo a fondo, te prometo que lo va a comprender y vuestra trifulca quedará en una anécdota.

—No hubo tal trifulca. Solo pude agachar la cabeza. Ella me había pillado como también me terminaste pillando tú. Lamento haberte fastidiado la sorpresa.

—¿Me lo dices en serio? Se me ocurren otras muchas formas mejores de pasar esta noche—me dijo en tono morboso.

—Oye, esa cabecita tuya es un prodigio.

—¿Cuál de ellas? —me preguntó en broma.

—Me refería a la de arriba, aunque si te soy sincera la de abajo también te funciona de fábula.

—Me gustas mucho, Carla. Ahora estoy seguro de que vas a convertirte en la mujer de mi vida, si es que todavía quieres que yo sea el hombre de la tuya.

—Pues si te digo la verdad, tengo mis dudas—murmuré haciéndole rabiar.

—En ese caso, vente a la cama conmigo, que seguro que te las disipo.

—¡Suéltame! —le pateé nerviosa cuando me agarró por las muñecas.

—Nunca, no te pienso soltar nunca, mi amor.

—¿Me has llamado “mi amor”? ¿Tú estás seguro de eso?

—Muy seguro, mi amor—repitió—. Y ahora te lo voy a demostrar…

Capítulo 44



Un par de días después volvimos a Florencia.

Sofía me miró con desconfianza al entrar en la casa y no digamos ya a Elio, a quien no le dejaba pasarse ni un pelo.

—Mamá, tenemos que hablar contigo—le comentó Dante.

—¿Tenéis vosotros que hablar conmigo? Espero que antes cierta señorita se haya sincerado contigo—me echó un mirada reprobatoria.

—Sí, mamá. Sé quién es Carla y el motivo que la trajo a esta casa. Lo creas o no, tenía también suficientes motivos para desconfiar de mí. Motivos que te voy a contar ahora.

—Vamos, hijo, no me digas tonterías. Tú eres un hombre de bien, nunca pudiste estar involucrado en la marcha d esa chica.

—Y no lo estuve, pero sí en cierto episodio de lo más turbio que se vivió en esta casa.

—Sofía, escúchale. Tu hijo tiene razón—le pidió Elio.

—Ay, Dios mío, ¿por qué pienso que me voy a sentir muy mal cuando me lo cuentes, hijo?

—No tienes que sentirte mal, Sofía, o al menos no peor que cualquiera de nosotros—le dije dándole un beso que ella aceptó.

—Mamá, tienes que ponerte en la piel de Carla…

—Si ya lo hago, hijo, ya lo hago.

Cuando Dante terminó de hablar, Sofía tenía los ojos inundados en lágrimas.

—Qué fuerte todo, de verdad, hijo.

—Sofía, yo necesito dar con el paradero de mi hermana. Saber lo que le pasó. Y si es lo peor, lo que más temo, poder llorarla de una vez—le comenté.

—Nos tienes a tu disposición para todo lo que necesites, Carla.

—Yo siempre he intuido, y muchas veces he soñado, que en su dormitorio de esta casa encontraré alguna clave de su desaparición.

—Ya, por eso el pillastre de tu amigo se ha querido colar mil veces en ella en estos días. Y hasta puse en guardia a la pobre Serena, diciéndole que dudaba yo mucho de su homosexualidad.

—¿Has dudado de que yo sea gay? Sofía, ahora sí que me has hecho daño—le comentó muy cómico mi querido Elio.

—Sí, y la verdad es que no sé cómo lo he podido dudar, ahora que me fijo bien. Es que ya no confiaba nada en vosotros, en ninguno de los dos.

—Pues debes hacerlo, palabra de gay—le dio él un beso que también recibió del mejor talante.

Hablamos con Serena y se lo explicamos todo. Ella se sobrecogió al pensar que en su dormitorio se encontrase la llave que nos condujese a esa pista que ya todos estábamos deseando encontrar.

Ella, junto con Elio, estuvo vaciando cajón por cajón, todo… Hasta buscamos dobles fondos en ellos. También revisamos detrás de los cuadros y en todos los lugares en los que se nos ocurrió.

Dante se ofreció a ayudar también, aunque decliné su ofrecimiento porque habrían sido demasiadas manos.

Conforme comprobé que nada encontraría allí, me fui desinflando porque tenía la absoluta seguridad de que daría con una pista que se me escapaba, como cuando tratas de sostener agua con tus manos entrelazadas y termina por irse entre tus dedos. Igual…

Finalmente, y tras poner todo el dormitorio patas arriba, concluí que me había equivocado y que nada encontraría allí que me llevara hasta mi hermana, ya estuviese viva o no, que era lo más probable.

La esperanza es lo último que se pierde, sí. Y pese a ello, la mía estaba ya en las últimas.

Esa noche, cenando, le contamos a Alessandra quién era yo realmente y cuál era mi relación con Martina. Al tratarse de una adolescente, no entramos en más detalles ni le hablamos de nuestra infructuosa búsqueda, pero a ella se le abrieron los ojos como platos.

—Me quedo loca. Yo dije que te parecías a ella, lo dije, hasta que podías ser su hermana… Pero nunca pensé que lo fueras de verdad.

—Eres muy lista tú, cariño. A Martina y a mí nos criaron las mismas personas y en los mismos valores. Es normal ese parecido.

—Es que eres igual de buena que ella, igual—me besó—. Quédate con nosotros, Carla. Yo me sentí muy triste cuando Martina se marchó y ahora siento como, si en parte, la hubiera recuperado.

—Y yo te lo agradezco, cariño. No sabes lo que mi hermana supone para mí.

—Me lo figuro, sí. A mí me habría encantado tener una hermana y que fuera influencer como yo.

—Yo tengo muchas anécdotas de las dos para contarte. Te vas a partir de la risa. Muchas hace años que no las saco fuera porque en los últimos tiempos me han dolido, pero ahora quiero soltarlas y que todos nos podamos reír Martina y yo crecimos entre risas, siento que ese es el mejor tributo que puedo hacerle—les comenté.

—Y yo siento que os dejo en la mejor compañía. He de volver a Milán o Salvatore me estará esperando con los papeles del divorcio cuando llegue—nos comentó Sofía.

—Papá nunca haría eso, mamá. Ya sabes que no puede vivir sin ti. Yo hasta ahora no conocía esa sensación, pensé que no era demasiado sentimental, pero igual al final me lo ha dejado de herencia, porque siento que tampoco quiero vivir ya sin cierta personita—me besó.

—Papá, pues a mí no me dejes herencias de esas. Yo prefiero la pasta.

—Hija, qué frío ha sonado, cuando en realidad tú eres de lo más romántica, por mucho que me pese.

—Si lo dices por lo de Harry, hemos roto—suspiró.

—¿Has roto con él, cariño? ¿Y eso por qué?

—Porque lo de las relaciones en la distancia es un rollo y porque, papá, tú no lo sabes—le picó un poco—, pero yo soy muy joven todavía para tener novio. Eso sí, ahora lo sé porque lo he vivido. Si no me hubieses dejado, lo mismo hasta me caso con él dentro de unos añitos.

—Cariño mío, voy a sacar una botella para brindar porque al final no fuera así.

—¿Y puedo brindar yo también?

—¡¡Nada de eso!!

—Hijo, no seas sieso. Que se moje los labios y ya—le comentó su madre mientras los demás nos echábamos a reír.

l

.

—¡¡Nada de eso!!

—Hijo, no seas sieso. Que se moje los labios y ya—le comentó su madre mientras los demás nos echábamos a reír.

Capítulo 45



Al día siguiente despedimos a Sofía. La echaríamos de menos, aunque ella siempre estaría yendo y viniendo a Milán, lo mismo que nosotros.

—Y ahora, mi abuela se acerca a darle un beso y un abrazo a la novia de mi padre, de quien descubrió su identidad gracias a mí y…

—Hija, sobre eso no puedes grabar—le pidió su padre con paciencia, pues estaba pendiente de desarrollarla con ella.

—Hoy deberíamos hacer algo divertido, papá, ¿y si nos vamos a un parque acuático? Es que me da pena que se marche la abuela. ¿No deberíamos hacer algo especial? Mira, tengo aquí una lagrimita—le dijo forzando a que le saliera.

—Hija, haces bien muchas cosas, pero para actriz no sirves—le comentó Sofía—. Te demostraré cómo se hace…

Se concentró y en un momento sus ojos estaban llenos de lágrimas, tras las cuales soltó una risotada y se marchó.

—Yo no veo tan mala idea lo del parque acuático. Hace mucho calor y seguro que nos lo pasamos de miedo—le comenté.

—Es que nunca he ido a uno de esos—negó Dante.

—Espero que estés de broma…

—No lo está. Cuando yo era muy pequeña me pusieron uno aquí, en miniatura, para disfrutarlo con mis amiguitos pero ya. Y yo quiero ir—insistió Alessandra.

—Y yo también. Si estos aburridos no quieren, te llevo yo—le comentó Elio, quien era como un niño más.

—No, no, que yo también quiero. Además, que así nos quitaremos cosas de la cabeza—le comenté porque no dar con ninguna pista de Martina me había dejado un poco triste.

—Está bien, está bien, ¡¡todos al parque acuático!!

—Sí, papá. Pero que no hace falta que lo cierres para nosotros solos, que te conozco.

—Claro que no, nos lo pasaremos bomba igualmente—le anuncié.

Había uno a no demasiada distancia de su casa. A Dante se le notaba que no estaba acostumbrado a eso de hacer filas y demás, entre la gente. Luego entendí que no resulta tan sencillo, porque algunas personas le reconocieron, aunque salió lo mejor posible del atolladero.

—Tú le haces mucho bien a mi padre, él no habría venido antes ni en broma a un sitio así—me contaba Alessandra mientras accedíamos al recinto en el que nos pusieron unos de esos coloridos collares hawaianos para hacernos la típica foto de bienvenida.

Elio y Alessandra posaron de lo más cómicos, poniendo caritas, mientras Dante me abrazaba súper cariñoso. Una bonita estampa familiar porque eso éramos, incluido mi querido amigo que siempre vino y seguiría viniendo en el pack.

En cuanto entramos, Alessandra se puso de los nervios y Elio con ella. Rompimos el hielo en una entretenida piscina con olas en la que nos sumergimos.

—Aquí no se te puede ir la mano—le comentaba a Dante, quien ya la llevaba hacia mi trasero.

—Un poquito sí, por favor, que ya que me habéis traído a la fuerza…

—A la fuerza le metería yo mano al socorrista aquel—señaló Elio a uno que estaba macizo y que era muy de su estilo. Mi amigo tenía un imán para los ligues, fuera donde fuese terminaba llevándose alguno puesto.

De la piscina de olas nos fuimos hacia las pistas blandas y allí nos desternillamos, porque resultó que a Elio le gustó otro de los socorristas, que él tenía "mucho amor por repartir" según solía decir. Y mirando al muchacho se despistó al encarar la pista y comenzó a dar tantas vueltas que terminó por saltar a la de al lado, que era en la que se deslizaba Alessandra, arrollándola.

Para escucharla grabando el altercado cuando llegaron abajo, diciendo que Elio había atentado contra su vida y que blablablá.

Después le llegó el turno a los toboganes. Nos tiramos por todos ellos y chillamos lo más grande en esos altísimos y empinados. Sobre todo, Elio, haciendo que más de un socorrista acudiese una vez llegaba abajo, momento que é aprovechaba para soltarle al que fuese que lo que necesitaba era que le hiciera el boca a boca.

Más o menos eso fue lo que me hizo Dante a mí en esa otra variante de toboganes que había, en los oscuros que nos daban intimidad y durante cuyo trayecto no dudaba en poner sus manos en cada rincón de mi cuerpo, calentándome tanto que yo terminaba por elevar la temperatura del agua una vez sumergida.

Se trató de un día distinto: colorido y refrescante. Un día en el que nos reventamos físicamente montándonos en todo lo habido y por haber, y en el que Alessandra también encontró hueco para, como siempre, hacer partícipes a sus seguidores.

Dante, que no estaba acostumbrado a jornadas así, me lo terminó agradeciendo mucho ya por la tarde, de camino a casa, mientras Elio le pedía a Alessandra su opinión para ver en qué orden llamaba a los varios socorristas a los que les sacó el teléfono.

Ella no dudó en contar esa anécdota para sus muchos seguidores, que crecían día a día.

—Papá, yo también llevo el teléfono de un chico. Es que ya he comprobado que las relaciones a distancia no me funcionan, pero tengo que probar ahora con las locales.

—Hija, ¿tú no vas a dejar títere con cabeza? Decías haberte dado cuenta de que eres muy joven para tener novio.

—Ya, pero cada día lo seré un poco menos, ¿o crees que *descumpliré* años en lugar de cumplirlos?

—Le gusta buscarme. Digas tú lo que digas, le gusta—me advertía Dante y razón no le faltaba. Alessandra tenía su guasa, imprescindible en una adolescente tan viva como ella, que se hacía adorar.

Comenzaba un verano muy distinto y salpicado de planes en el que el amor lo inundaría todo. Un verano que me entusiasmaba hasta más no poder y que viviría al lado de Dante y en la casa donde un día comenzaron todos mis problemas y de pronto era feliz.

Más o menos eso fue lo que me hizo Dante a mí en esa otra variante de toboganes que había, en los oscuros que nos daban intimidad y durante cuyo trayecto no dudaba en poner sus manos en cada rincón de mi cuerpo, calentándome tanto que yo terminaba por elevar la temperatura del agua una vez sumergida.

Se trató de un día distinto: colorido y refrescante. Un día en el que nos reventamos físicamente montándonos en todo lo habido y por haber, y en el que Alessandra también encontró hueco para, como siempre, hacer partícipes a sus seguidores.

Dante, que no estaba acostumbrado a jornadas así, me lo terminó agradeciendo mucho ya por la tarde, de camino a casa, mientras Elio le pedía a Alessandra su opinión para ver en qué orden llamaba a los varios socorristas a los que les sacó el teléfono.

Ella no dudó en contar esa anécdota para sus muchos seguidores, que crecían día a día.

—Papá, yo también llevo el teléfono de un chico. Es que ya he comprobado que las relaciones a distancia no me funcionan, pero tengo que probar ahora con las locales.

—Hija, ¿tú no vas a dejar títere con cabeza? Decías haberte dado cuenta de que eres muy joven para tener novio.

—Ya, pero cada día lo seré un poco menos, ¿o crees que *descumpliré* años en lugar de cumplirlos?

—Le gusta buscarme. Digas tú lo que digas, le gusta—me advertía Dante y razón no le faltaba. Alessandra tenía su guasa, imprescindible en una adolescente tan viva como ella, que se hacía adorar.

Comenzaba un verano muy distinto y salpicado de planes en el que el amor lo inundaría todo. Un verano que me entusiasmaba hasta más no poder y que viviría al lado de Dante y en la casa donde un día comenzaron todos mis problemas y de pronto era feliz.

Capítulo 46



Esa noche, cuando salí de la ducha, me di cuenta de que los rayos solares hicieron de las suyas y que me quedaron algunas marcas del bikini, por lo que me quejé.

—Parezco un puzle, no me gusta—le comenté.

—No puedo creer que me lo estés diciendo en serio—me respondió él.

—Pues claro que te lo digo muy en serio. No me molan estas dichosas marquitas.

—Pues a mí me parecen las más sensuales del mundo.

—Déjate de bromas, que no…

—¿A ti te parece que hablo en broma, preciosa?

—No puedo creerlo. Suelta esa cámara—me eché a reír mientras salía corriendo y él venía detrás.

—Me quedarán geniales. Son para mi colección personal—me decía.

—¿Tienes fotos de más chicas? Oye, ¡que yo no soy una más!

—Claro que no tengo fotos de otras, eso sería de muy mal gusto. Y perdona, pero yo el gusto es una de las mejores cosas que tengo.

—Junto con tu culo—añadí yo.

—Mira quién fue a hablar de culo. La dueña del trasero más potente y con más marquitas. Mira, ha quedado sensacional.

No era broma. No paraba de hacerme fotos y yo que eché a correr de nuevo. Me encantaba que me persiguiera con la cámara en la mano, aunque no pensaba reconocerlo ni hecha pedazos.

A él le gustaba contar con fotos mías ligera de ropa o sin ninguna, directamente, las cuales guardaba en una carpeta privada.

A mí me ponía mucho que las coleccionase. Las marquitas que me habían quedado ese día, bien vistas, resultaban de lo más sexy y él así lo veía.

—Posa para mí, preciosa—me pidió cuando ya nos hartamos de correr.

—¿Y qué me darás a cambio?

—Lo que tú me pidas.

—Sexo del bueno con masaje incluido—le pedí.

—¿Masaje en las nalgas?

—Ya sé al que te refieres, al que me la pone al rojo vivo, ¿por qué tienes esa fijación con mis nalgas?

—Por cómo son…

—No, si ahora resultará que la culpa es mía.

—¿Y tú lo dudas? Como comprenderás, mía no es. Yo no tengo la culpa de que vayas por la vida con esas nalgas.

—Yo las llevo guardadas. Cualquiera que te escuche pensaría que van al aire.

—Tú eres una provocadora, mi pequeña provocadora.

—Y tú no sabes lo que dices. Va a resultar que estás muy loco.

—Muy loco por ti, de lo que tampoco tengo ninguna culpa—me aclaró.

—Claro que no. Si tú eres una criatura inocente…

—Por supuesto que lo era hasta que tú llegaste a pervertirme.

—¿Pervertirte yo a ti? ¿Al soltero de oro italiano? ¿Quién crees que se lo va a creer?

—Posa para mí, preciosa. No te lo pienses más—me rogó y lo hice.

Comencé a adoptar poses de lo más seductoras. Las primeras más en plan lolita, para luego ir subiendo el nivel.

Me fascinaba ver las caras que ponía, tan seductoras, mientras me tomaba esas fotografías que, poco a poco, sabían a un sexo más maduro, a un sexo de alto nivel y temperatura extrema.

Rompedora, iba posando para Dante mientras mi imaginación volaba. No me costaba meterme en el papel. No co él, quien ya me estaba acostumbrando a ese tipo de poses. Le podía eso de verme así de sugerente a través del objetivo.

—Y ahora, tócate para mí, por favor—me pidió.

La primera vez que me lo pidió casi entro en combustión, no lo niego. Pero ya en esa noche estaba acostumbrada hacerlo.

Picante, me llevé una de mis manos hasta mi vulva mientras con la otra comenzaba a acariciar mis senos al mismo tiempo que dejaba salir de mi boca varios sonidos tan seductores que él se mordió la lengua para no abalanzarse sobre mí, echando el freno.

Quería grabarme y yo le proporcioné una serie de escenas de lo más eróticas, con mis manos recorriéndome y haciendo especial énfasis en esa vulva que se convirtió en una máquina de dar placer.

Una vez me hube recreado en esa parte de mi cuerpo, mojando tanto mis dedos que llegaron a arrugarse, le invité a entrar en escena, algo que ya estaba deseando.

A Dante se le daba muy bien grabarme, lo pasaba genial, si bien finalmente también le ponía mucho entrar en acción, para lo que tomó, sin dudarlo, un vibrador anal de esos que garantizan una amplificación del placer.

Mientras él comenzó a estimular mi clítoris, dejó que el vibrador anal, pequeño y potente, hiciera su trabajo, gracias a sus profundas vibraciones que me pusieron en órbita.

Mis gemidos comenzaron a subir de nivel conforme el juguetito que Dante utilizó hacía de las suyas, momento que en el comencé a gritar mirando a la cámara con pose tan suplicante como libidinosa.

Sabía lo que venía después y mi piel se erizaba con solo pensarlo. La mirada de Dante era tan intensa, tan desafiante que me relamía de gusto con solo notarla en la mía.

Aprovechó que me corrí para darle más caña a ese juguete que prometía dar mucho juego. Y lo daba porque mi ano dilataba conforme él cumplía con su papel.

Yo sentía una fuerte excitación y él comenzó por dejar ahí el vibrador mientras subía mis piernas para penetrarme

vaginalmente. Mi humedad era evidente tras una corrida bestial y Dante entró en mí de una sola estocada que me atravesó por completo. Sentirle así, tan dentro y con tanta potencia, me excitó hasta el punto de que no tardé en correrme nuevamente y para él.

De paso, cuidaba mis posturas porque la cámara nos seguía grabando. Yo eso no lo había experimentado antes y reconozco que con él me ponía muchísimo ser la protagonista de esas grabaciones que formaban parte de sus colecciones particulares y que, en ocasiones, veíamos a posteriori, cómodamente instalados en la cama, juntos y excitados.

Conforme me iba penetrando más y más, subía también la potencia del vibrador. Esa noche él también se colaría por esa compuerta morbosa que estaba preparando al efecto.

Penetrada de manera doble por él y por el juguete, me corrí una vez más y ya comenzaba a perder la cuenta. El sexo con él era un no parar de hacerlo y a menudo terminaba con el clítoris tan hinchado que tardaba horas en volver a su estado natural.

Cuando le pareció que era el momento, Dante me dio la vuelta, encarándome hacia uno de esos impresionantes espejos que me devolvió la imagen más libidinosa de mí.

Entonces fue sacando con lentitud el vibrador de mi ano y, utilizando una crema dilatadora por si aún no estaba a punto de caramelo del todo, se colocó en la parte baja de mi espalda mientras me tomaba por mi estrecha cintura.

Solo verle reflejado así en el espejo, con esas ganas de mí y sintiéndome de un modo tan estrecho, me ponía una barbaridad. Me relajé y me fui dejando llevar mientras que él se abría paso a través de ese oscuro canal.

No lo hizo de un modo abrupto ni mucho menos, sino dándome tiempo en todo momento a que me fuese adaptando mientras me tomaba esas paradas que requería para respirar, para ir asimilando que ya le tenía en mi interior, que ya había traspasado todas las barreras que le separaban de ese prohibido agujero que le llevó a lo más interno de mí, a esa parte desconocida e inexplorada con la que enseguida se familiarizó.

Una vez me tuvo así, embistiéndome a cuatro patas por esa delicada zona, salió de mí y me colocó encima de él, para entrar por el mismo conducto anal, pero mirándome a la cara al mismo tiempo.

De todas las poses que hubiera podido adoptar en aquel momento, aquella fue la más insinuante de todas. Aparte, mi clítoris quedaba al aire para que él me lo estimulara mientras, logrando una colosal corrida, lograba, de un pequeño salto que di en ese instante, colarse tan dentro que fui la primera sorprendida.

A partir de ese instante, todo fue como la seda y practicamos varias posturas sin renunciar en ninguna de ellas a ese sexo anal que ya se coló desde entonces en nuestro repertorio de cama, para lo que no dudó en introducir otros elementos como a modo de juego de esos que ayudan buscando una dilatación que lo facilita todo.

La cámara fue testigo de cómo se fue haciendo conmigo y por ese fascinante lugar que, desde entonces, habría de recorrer conmigo infinidad de veces. Con Dante me estaba abriendo a muchas posibilidades sexuales y todas ellas me resultaban increíblemente excitantes, tanto que mis gritos de placer sirvieron de banda sonora a unas grabaciones que fueron a más con el paso del tiempo.

Con él todas las variantes sexuales me resultaban fascinantes. Disfrutaba muchísimo con un hombre que convertía el sexo en arte y que sabía llevar mi cuerpo al límite como ningún otro.

Una vez me hice a la nueva situación, a esa penetración que tan novedosa me resultó, echó mano de las esposas una vez más, con la intención de reducirme y dejarme a su entera voluntad, sabiendo que con ello mi placer no haría sino aumentar.

Tenerle delante de mí sin poner hacer nada para evitar ese sometimiento, me hacía correr tan solo al notar cómo el bombeo de mi corazón iba a más. Palmeando mis nalgas, me hacía sentir tan viva, tan excitada, tan motivada… Mis orgasmos se convirtieron en múltiples y mis gritos se encadenaban unos con otros.

Cuando has probado un sexo así, ya no puedes renunciar a él. Dante tenía el poder de llevarme a los confines del placer con solo planteárselo. Su cuerpo se fundía con el mío y su voluntad se convertía en la mía, de modo que yo terminaba gritando de gusto cuanto él pretendía.

En esos momentos yo ya era consciente de que mi vida sexual había cambiado, de que se había convertido en una aventura en la que todo cobraba sentido cuando me miraba con ese intenso deseo que me indicaba que todo era posible cuando sus ojos se posaban en los míos, cuando me decían que estaba preparada para nuevas y variadas sorpresas sexuales de esas que no me faltarían con Dante al lado.

Mi mundo sexual había cambiado igual que el afectivo. Las novedades eran una constante en nuestra cama o, mejor dicho, en nuestro sexo, pues la cama era uno solo de los lugares donde se desarrollaba un sexo que también practicábamos en cualquier otro rincón, en cualquier otro lugar de la casa o fuera de ella que su imaginación idease.

Tener al lado a un compañero con una imaginación tan desbordante en el sexo me hizo abrir también la mente. Yo misma buscaba ya lugares nuevos en los que provocarle a sabiendas de que era muy fácil de provocar, que con un solo aleteo de pestañas le tenía dentro de mí.

En ese nuevo universo sexual todo valía y yo ya me las iba ideando para no quedarme atrás, aunque Dante siempre se las ingeniaba para llevarme la delantera. No obstante, cada uno de mis pasos adelante le excitaba y nuestras sesiones de sexo cada vez se alargaban más.

Aquel día le dimos el pistoletazo de salida al sexo anal, el cual no sería el último que exploraríamos juntos. Nuestros cuerpos echaban chispas cuando se unían el uno al otro y yo sentía que con él mi interior vibraba como nunca lo había hecho, viviendo en un perpetuo estado de calentamiento que solo Dante podía sofocar.

Capítulo 47



Alessandra se iba a un campamento de verano unos días después. En cuanto a Elio, quien de momento seguía instalado con nosotros, estaba disfrutando de un rollete con el que tenía pensado hacer una escapada.

Dante me propuso que pensara en algo para hacer unos días, en algo fuera de lo normal que me ilusionara y no tuve duda.

—¿Ir al Caribe a visitar a tus padres? ¡¡Me parece la mejor idea del mundo!!

Era una de las cosas buenas, de las muchas cosas buenas que tenía. Todo lo que fuese improvisar y hacer cosas juntos hacía que se lo pasara genial y mis propuestas siempre eran bienvenidas por su parte.

Lo hablé con mis padres, quienes en principio se sintieron muy confundidos por mi relación con él. No en vano, Martina desapareció un día tras salir de su casa y, pese a que él no tuviera nada que ver (tampoco les contamos el episodio que vivió con su mujer en el que alguien pudo salir malparado), en principio les chocó y no poco. Pese a ello, enseguida me comentaron que yo ya había hecho todo lo posible por dar con ella y que era hora de que viviera mi propia vida.

Tenían razón en que buscando a Martina me estaba perdiendo buena parte de la mía y en que era hora de que me dedicase a mí misma y a todo lo que me hacía ilusión.

Dante y yo decidimos que retomaríamos su libro después de un verano en el que nos dedicaríamos a conocernos, a viajar y a disfrutar de la vida en general.

Mientras maduramos la idea, aquel fin de semana nos trasladamos con Alessandra a ver a Sofía y a Salvatore a Milán.

Ella había vuelto a recuperar la sintonía conmigo, por completo, y eso era algo que me tenía de lo más feliz. También Salvatore, que era un hombre más reservado, pura distinción, me hizo un hueco en su corazón y yo percibía que no solo estaba encajando con una pareja, sino en una familia, algo que echaba mucho de menos tras la marcha de mis padres.

—Así que al Caribe, qué bueno—nos decía—. Ya hace una temporadita que no cruzo el charco y no tardaré demasiado. Además que allí me cargo las pilas como en pocos lugares—entrecerró los ojos Sofía.

—Abuela, ¿tú has rodado películas allí?

—Yo he rodado películas en todos los lados del mundo, cariño, pero el Caribe es un sitio fascinante. En él se da una fusión de clima, gente, baile, playas y alegría que no es fácil de encontrar. Algunas veces he pensado en quedarme a vivir en alguno de sus paradisíacos rincones, pero Italia me tira también mucho—nos explicaba en su piscina, con una de sus pamelas gigantes puestas.

—¿Y el que yo esté aquí no? —le preguntó Salvatore.

—Claro que sí, maridito. Eso también, pero menos—le contestó risueña mientras le quemaba un poco la sangre y nos guiñaba el ojo.

Formaban una gran pareja porque Salvatore siempre tuvo la inteligencia de comprender y aceptar sus extravagancias de diva, como ella misma reconocía. En su casa, en Milán, se respiraba un ambiente formidable y por eso me gustaba aprender de ellos, quienes se respetaban muchísimo a pesar de pertenecer a mundos muy distintos.

Dante y yo también pertenecíamos a mundos muy distintos, pero estábamos muy bien. Nos diferenciábamos de ellos en que todo el tiempo se nos hacía poco para estar juntos, y por eso disfrutamos tanto de aquel verano tan especial.

Con Sofía y con Alessandra salí de compras varios días por Milán. Pocos sitios mejores para hacerlo y con esa cría tan divertida que todo lo iba grabando. Entre las cosas que grababa ella y las que grababa su padre, como para mantener un secreto. Suerte que ya esos no existían entre nosotros.

Esa noche le hice un pase privado a Dante con toda la ropa de baño que me había comprado para lucir en el Caribe.

—Pero me tienes que prometer que no atacarás hasta que me la haya probado toda—le decía yo.

—¿Atacar? ¿Me estás llamando fiera?

—Eres una fiera en la cama y lo sabes.

—Y tú otra, mi pequeña fiera, y tú otra.

—De eso tienes la culpa tú, que me has convertido.

—Yo solo he sacado de ti lo que llevabas dentro, no te quites nada de mérito.

Me lo pasaba genial cuando me decía esas cosas, cuando me daba a entender que yo le volvía tan loco en la cama como a mí me sucedía con él.

Una a una, me fui probando las prendas, que estaban elegidas a propósito para hacerle la boca agua. Me entusiasmaba provocarle y por supuesto que esa noche lo logré, como ya se estaba convirtiendo en una costumbre

Tras hacerlo, el suelo se convirtió en un reguero de prendas que formaban el camino que nos llevó hasta la cama. De nuevo estábamos enredados y de nuevo viviríamos una intensa noche de esas que se alargaban hasta casi el amanecer.

Menos mal que estábamos de vacaciones porque dormir, lo que se dice dormir, no es durmiésemos mucho.

El resto de los días que permanecimos allí estuvimos haciendo planes sobre nuestra estancia en el Caribe. La idea era ir a visitar a mis padres, por supuesto, pero a partir de ahí también queríamos tomarnos unos días para nosotro solos en los que seguir disfrutando del verano en ese idílico lugar.

Plan que hacía conmigo, plan que provocaba que a Dante le brillaran los ojos. Ese hombre, del que tanto llegué a dudar y sobre cosas tan fuertes, se había convertido para mí en alguien imprescindible en mi vida. De pronto era mi mejor complemento y la persona sin la que no concebía la existencia.

Por otra parte, mi vida comenzó también a cobrar sentido por mí misma. Muchos años después de que Martina desapareciera, yo seguía enfrascada en su búsqueda y sin darme la oportunidad de transitar mi propio camino. Esc ya se había terminado.

La vida son etapas y tenemos que estar preparados para poner punto final a todas ellas, estén resueltas o no. A eso se le llama pasar página y yo estaba muy dispuesta en un momento en el que comprendí que era hora de toma las riendas de mi propia existencia, de dejar de agonizar por lo que un día perdió mi familia y comenzar a dar gracias al universo por todo lo bueno con lo que nos estaba compensando.

—Yo solo he sacado de ti lo que llevabas dentro, no te quites nada de mérito.

Me lo pasaba genial cuando me decía esas cosas, cuando me daba a entender que yo le volvía tan loco en la cama como a mí me sucedía con él.

Una a una, me fui probando las prendas, que estaban elegidas a propósito para hacerle la boca agua. Me entusiasmaba provocarle y por supuesto que esa noche lo logré, como ya se estaba convirtiendo en una costumbre.

Tras hacerlo, el suelo se convirtió en un reguero de prendas que formaban el camino que nos llevó hasta la cama. De nuevo estábamos enredados y de nuevo viviríamos una intensa noche de esas que se alargaban hasta casi el amanecer.

Menos mal que estábamos de vacaciones porque dormir, lo que se dice dormir, no es durmiésemos mucho.

El resto de los días que permanecimos allí estuvimos haciendo planes sobre nuestra estancia en el Caribe. La idea era ir a visitar a mis padres, por supuesto, pero a partir de ahí también queríamos tomarnos unos días para nosotros solos en los que seguir disfrutando del verano en ese idílico lugar.

Plan que hacía conmigo, plan que provocaba que a Dante le brillaran los ojos. Ese hombre, del que tanto llegué a dudar y sobre cosas tan fuertes, se había convertido para mí en alguien imprescindible en mi vida. De pronto era mi mejor complemento y la persona sin la que no concebía la existencia.

Por otra parte, mi vida comenzó también a cobrar sentido por mí misma. Muchos años después de que Martina desapareciera, yo seguía enfrascada en su búsqueda y sin darme la oportunidad de transitar mi propio camino. Eso ya se había terminado.

La vida son etapas y tenemos que estar preparados para poner punto final a todas ellas, estén resueltas o no. A eso se le llama pasar página y yo estaba muy dispuesta en un momento en el que comprendí que era hora de toma las riendas de mi propia existencia, de dejar de agonizar por lo que un día perdió mi familia y comenzar a dar gracias al universo por todo lo bueno con lo que nos estaba compensando.

Capítulo 48



Alessandra estaba pletórica ante la idea de perdernos unos días de vista, típico de adolescente, y disfrutar de ese campamento de verano con sus amigos.

—Espero que allí no tengas ningún noviete—le comentó su padre, quien seguía pico pala con el tema, aunque yo le estaba ayudando mucho a entender que su hija ya no era una cría y que no debía cortarle las alas, sino enseñarla a volar, que es justo lo contrario.

—Pues no, aunque no descartes que vuelva con uno o, mejor todavía, con dos… Para cuando me falle el primero.

—No te me pongas en ese plan que cancelo tu inscripción y te quedas aquí.

—Pues entonces me lleváis con vosotros al Caribe y os voy dando la chapa todo el tiempo, tú eliges.

—Te vas al campamento de verano, pero pórtate bien—le comentó él sin dudarlo.

Yo me tenía que reír con las escenitas de ambos porque eran muy cómicas. Estábamos pasando unos días realmente dulces, un precioso comienzo de verano que era el perfecto indicativo de que venían unos meses maravillosos por delante.

Era la primera vez que me tomaba unos meses sabáticos y he de ser sincera: la sensación no podía ser mejor. Me lo estaba pasando genial y, además, me daba la oportunidad de adaptarme a una vida que me resultaba tan novedosa como fantástica. Qué contenta estaba.

Ese día, uno antes de que Alessandra se marchase, la estuve ayudando con su equipaje. No es que yo pretendiese en ningún momento ocupar el lugar de su madre, puesto que ella tenía la suya, aunque lo cierto es que vivía muy lejos, nada más y nada menos que en Los Ángeles, y eso provocaba que, en la práctica, yo terminaría haciendo un poco las veces de tal.

De mil amores actuaba con esa cría a la que no solo yo le conté muchas anécdotas de la vida de su adorada Martina, sino que ella también recordaba cantidad de cosas que vivieron juntas en la casa y que me pudo trasladar sobre esa última etapa de la vida de mi hermana que no viví junto a ella.

Esa herida no debía cerrarse en falso, por lo que busqué ayuda psicológica. Era evidente que aquella noche algo le sucedió a mi hermana que terminó con su vida, por lo que era mejor asumirlo de una buena vez para hacer borrón y cuenta nueva.

Me estaban ayudando mucho con eso y yo notaba que lo empezaba a digerir poco a poco. Si quería vivir una nueva vida llena de felicidad y de momentos plenos, no podía dejar heridas sangrantes abiertas. No era cuestión de eso.

Alessandra estaba agotada por la noche y su padre atendía unos correos en el despacho. Dante se había tomado un verano sin apenas trabajo, lo cual no significaba que pudiera desvincularse del todo de su agencia de modelos, por lo que yo fui a darle las buenas noches a la niña.

—Venga, amor, tienes que dormir que mañana debes estar en planta a primera hora y no puedes andar bostezando por las esquinas. Además, que querrás estar grabando desde el minuto cero, si te conoceré yo ya.

—Desde luego y más porque luego, en el campamento, tenemos que entregar los móviles a los monitores y solo cogerlos unos minutos en el día para llamar a las familias, ¿no te resulta de una crueldad extrema? —me preguntó y me eché a reír.

—Sí, sin duda que es maltrato adolescente. Cariño, ¿te falta algo por meter en la mochila?

—¿Un vale para hacerme un piercing a mi vuelta? —probó suerte.

—Nada de eso—negué.

—Pues entonces, creo que ya está todo. Ah, no, que me falta la autorización de papá para las excursiones. Está ah arriba de esa caja.

Tenía una decorativa con mogollón de fotos y documentos de todo tipo. La misma que, al ir a cogerla, se me resbaló de las manos, liándola parda.

—Ay, cariño, qué torpe estoy. Es que a esta hora ando que me caigo de sueño.

—Eso es por la caña que te da mi padre por las noches. Siendo como es un semental, ¿me daréis un hermano? —me preguntó y estallé en carcajadas porque no era para menos.

—Pero bueno, ¿qué es eso del semental?

—Que sí, que se le nota… Además, que la abuela dice que lo es, igual que el abuelo, que lo ha heredado de él.

—Calla y recoge conmigo, anda…

—Voy, voy…

Recogíamos ambas en el suelo cuando encontré una fotografía que, sin previo aviso, inundó mis ojos de lágrimas.

—Pero si sois Martina y tú, qué bonita—le comenté mientras la tomaba amorosamente en las manos.

—Ay, sí, es verdad, ¿no te la había enseñado? Es que se me habrá pasado. Tengo más con ella, lo que sucede es que a esta le tenía mucho cariño y la puso en el corcho de su habitación. Cuando se marchó, me la quedé y la guardé en mi cajita.

—Pues te digo de veras que es preciosa, mi amor. Me ha encantado y me emociona mucho porque debe ser una de las últimas fotos de mi hermana.

—¿Tanto te gusta? ¡Te la regalo! —exclamó porque se trataba de una cría tan generosa como su padre.

—Me encanta, pero que no puede ser. Es tuya.

—Que ya te digo que tengo más. Quédatela.

—No sabes cuánta ilusión me hace. Es un gran regalo.

—Y yo que me alegro. ¿Sabes que cuando te veo a ti la veo a ella? Me la recuerdas tanto…

—Me alegro, cielo. Buenas noches. Alessandra…

—Dime.

—Estoy muy orgullosa de ti.

—Eso díselo a mi padre, a ver si se da cuenta de que estoy madurando, como las peras.

—Y eres una chica muy divertida—añadí.

—Tú también lo eres. Me alegro mucho de que estés con nosotros.

—Y yo de estar. Buenas noches, mi amor.

Capítulo 49



Un par de días después, yo ultimaba el equipaje para viajar al Caribe con los míos.

A mis padres no les habíamos comentado la fecha exacta de nuestra llegada, de modo que les daríamos la sorpresa y eso me llenaba de ilusión.

No paraba de meter en las maletas todos los monísimos trapitos que me había comprado con Sofía y Alessandra en Milán, más otro puñado que adquirí en los últimos días.

—Tanto meter ropa para el poco tiempo que la llevarás puesta—me comentó Dante y entonces sentí cómo mi piel se ponía de gallina.

Daba igual la hora que fuese o la circunstancia. Cuando él se acercaba a mí, todo cambiaba, adquiriendo tintes mucho más eróticos. Con él todo se reconducía hacia un universo sexual.

Así las cosas, no tardó en desnudarme encima de la cama.

—¿Lo ves? Mucho mejor sin ropa que con ella—me comentó y me cogió juguetona.

—Eso no solo me pasa a mí—le guiñé el ojo.

Las primeras veces que tuve sexo con él, me ruboricé. Pero de eso me daba la impresión de que hacía siglos, como si llevásemos juntos toda la vida.

Sin más, tiré también de la gomilla de sus bermudas de estar por casa y entonces agarré su pene con ansia. Cuando él detectaba tal ansia, los ojos se le salían de sus cuencas, le ponía demasiado.

—¿Ves? Mejor sin ropa que con ella—imité sus palabras mientras decidía llevármelo a la boca para degustar ese pene que tantas satisfacciones me producía.

—Ven aquí, que yo también quiero probarte—me sugirió para que hiciéramos la postura del 69 y estuve de acuerdo. Darnos placer mutuo y al mismo tiempo era un lujo que nos regalábamos a cada momento.

Tumbados el uno en la posición contraria del otro, a mí se me llenaba la boca con ese pene ardiente que a punto estaba de estallar. Me flipaba ponerle a mil, llevarle a ese punto que bien parecía de no retorno, por mucho que Dante siempre terminase por demostrarme que contaba con un absoluto control de la situación.

No había un momento que pudiéramos aprovechar para el sexo y no lo hiciéramos. Todo nos parecía poco para obsequiarnos con placer del bueno, de ese que le dedicas desinteresadamente a tu pareja, aunque también recibes unas generosas dosis de placer que hacen que todo cobre sentido.

No se conformaría Dante con eso que estábamos haciendo y daba igual si el jet privado despegaba algo más tarde. Ya que estábamos metidos en faena, la llevaría hasta el fondo y no solo metafóricamente.

Me sentía muy deseada por él y, al mismo tiempo, le deseaba de un modo que no paraba de sorprenderme, ya que yo nunca había mostrado tanta actividad sexual como a su lado. Dante abrió para mí la puerta de un universo lujurioso que me cambió para siempre y al que deseaba acceder cuantas más veces, mejor.

Un par de horas después él ya conducía camino del aeropuerto. El viaje al Caribe me hacía una ilusión extrema y yo iba cantando *"Felicitá"*, como tantas veces hacía. Mientras, él me seguía.

Esa canción definía muy bien el estado vital en el que me encontraba. Tras años de angustia, había encontrado la felicidad. Y eso era algo que no tenía precio.

Cuando por fin hubimos embarcado, nos comunicaron que un pequeño retraso por parte de la torre de control nos obligaría a tener que esperar algo más de la cuenta para emprender el viaje, lo que no tenía la más mínima importancia.

Iba recostada sobre el hombro de Dante y cabía la posibilidad de que no tardase demasiado tiempo en quedarme dormida.

—¿Guardaste tu documentación? —me comentó con sorna porque eso, mi documentación, ya sería objeto de mofa de por vida por parte de él, que se tomó con mucha deportividad en su día lo de mi cambio de apellidos.

—Sí, creo que sí… Qué TOC, ya me has hecho dudar—le comenté sacando mi cartera para comprobarlo.

—¿Y esa foto? —me preguntó porque en ella llevaba metida, cuidadosamente, la que me regaló Alessandra.

—Tu hija, tu hija me la regaló. Es de ella con mi hermana, mírala—la saqué para que la viera bien.

—Es muy bonita. Me alegra que la tengas.

—Gracias. Se la enseñaré a mis padres. Seguro que les da mucha alegría. Dame, que la guardo.

—Claro, toma. Espera, cariño, ¿has visto esto? —me preguntó porque, al darle la vuelta, visualizó unas letras.

—No, ¿qué pone?

—No es que se vea demasiado bien, porque parece estar anotado con rapidez y a lápiz. Vamos a mirarlo a través de la lupa del móvil.

—Sí, porfi.

Dante lo hizo mientras el corazón comenzó a bombearme con fuerza, con muchísima fuerza.

—Parece el nombre de una institución o algo. Te deletreo, consúltalo en Internet.

Lo hice con el corazón en un puño.

—Es el nombre de una ONG, Dante, ¡es una ONG!

—¿Tú crees que esto tiene algún significado?

—Ahora que lo pienso… Recuerdo que una vez, de jovencitas, Martina me dijo que ella colaboraría encantada con una. Que se iría a un país de África—recordé con lágrimas en los ojos.

—¿Es posible que lo hiciera? ¿Es posible que se decidiera a marcharse sin decirle nada a nadie y sin llevarse sus pertenencias?

—Si se marchó voluntariamente a un lugar así, es posible que no necesitara llevarse nada. Quizás lo pensó en el último momento…

—Ya tenemos el nombre de la ONG. Ahora solo hay que contrastar si, aquella noche, salió algún avión rumbo a un país de ese tipo con voluntarios. Déjame que haga mis averiguaciones. Apenas nos llevará tiempo, ya lo verás.

Solo pude asentir con la cabeza. De pronto, estaba cantidad de nerviosa y apenas si podía seguir hablando. Los ojos se me llenaron de lágrimas y solo podía pensar en que esa fotografía, que podía contener una pista, estuvo inicialmente ¡en el dormitorio de mi hermana! Alessandra la cogió de allí para guardarla. ¿Estuve yo en lo cierto desde el principio sobre el lugar en el que deberíamos buscar?

Capítulo 50



Apenas una media hora después tuvimos una respuesta. Aquella noche, tal como habíamos pensado, despegó un avión desde allí con destino a Nigeria cargado de voluntarios.

En principio, en la lista inicial de pasajeros, no aparecía mi hermana, pero sí que nos hablaron de cierta irregularidad con ese vuelo, una especie de incidencia que había anotada y de la que no se daba detalle, pero que podría tener que ver con que en él terminara volando una persona más de las inicialmente previstas.

Todo resultaba muy confuso, pero sí había algo claro era que ya no podíamos volar al Caribe.

—Nos vamos a Nigeria, mi amor—me anunció Dante y me agarré fuerte a él.

—¿Tú crees que Martina puede estar allí? —le pregunté muerta de los nervios.

—Yo creo que, si hay alguna posibilidad de que así pueda ser, tenemos que ir a comprobarlo cuanto antes, eso es lo que creo—me comentó.

—Y yo también. Me muero de los nervios. No entiendo nada, pero está claro que mi hermana no se encontraba bien y que había traspasado demasiadas líneas, ¿no crees?

—Ella no estaba bien, sin duda. Agradezco al cielo que no tuvieras que verla en aquellas circunstancias.

Hicimos todos los cambios pertinentes para poder volar hacia Nigeria y unas horas después ya estábamos rumbo a ese país africano, uno de los más poblados del mundo, en el que conviven un rico sabor local, una naturaleza muy exótica y unas playas bañadas por la costa atlántica que son dignas de ver.

Por esa razón, son muchos los turistas que viajan hacia ese idílico lugar todos los años, si bien y en la otra cara de la moneda, hay zonas de Nigeria con extremas crisis humanitarias que necesitan de la ayuda de ONGs cuyos voluntarios han de hacer frente a una situación de inseguridad nutricional y de otros tipos, debidos a bandoleros y grupos armados que amenazan las vidas de adultos y hasta de niños.

La zona a la que nosotros volamos, y en la que operaba la ONG que nos puso sobre la posible pista de mi

hermana, se encontraba en el noroeste de Nigeria.

Nunca había llegado yo tan nerviosa a un lugar como lo hice allí. En concreto, viajaríamos al Estado de Jigawa, cuyo último tramo lo hicimos en taxi.

La zona en cuestión es considerada peligrosa desde el punto de vista de trata de personas, por lo que a pesar de que muchos turistas acuden a ella, reforzamos las medidas de seguridad.

Mi inquietud crecía y crecía conforme íbamos avanzando hacia ese lugar en el que podía estar la clave para que mi vida cambiara para siempre. ¿Y si mi hermana estaba allí? ¿Y si siempre permaneció en aquel lugar sin dar señales de vida? Solo de pensarlo todo mi ser se removía, hasta mis entrañas.

Martina había sido y seguía siendo parte indispensable de mi vida y yo lamentaba mucho no haber estado presente en ese momento en el que sufrió esa especie de enajenación mental que la llevó a actuar como lo hizo.

El taxista nos indicó que, a partir de una determinada zona, no era seguro pasar de noche y que debíamos quedarnos en un pequeño motel. Que por la mañana volvería a por nosotros.

Aquel fue un mazazo para mí, porque apenas podía controlar mis nervios, aunque entendí que no era lógico poner en peligro nuestra integridad física y que así debería ser.

No hace falta ni decir que permanecí toda la noche en vela, mirando por la ventana de aquel inhóspito lugar al que terminamos yendo a parar, que no era precisamente turístico ni mucho menos, como es lógico pensar dada la ayuda humanitaria que allí se prestaba.

El taxista nos comentó que sería puntual y así fue. Tan pronto como amaneció el día, tras una noche de confesiones de mi parte a Dante y de arrumacos de él a mí, nos pusimos de nuevo en marcha. Después de un rato avanzando por una complicada zona, llegamos a un asentamiento con aspecto de muy pobre en el que una serie de niños jugaban, cantaban y bailaban como agradeciendo que un nuevo día hubiera amanecido.

Sobrecoge pensar cómo, quienes menos tienen, son los más felices en muchas ocasiones. En cualquier caso, y pese a que se me rompió el alma al verlos, mi atención se centraba en buscar a esos adultos que se encargaban allí de las labores humanitarias con la esperanza de que Martina se encontrase entre ellos.

Me llamó la atención una melena que, por el color, bien podía ser la de ella. También la altura de la chica podía encajar con la de mi hermana, por lo que corrí hacia ella. Mi gozo a un pozo al ver que no era así, que se trataba de otra persona.

—¿Martina? ¿Está aquí Martina? —le pregunté al ver que era italiana también.

—Claro, Martina, sí…

Mi corazón pareció pararse en ese minuto que transcurrió desde que asintió hasta que me llevó a aquella habitación donde diversos bebés se estaban despertando, recibiendo cuidados y atenciones por parte de los voluntarios.

Una chica se dio entonces la vuelta con uno en brazos y, cuando sus ojos se cruzaron con los míos, no podría deci cuál de las dos lloró más: si ella o si yo.

Una compañera suya, al contemplar su reacción, se llevó al bebé y ella avanzó hacia mí con los brazos abiertos y los ojos como un par de cataratas, lo mismo que los míos.

—Martina, Martina, ¡¡estás viva!! —le decía yo.

—Carla, cariño, ¿qué haces tú aquí? ¿Cómo me has encontrado?

—Porque no he parado de buscarte en todos estos años, ¡nunca dejé de hacerlo!

—Lo siento, lo siento… Lo siento mucho de veras… No podía, yo no podía. No podía explicaros todo lo que me pasó, sentía vergüenza, sentía miedo… Sentía que deseaba que la tierra me tragase y quise desaparecer. Tenía que marcharme de esa casa y sabía de este grupo de voluntarios. Me uní a ellos la última noche a última hora, casi sin pensarlo. En principio no había ni cupo para mí, pero pudimos arreglarlo. Desde entonces estoy aquí, expiando mis pecados…

—Tú no tienes que expiar nada. Ya pediste perdón en su momento, pasaste por algo muy complicado…

—No sabes lo que hice. Pude acabar con la vida de una persona, eso es imperdonable…

—No lo es. Nosotros ya te perdonamos—le comentó Dante avanzando hacia ella. Martina no le había visto hasta ese momento y no podía dar crédito.

—¿Tú aquí? ¿Y con mi hermana? Creo que estoy soñando, nada de esto puede estar pasando—decía ella con total incredulidad.

—Sí que está pasando, mi amor, sí que está pasando… Tenemos muchas cosas de las que hablar, pero lo importante es que estás viva y que te hemos encontrado.

—¿Pensabais que estaba muerta? Lo siento, lo siento… No sabía cómo hacer las cosas. Solo quería emprender una nueva vida y no fastidiarla más. Ayudar a estas personas me alivió mucho y a los niños más. Ellos son mi pasión…

—Y renunciaste a tener tu propia vida por eso, claro…

—No, no creas que es así del todo. Tengo muchas cosas que contarte, Carla, muchas…

Salí con ella de aquella estancia y Dante nos seguía.

—Os dejo a solas, tenéis muchas cosas de las que hablar—me comentó muy emocionado porque él también lo estaba.

—Sí, muchas… Gracias.

Martina me invitó a entrar en una especie de pequeña y más que modesta cocinita donde me preparó un café.

—Carla, te miro y no me lo creo. Pienso que voy a despertar en cualquier momento, que es un sueño. Lo he pasado muy mal, pero ahora comienzo a estar bien… O eso creía, porque debo estar sufriendo alucinaciones.

—No son alucinaciones, Martina—la abracé—. ¿Y si te digo que ahora mismo soy la mujer más feliz del mundo?

—¿Y si yo te digo que también lo soy? Qué contenta estoy de que estés aquí. Y con Dante, ¿cómo es posible?

—Es una larga historia que ya te contaré. Ahora somos pareja.

—¿Pareja? ¿Sois pareja?

—Sí, buscándote, le encontré. Y se ha convertido en todo para mí. En todo…

—Es increíble, todo es muy surrealista.

—Sí que lo es, a la par que fantástico. Alessandra no se lo creerá cuando sepa que estás viva. Y cuando te vea aparecer por allí, porque te tienes que venir con nosotros. No lo dudes.

—¿Y papá y mamá? —me preguntó con los ojos cargados de lágrimas.

—Ellos aún no saben nada. Te buscaron incansablemente, hasta que las fuerzas les flaquearon. Cuando no pudieron más, les dije que tenían que poner tierra de por medio. Y se marcharon en un velero.

—¿Al Caribe? ¿Cumplieron su sueño?

—Lo cumplieron, Martina. Pero les faltas tú. Cuando lo sepan…¡¡van a morir de felicidad!!

—Yo estaba tratando de reunir las fuerzas para volver a vuestras vidas… Para anunciaros que estaba bien y pediros perdón. No sé qué me pasó. Me enamoré de Giorgia. Llevaba tiempo sabiendo que algo había cambiado

en mí, notando ciertas actitudes hacia las mujeres que no me cuadraban. No podía entenderlo, me negaba… Me daba miedo al rechazo por parte de mi familia.

—¿Estás boba? Papá y mamá son de mentalidad abierta. En cuanto a mí, ¿qué más me da? Lo único que deseo es que te amen bien.

—Valentina lo hace. Ella me ama bien…

—¿Quién es Valentina?

—Es una médica que lleva un par de años aquí. Llegó para unos meses, pero no pudo irse porque no quiso dejarme. Tenemos planes de volver a Italia, pero sin fecha. Y lo haremos con Alika… En cuanto podamos terminar con todos los trámites.

—Demasiada información para procesar a la vez, ¿quién es Alika?

—La niña que voy a adoptar. Nos pusieron problemas para adoptarla juntas, pero dará igual. Será hija de Valentina igualmente, aunque no pueda serlo en papeles.

—¿Tengo una sobrina y no la conozco? Son demasiadas emociones para procesar, te lo prometo.

—Sí, ven a conocerla. Te vas a enamorar…

—¿Por segunda vez este verano? Mira que ya me enamoré de Dante.

—Y él de ti. Solo hay que ver cómo te mira. Dante es un buen hombre que siempre me trató genial. No te has equivocado en tu elección, con él vas a ser muy feliz.

Salimos a buscar a la niña y nos la encontramos jugando con otros críos fuera, en la tierra. Iba descalza, feliz, sin necesidades… cuando vio a mi hermana, se tiró en sus brazos.

—¿Qué te ha dicho? —le pregunté.

—Me ha dicho ¡¡mamá!! Y también me ha preguntado quién eres. Le he dicho que mi hermana y de ahí su sonrisa.

La sonrisa de esa cría era la más viva que había visto nunca. La felicidad rezumaba de ella y eso que nada materia poseía, pero sí lo fundamental para sentirse dichosa: el amor de mi hermana y de Valentina.

Contaba con tres añitos y me echó los brazos sin pensarlo. La tomé en ellos y la colmé de besos. Con ella a cuestas nos fuimos a buscar a Valentina, quien estaba vacunando a unos críos en otro módulo.

—Valentina, ella es…

—Es Carla, ¡¡tu hermana!! —exclamó viniéndose hacia mí a darme un gran abrazo.

—No nos parecemos en el físico—le comenté extrañada.

—Pero tu hermana me enseñó fotos de ti y del resto de tu familia. Esas se las trajo…

—¿Las fotos sí las cogiste? —le pregunté emocionada.

—Siempre en mi corazón, siempre conmigo—pronunció esa frase que ambas nos decíamos de niñas y rompí a llorar de manera descontrolada.

Todas juntas nos fuimos a buscar a Dante y a celebrar el reencuentro más especial que nunca podría haber imaginado. Martina no solo estaba viva, sino que lo estaba más que nunca. Había formado su propia familia y adquirido la fortaleza mental necesaria para volver a la vida anunciando su felicidad a bombo y platillo, como lo estaba haciendo allí y con nosotros.

—Valentina, ella es…

—Es Carla, ¡¡tu hermana!! —exclamó viniéndose hacia mí a darme un gran abrazo.

—No nos parecemos en el físico—le comenté extrañada.

—Pero tu hermana me enseñó fotos de ti y del resto de tu familia. Esas se las trajo…

—¿Las fotos sí las cogiste? —le pregunté emocionada.

—Siempre en mi corazón, siempre conmigo—pronunció esa frase que ambas nos decíamos de niñas y rompí a llorar de manera descontrolada.

Todas juntas nos fuimos a buscar a Dante y a celebrar el reencuentro más especial que nunca podría haber imaginado. Martina no solo estaba viva, sino que lo estaba más que nunca. Había formado su propia familia y adquirido la fortaleza mental necesaria para volver a la vida anunciando su felicidad a bombo y platillo, como lo estaba haciendo allí y con nosotros.

Capítulo 51



Las chicas nos invitaron a quedarnos con ellas unos días en el asentamiento. Dante y yo aceptamos, queríamos saber qué se sentía al vivir en un lugar así.

Sobra decir que él no era el típico millonario extravagante que presumiera de vida lujosa, porque entonces no se habría quedado. Más bien era un hombre que se adaptaba a todo.

Allí arrimó el codo como el primero, igual que yo. También los de su equipo de seguridad lo hicieron. Con sus propias manos, ayudó a reparar las aulas de una escuela y a otras muchas tareas.

No contento con ello, a los pocos días de estar allí le anunció a todo el personal algo que cambiaría sus vidas.

—Quisiera saber cuánto dinero sería necesario para convertir este asentamiento en una especie de pueblo en el qu las personas puedan vivir con más calidad—les consultó mientras yo le apretaba fuerte la mano.

—¿Lo propones en serio? Sería mucho dinero, Dante, no te vamos a mentir—le comentó mi hermana—. Ahora bien, cualquier aportación por tu parte será bienvenida, nos vendrá genial.

—No, quiero hacer una aportación fuerte que les cambie realmente la vida a estos niños. Pienso en mi hija y en la que ella ha llevado y es muy injusto. Por suerte, el dinero no es un problema para mí hoy por hoy. En este lugar hemos encontrado algo muy valioso: a Martina, lo que supone una enorme alegría para nosotros. Y queremos devolverle parte de eso bueno que nos ha aportado. Lo haremos Carla y yo.

—Pero el dinero es tuyo—le comenté por lo bajini

—Somos un equipo, mi vida, somos un equipo—murmuró él.

Lo éramos. Dante me dio un beso en la frente mientras los demás se miraban extrañados y expectantes, tratando de encajar que la vida de aquellas personas pudiera cambiar para siempre.

Así sería porque Dante dejó hecha una fuerte aportación de dinero al marcharnos de allí. A cambio, tuvimos la suerte de que en esos días se pudo acelerar la adopción de Alika por parte de mi hermana. De esa manera, se

vinieron con nosotros a Italia, algo que de momento sería provisional, pero que con el tiempo harían de manera definitiva.

Había que ver la carita de esa pequeña cuando nos subimos en el jet privado. Ella no podía ni imaginar que algo así existiera y creía ir en el interior de un pájaro gigante cuando despegamos.

Al poco se durmió en el regazo de mi hermana, quien iba todo el tiempo de la mano de Valentina. Se las veía muy acarameladas, igual que a Dante y a mí. Y yo no podía imaginar una felicidad mayor.

A Alessandra nada le habíamos contado sobre nuestro viaje a Nigeria. Para ella, que estábamos en el Caribe. Cuando volvimos a casa, todos juntos, ya había regresado de su campamento.

El coche tocó el claxon y ella salió al jardín. Entonces, fue Martina quien se bajó de él y al verla, Alessandra comenzó a dar botes, saltando sin parar y abrazada a mi hermana.

—¡Martina! ¡Dónde has estado todo este tiempo?

—Muy lejos, mi niña, muy lejos… Tanto que no he visto cómo te convertías en una mujer.

—Soy una influencer. Espera, que este momento tengo que grabarlo—le decía.

e—Pero no puedes publicar nada hasta que nos vayamos todos juntos al Caribe. Es una sorpresa para nuestros padres—le conté.

—Sí, cariño, mis padres no saben de mí desde hace años. Me equivoqué en muchas cosas—le contó.

—E hizo otras maravillosas: ha estado cuidando de muchas personas en África y mira… Te voy a presentar a una pequeñita. Ella es Alika.

Cuando la vio, Alessandra se estremeció.

—Es la niña más bonita del mundo, ¿de dónde ha salido esta cosita?

—De Nigeria… Va aprendiendo italiano poco a poco, pero seguro que contigo lo hace antes—le contó Martina.

—Eso lo puedes dar por seguro, porque mi hija habla por los codos—le comentó Dante.

—Papá, yo también te he echado de menos—farfulló ella mientras se iba hacia él.

Comenzaban así un par de días en Florencia mientras preparábamos un viaje al Caribe que ya haríamos todos juntos.

El resto del personal de la casa se quedó boquiabierto con la inesperada llegada de Martina, de la que nadie volvió a saber nada en todos aquellos años tan oscuros que llegaron a hacerme pensar que las sombras de Dante tuvieran que ver con la desaparición de mi hermana.

Ya no había sombras en su vida ni en las nuestras. Ya el sol lo inundaba todo durante los preparativos de un viaje que se me antojaba como el más emocionante de nuestras vidas.

Mientras, nos lo pasamos de maravilla en la casa de Florencia, sin separarnos ni un minuto.

—Estoy en franca minoría—se lamentaba Dante a cada momento porque la casa se le había llenado de mujeres y decía no poder ni abrir el pico.

—Y eso que no está aquí la abuela, que si no, te las daría todas juntas y en el mismo lado.

—No te creas, que le he contado y viene de camino para acá. Dice que este viaje al Caribe no se lo pierde, ¡¡y se trae hasta al abuelo!!

—Papá, ¡que habrá *overbooking* en el jet! —exclamó ella con risas y causando las de Alika, que la imitaba en todo.

—Ella es como mi primita y yo voy a hacer que se convierta en una influencer mini—nos amenazaba Alessandra, porque eso se parecía más a una amenaza que a otra cosa.

La peque se mostraba encantada con todo lo que le hacía, pues se pasaba el día con ella en brazos de acá para allá… Mimándola, vistiéndola… Como si fuese una muñequita.

Yo entrecerraba los ojos y ya podía ver la cara de mis padres cuando apareciéramos con Martina, con esa hija que un día les robó vida y que de pronto volvió para dársela.

El resto del personal de la casa se quedó boquiabierto con la inesperada llegada de Martina, de la que nadie volvió a saber nada en todos aquellos años tan oscuros que llegaron a hacerme pensar que las sombras de Dante tuvieran que ver con la desaparición de mi hermana.

Ya no había sombras en su vida ni en las nuestras. Ya el sol lo inundaba todo durante los preparativos de un viaje que se me antojaba como el más emocionante de nuestras vidas.

Mientras, nos lo pasamos de maravilla en la casa de Florencia, sin separarnos ni un minuto.

—Estoy en franca minoría—se lamentaba Dante a cada momento porque la casa se le había llenado de mujeres y decía no poder ni abrir el pico.

—Y eso que no está aquí la abuela, que si no, te las daría todas juntas y en el mismo lado.

—No te creas, que le he contado y viene de camino para acá. Dice que este viaje al Caribe no se lo pierde, ¡¡y se trae hasta al abuelo!!

—Papá, ¡que habrá *overbooking* en el jet! —exclamó ella con risas y causando las de Alika, que la imitaba en todo.

—Ella es como mi primita y yo voy a hacer que se convierta en una influencer mini—nos amenazaba Alessandra, porque eso se parecía más a una amenaza que a otra cosa.

La peque se mostraba encantada con todo lo que le hacía, pues se pasaba el día con ella en brazos de acá para allá… Mimándola, vistiéndola… Como si fuese una muñequita.

Yo entrecerraba los ojos y ya podía ver la cara de mis padres cuando apareciéramos con Martina, con esa hija que un día les robó vida y que de pronto volvió para dársela.

Capítulo 52



Ya emprendíamos el vuelo todos juntos y la emoción era bárbara. Por si alguien faltaba, a última hora llegó también Elio con sus maletas diciendo que ese viaje no se lo perdía.

Dante se tuvo que aguantar el estómago, doblado en dos al verle aparecer con una maleta de flores de lo más estrafalaria.

—Divina, es divina, tú ni caso a mi hijo—le decía Sofía—. Y yo quiero una maleta igual.

Salvatore estaba un poco fuera de onda, pero encantado con su nieta Alessandra y con Alika, quien le echaba también los brazos porque le encantaba que la llevaran así, pese a que ya no era un bebé.

El viaje al completo, con sus muchas horas, fue una fiesta. Hasta que caímos rendidos nos hartamos de cantar y hasta de bailar. Y Alika nos cantó canciones en su idioma cargadas de una ternura que provocó que todos nos la quisiéramos comer.

Llegamos ya a media mañana a Martinica. Tras abandonar el jet nos esperaba un velero de grandes dimensiones con su propio capitán y todo, ya que éramos demasiados para quedarnos en el de mis padres.

Pedimos información a otros barcos sobre ellos y nos proporcionaron su ubicación. La idea era darles la gran sorpresa de sus vidas, porque yendo con Martina se la daríamos.

Pusimos música de fiesta a tope cuando ya vislumbramos su pequeño velero, la cual comenzamos a bailar mi hermana y yo como cuando éramos niñas, dándolo a todo en cubierta.

Fue mi madre la primera que comenzó a mirar, no llegando a conocernos todavía por la lejanía, pero entonces tomé un megáfono y, entre las notas musicales, le solté: “Mamá, te traigo el regalo de tu vida. Dile a papá que salga”.

Ella comenzó a dar gritos y eso que todavía no veía a Martina, para lo que hubo de esperar a que estuviéramos cerca. Una vez lo estuvimos, se frotó los ojos mientras mi padre comenzaba a llorar sin remedio.

—¡¡¿Eres tú, Martina?!! —repetían una y otra vez mientras mi hermana saltaba y lloraba. Y la pequeña Alika, sin conciencia de lo que ocurría, saludaba a sus abuelos con sus pequeñas manitas.

Habríamos encontrado otras maneras de pasar de un velero a otro, pero los nervios no lo permitieron. Una vez estuvimos al lado de ellos, Martina se tiró de cabeza al agua y mis padres lo hicieron igualmente. Yo tampoco lo pensé y los cuatro nos abrazamos, llorando si teníamos que llorar, besándonos y riendo a la vez. Toda una mezcla de emociones que puso fin a una tragedia con final feliz que duró tantos años que nos dejó demasiadas emociones por vivir.

Cuando por fin subimos a su velero, llegó el momento de las explicaciones, pero también de las presentaciones. Martina hablaba atropelladamente y nuestros padres la escuchaban en el colmo de la felicidad, dando por bueno todo el sufrimiento padecido en aquel tiempo.

El almuerzo lo hicimos un rato después en nuestro velero, mientras dejábamos el otro atracado en el puerto. En él había sitio para todos y les invitamos a quedarse para que no tuvieran que separarse en ningún momento ni de Martina ni de Alika, porque os recuerdo que ese día no solo recuperaron una hija, sino que conocieron a una nieta

—Nunca, nunca, hubiera imaginado vivir tanta felicidad a estas alturas—nos decía mi madre sentada en aquella mesa y mi padre lo corroboraba.

—Yo me pongo en tu lugar y es para protagonizar una película, ¿te importa si lo propongo y hago de ti, Antonia? —le preguntaba Sofía, quien no se jubilaba ni majara, ella decía que la muerte la sorprendería muchos años después encima de un escenario, cuando pasase de los 100 años. Y ojalá que así fuera.

—Para mí sería todo un honor, Sofía, y tú capaz eres. ¿Sabes lo que te hemos admirado toda la vida?

—Me lo imagino, me lo imagino—le contestó ella, que no conocía la falsa modestia ni nada parecido.

—Así me gusta, Sofía, ejerciendo de diva—le decía Elio, quien estaba disfrutando muchísimo de todo aquel reencuentro que tan importante era para mí.

—Y yo lo he subido a las redes. Ahora sí que me están aumentando los seguidores. Mira, papá, pronto seré más rica que tú—le comentó Alessandra.

—Tú procura estudiar, hija, porque a mí me da igual los seguidores que tengas. Como no hinques los codos, te cierro la cuenta y punto.

—Ya le salió el dictador que lleva dentro. Carla, ¿cuándo me lo vas a distraer haciendo una hermanita? Yo quiero una así como Alika.

—Pues como le salga del mismo color morenito, habrá mosqueo—añadió Martina, quien en un primer momento

estaba como cortada, como si no pudiera reconectar con nuestros padres. Pero eso solo duró el tiempo de comprobar que ellos no solo no le guardaban ningún rencor por su marcha, sino que se mostraban extremadamente felices por su vuelta. Tanto que esas caras de corderos degollados que exhibieron en los últimos años se habían transformado en otras que vendían alegría.

Si especial nos habíamos planteado que fuese el verano, no os digo nada a partir de la reaparición de mi hermana. La idea era pasar 15 días en el Caribe, recorriéndolo, en la mejor compañía y en continua fiesta.

Así lo hicimos y de allí nos trajimos los mejores recuerdos de unas vacaciones que fueron, sin duda, las más especiales de nuestras vidas. Cuando tocó regresar, todos nos habíamos cargado de energía y quedamos en que volveríamos a vernos en Florencia y en Navidades, las cuales pasaríamos en familia, los unos y los otros.

De momento, mi hermana y Valentina volvían a Nigeria, aunque ya para pasar su última temporada allí. Habían completado una importante etapa de sus vidas y era evidente que ya les tocaba un cambio… Un cambio que las acercara de nuevo a su familia, pues nos habíamos llevado demasiado tiempo sin ellas y necesitábamos esa cercanía que vivir lejos no permite, por lo que era cuestión de remediarlo.

estaba como cortada, como si no pudiera reconectar con nuestros padres. Pero eso solo duró el tiempo de comprobar que ellos no solo no le guardaban ningún rencor por su marcha, sino que se mostraban extremadamente felices por su vuelta. Tanto que esas caras de corderos degollados que exhibieron en los últimos años se habían transformado en otras que vendían alegría.

Si especial nos habíamos planteado que fuese el verano, no os digo nada a partir de la reaparición de mi hermana. La idea era pasar 15 días en el Caribe, recorriéndolo, en la mejor compañía y en continua fiesta.

Así lo hicimos y de allí nos trajimos los mejores recuerdos de unas vacaciones que fueron, sin duda, las más especiales de nuestras vidas. Cuando tocó regresar, todos nos habíamos cargado de energía y quedamos en que volveríamos a vernos en Florencia y en Navidades, las cuales pasaríamos en familia, los unos y los otros.

De momento, mi hermana y Valentina volvían a Nigeria, aunque ya para pasar su última temporada allí. Habían completado una importante etapa de sus vidas y era evidente que ya les tocaba un cambio… Un cambio que las acercara de nuevo a su familia, pues nos habíamos llevado demasiado tiempo sin ellas y necesitábamos esa cercanía que vivir lejos no permite, por lo que era cuestión de remediarlo.

Capítulo 53



Y llegaron esas Navidades que no tuvieron desperdicio, porque todos habíamos quedado en nuestra casa de Florencia.

Mi hermana y Valentina, con la niña, ya habían vuelto de Nigeria definitivamente para instalarse en esa Toscana a la que también regresaban mis padres. El velero lo dejarían para ciertos momentos en el año y destinos más cercanos, puesto que tras navegar varios años por el Caribe habían cubierto el cupo, aparte de que morían por estar con sus hijas. Y con sus nietas, ya que consideraban así tanto a Alika como a Alessandra.

No solo íbamos a celebrar esas fiestas tan entrañables y familiares, sino que también se presentaba mi libro, el de la biografía que escribí sobre Sofía con la ayuda de mi inseparable Elio. El de Dante aún estaba en preparación, pero el de Sofía igual era el regalo ideal para muchos italianos en esa época del año.

Con menudo glamur vino ella, a pocos días de las fiestas, a la presentación, a la que no faltó ninguno de los míos.

Mano a mano, fuimos contestando a las preguntas de los periodistas.

—¿Qué es para ti hoy por hoy Carla, Sofía? —le preguntaron y a ella se le caía la baba.

—Si creéis que soy la típica suegra que va volando en escoba habéis dado en hueso duro, chicos. A mí Carla me quiere con locura, que para eso soy la más glamurosa de las suegras—le dio la vuelta a la tortilla.

—Eso ya nos lo imaginamos, pero ¿y tú a ella?

—Yo también la quiero mucho. Para mí se ha convertido en una hija a la que solo le deseo que llegue a mi edad como yo, sin una sola pata de gallo—les contestó y ellos se partieron con ella, pues no era para menos.

La presentación estaba siendo todo un éxito. En ella se habían dado cita todos los medios de comunicación importantes de Italia y Sofía estaba en su salsa.

Dante me miraba desde el público, orgulloso, y yo le ponía esos ojitos de enamorada. Es que me lo comía. No podía quererle más, pero tampoco desearle, que para eso cada día era mejor amante.

Con la perspectiva de los meses pasados a su lado, estaba en condiciones de afirmar que Dante era el amante más ardiente del mundo, uno que aprovechaba cualquier momento y lugar para hacerme disfrutar hasta límites insospechados y que siempre estaba ideando algo para que jamás cayéramos en la rutina en lo sexual, igual que en el resto de los ámbitos de la vida.

Sofía estaba disfrutando a la vez de otro de sus momentos de gloria en aquella presentación tan divertida que hicimos. Preveíamos que el libro pudiera llegar a convertirse en mi segundo *best seller*. Y el mismo camino llevaba el que estaba escribiendo sobre Dante, pues nuestra relación le había puesto en el ojo del huracán mediático, al abandonar su soltería de oro.

Lo pensaba yo sin mayores pretensiones cuando, tras escuchar a su madre, él se levantó. Yo pensé que se acercaría a besarla y a decir unas palabras sobre ella, como ya había hecho en otras ocasiones, aunque ese día mi sorpresa sería mayúscula.

—Mamá, ¿te puedo robar un minutito de gloria? —le preguntó poniéndose entre ella y yo mientras Sofía le miraba de reojo.

—Está bien, hijo. Pero que no vuelva a suceder, ¿me oyes?

—No, tranquila, porque lo que vengo a decir no se repetirá—le comentó mientras me miraba.

—No sé de qué va esto—le comenté yo con rostro asombrado, pues lo que fuera que iba a decir parecía tener que ver más conmigo que con ella.

—Es que si lo supieras, perdería toda la gracia—me respondió él, alimentando la expectación.

—A mí me va a dar algo, ¿qué es tan gracioso? —proseguí.

—Que alguien como yo, que ha lidiado con tantas situaciones desde joven, se encuentre tan nervioso a la hora de pedirte que te cases conmigo—me confesó sacando un impresionante anillo.

Nervioso estaría, pero le quedó perfecto. La voz no le titubeó en ningún momento, pronunciándolo alto y claro.

Yo ni siquiera me lo había planteado y menos así de pronto. Unos meses después de llegar a su vida, ¡¡me estaba pidiendo matrimonio!!

También os digo que no me lo pensé, porque cuando una está tan enamorada como yo lo estaba de Dante, poco tiene que pensar. Fue Sofía la primera que comenzó a vitorearnos y a ella le siguieron todos, empezando por nuestros familiares y terminando por todos los periodistas. Alessandra nos silbaba y, como no esperábamos menos en ella, nos indicó que nos estaba grabando.

—¡¡Pues deja esos nervios, que me caso contigo!! —le anuncié y él me cogió por la cintura, acercándome a sus labios y besándome con pasión.

Habíamos acudido hasta allí para presentar un libro y salíamos prometidos. No podía imaginarme una idea más preciosa que esa ni que me generase mayor alegría.

A la salida, él me tenía preparada una sorpresa: un maravilloso fin de semana en París en el que sellar el compromiso a solas. Una escapada que no solo contó con tintes de lo más románticos, sino también muy, muy eróticos… Dejémoslo en que recorrimos la capital a ratos, pero que fueron más los que compartimos en la intimidad sin poder dejar de amarnos de las más variopintas formas durante unos días inolvidables.

A la vuelta, era hora de pensar en una boda que fijamos para el siguiente verano, cuando el sol de la Toscana presidiera una celebración que sería memorable.

Los preparativos nos llenaron de ilusión y nos llevaron meses. Cada noche, después de despacharnos a gusto en la cama, yo cerraba los ojos y ya podía escuchar un "¡Vivan los novios!" que me llevaba a enloquecer de alegría.

Nunca se me hubiera pasado por la cabeza, antes de conocerle personalmente, que un día me casaría con Dante Rossi… Y ese día estaba cada vez más cerca, poniendo al límite mis nervios y sacando la más ilusionada de mis sonrisas.

—¡¡Pues deja esos nervios, que me caso contigo!! —le anuncié y él me cogió por la cintura, acercándome a sus labios y besándome con pasión.

Habíamos acudido hasta allí para presentar un libro y salíamos prometidos. No podía imaginarme una idea más preciosa que esa ni que me generase mayor alegría.

A la salida, él me tenía preparada una sorpresa: un maravilloso fin de semana en París en el que sellar el compromiso a solas. Una escapada que no solo contó con tintes de lo más románticos, sino también muy, muy eróticos… Dejémoslo en que recorrimos la capital a ratos, pero que fueron más los que compartimos en la intimidad sin poder dejar de amarnos de las más variopintas formas durante unos días inolvidables.

A la vuelta, era hora de pensar en una boda que fijamos para el siguiente verano, cuando el sol de la Toscana presidiera una celebración que sería memorable.

Los preparativos nos llenaron de ilusión y nos llevaron meses. Cada noche, después de despacharnos a gusto en la cama, yo cerraba los ojos y ya podía escuchar un "¡Vivan los novios!" que me llevaba a enloquecer de alegría.

Nunca se me hubiera pasado por la cabeza, antes de conocerle personalmente, que un día me casaría con Dante Rossi… Y ese día estaba cada vez más cerca, poniendo al límite mis nervios y sacando la más ilusionada de mis sonrisas.

Capítulo 54



Y por fin llegó el gran día. Un día en el que a la emoción de casarme con Dante sumaba la de estar rodeados de todos los nuestros.

Me asomé corriendo a la terraza nada más amanecer para corroborar eso que decían las previsiones: que se trataría de una mañana luminosa en la que el sol lo inundaría todo.

—Buenos días, preciosa. ¿Eres consciente de que me has hecho el hombre más feliz del mundo? —me preguntó él nada más abrir los ojos.

—Sí, totalmente. Claro, cómo no—le respondí emulando las respuestas de diva de Sofía, de quien yo tomaba simpática nota.

—¡¡Os estoy escuchando y grabándolo todo desde aquí fuera!! —nos anunció Alessandra.

—Madre mía, ¿esta niña no tiene nada más que hacer? —me preguntó su padre.

—Pues ahora está más distraída porque se ha echado un nuevo noviete…

—¿Otro? No asistirá a la boda, ¿no?

—Igual lo hemos invitado a última hora, pero tú a lo tuyo. A ponerte guapísimo, aunque eso ya lo estás. Y nada de fruncir el ceño por eso, que se quedan marcas de expresión. Sonríe—le pedí.

—Me lo pides así y no puedo resistirme, ¿un ratito más aquí? —me rogó mientras me besaba.

—De eso nada, papá, que es la novia y tiene muchas cosas que hacer. La primera, hablar para mí… Sal ya, Carla.

—Alessandra, te la estás jugando…

—Pero tiene razón en que he de levantarme ya, cielo. Te haré esperar de todos modos, pero no provoques que sea más.

—¿Me harás esperar? No puedes ser tan cruel.

—Es la tradición, no es mi culpa.

—Pero es que no creo que pueda soportarlo—me guiñó el ojo.

—Pues más te vale, advertido quedas.

Habíamos barajado distintos lugares para celebrar la boda y, después de darle muchas vueltas, llegamos a la conclusión de que había uno que contaba con más encanto que todos los demás y que no era otro que el lago de nuestra casa, alrededor del cual llevaban días montando una serie de carpas y demás conforme a las órdenes que dimos, para convertir nuestra multitudinaria boda en una además muy romántica.

También en esa línea, en la romántica, estaba confeccionado mi magnífico vestido de novia, el cual me hicieron a medida. De corte sirena, mi preferido, me resultó muy sexy con su escote en pico y su confección en crepe, que hacía de él una prenda única.

Tras desayunar con las chicas, puesto que nos separamos desde primera hora, comenzó la hora de los preparativos la cual llegó hasta el momento en el que me coloqué el vestido.

—Yo me caigo muerto, eres la novia más deslumbrante del mundo—me comentó Elio.

—Yo sí que me caigo muerta, ¿se puede saber cuándo te has colado tú aquí?

—Aún estabas en ropa interior, pero como Sofía sabe que soy manso, me ha dado paso.

Las risas fueron generales y hasta Alika, que no podía saber qué era lo que estaba diciendo, se echó a reír a carcajada limpia por nuestro estallido general. Mi preciosa sobrinita sería quien nos llevase los anillos bajo la supervisión de mi maravillosa dama de honor, que no era otra que Alessandra, quien ya vestida como tal seguía sin soltar la cámara.

Camino del lago, iba sonando “Por ti volaré”, de Andrea Bocelli mientras mi emocionado padre me llevaba del brazo hasta un alta en el que Sofía lucía espectacular al lado de su hijo, con una pamela tal que nos daría sombra a todos durante la ceremonia.

—Mira, mamá, ahora sí que ha salido el sol—le comentó él al verme avanzar.

—Esta muchacha tiene magia, hijo, la tiene… Y alma de diva también, normal que haya elevado mi biografía a la categoría de *best seller*. Mira, se me salta la lagrimita.

Lo habíamos vuelto a conseguir y yo estaba muy orgullosa de ello, lo mismo que los demás.

—Pero eso es porque tú eres muy grande, Sofía.

—Gracias, cariño. Tú no lo serás menos en lo tuyo. Te vaticino un futuro lleno de éxitos mientras disfrutas de la vida con Dante—me comentó.

—Y con sus hijos—carraspeó Alessandra, que seguía con la idea de tener algún hermanito.

—Yo ya tengo una hija—le guiñé el ojo.

—Ese momentazo lo acabo de grabar. Ay, estoy *in love* contigo, Carla—hizo ella un corazón con las manos.

Mi madre nos miraba desde primera fila al lado de Salvatore. Junto a ellas, Martina y Valentina, que serían las próximas en pasar por el altar. Y pensar que un día mi hermana se avergonzó de lo que estaba sintiendo, cuando e amor es inmenso con independencia de a quién se le profese…

Nuestros invitados eran muchísimos porque todos nosotros contábamos con profesiones relevantes y eso implicaba tener muchos compromisos. Hasta yo me había convertido en una de las grandes promesas de la pluma italiana, sintiendo una enorme ilusión por ello.

La ceremonia nos la pasamos cogidos de la mano y cuando por fin llegó el momento del beso, delante de aquel hipnótico y magnífico lago, nuestros labios se fundieron y pensamos que ese era el auténtico sentido de la felicidad, la cual era el tercer componente de nuestra pareja.

Durante la celebración se sucedieron momentos increíbles, como esa apertura del baile durante la cual Dante me susurró al oído que mi vestido era fantástico, pero que más lo sería el momento de despojarme de él.

Aquel hombre de cuyos ojos azules un día me enamoré, seguía siendo ese amante que me ponía a punto de cocción con solo mirarme, que me hacía hervir con solo posar sus dedos sobre mí.

La noche llegó y con ella el final de un día espectacular en el que hicimos público un amor que pasamos a celebra en privado. Si desde el día que le conocí me puso, es difícil expresar con palabras lo que sentí en una noche que Dante ideó de principio a fin para hacer del erotismo la reina de una madrugada en la que las llamas me envolvieron entre sus brazos.

Tras la noche de bodas llegó la luna de miel… De una miel igualmente llameante que nos llevó a recorrer distinto puntos de Asia, todos los cuales dejamos regados con nuestro amor.

Allí donde fuésemos, Dante me poseía con más ardor aún que el primer día, como si todo lo mejor en el sexo estuviera por llegarnos… Lo mismo que en la vida.

En ocasiones nos encontramos con señales. Y las que venían de él me indicaban que mi vida sexual sería con mi marido, y para siempre, una aventura. Que nunca, nunca, la rutina se instalaría con nosotros y que en su cabeza siempre aparecería una idea para hacerme sentir la más deseada de las mujeres del mundo.

Daba igual que con él trabajasen las modelos más relevantes de toda Italia, mujeres cuya belleza era alabada a nivel nacional e internacional. Siempre me hizo sentir la más especial de las féminas, esa en la que sus azules ojos ponían tal pasión que la combustión espontánea y en cualquier momento no quedaba descartada.

Con mucho ardor comenzó así nuestra vida juntos… Una vida que habría de traernos magníficas sorpresas que agradecimos, pues no hicieron más que acrecentar nuestra felicidad. Cuando se está enamorado, y más cuando se está como lo estábamos nosotros, cabe mucha alegría entre tu amado y tú. Y a nosotros nos cupo.

l

r

s

En ocasiones nos encontramos con señales. Y las que venían de él me indicaban que mi vida sexual sería con mi marido, y para siempre, una aventura. Que nunca, nunca, la rutina se instalaría con nosotros y que en su cabeza siempre aparecería una idea para hacerme sentir la más deseada de las mujeres del mundo.

Daba igual que con él trabajasen las modelos más relevantes de toda Italia, mujeres cuya belleza era alabada a nivel nacional e internacional. Siempre me hizo sentir la más especial de las féminas, esa en la que sus azules ojos ponían tal pasión que la combustión espontánea y en cualquier momento no quedaba descartada.

Con mucho ardor comenzó así nuestra vida juntos… Una vida que habría de traernos magníficas sorpresas que agradecimos, pues no hicieron más que acrecentar nuestra felicidad. Cuando se está enamorado, y más cuando se está como lo estábamos nosotros, cabe mucha alegría entre tu amado y tú. Y a nosotros nos cupo.

Epílogo



Cinco años después…

Sentía que los nervios recorrían todo mi cuerpo gracias a ese premio que iba a recibir y que me coronaba como una de las grandes de la literatura italiana.

No solo lo había conseguido, sino en tan poco tiempo que todos estábamos asombrados. Libro mío que salía a la venta, libro que se convertía en un *best seller* y en tiempo récord.

Ese día recibiría un homenaje público que me hizo sentir de lo más feliz gracias a una trayectoria que seguía compartiendo con mi amadísimo Elio, mi mano derecha en las letras.

Por cierto, que todo llega y a él le había llegado el momento de sentar también la cabeza. Lo hizo gracias a Mario, un chico que conoció durante una rueda de prensa en Roma, y que era periodista.

Desde el primer momento noté que para mi amigo fue algo especial, como si Cupido estuviera sentado allí entre aquella legión de periodistas. Mis sospechas cobraron fuerza cuando a la hora de contestar, él me arrebató el micrófono y, delante de todos sus incrédulos compañeros, le pidió una cita allí mismo, argumentando que cuando a los escritores nos llega la inspiración hemos de cogerla al vuelo.

En eso le daba yo la razón. Cuando escribía sobre un personaje masculino, Dante estaba siempre en mi pensamiento, guiándome hacia el éxito. Y ese éxito se materializaba en un día en el que tampoco faltaría ninguno de los nuestros.

En fin, que Elio se terminó comprometiendo con Mario y que pronto iríamos de nuevo de boda, como lo hicimos en nuestro caso y en el de mi hermana con Valentina.

—Alessandra, mi vida, ¿tú te haces cargo de tu hermana? —le pregunté porque Carla, nuestra hija pequeña, apenas contaba con tres añitos de edad y hacía las delicias de la mayor.

Alessandra estaba loquita con ella y aprovechaba al máximo su compañía cuando se encontraba en casa, pues cursaba segundo curso del grado de Comunicación y la vida universitaria era su mundo en esos momentos. Eso sí,

no por eso había dejado de crecer como influencer y su fama amenazaba con hacerle sombra a la de su abuela Sofía.

Todos los míos me arroparon en la que fue mi gran noche, en una noche de éxito compartido con Elio, y en la que Dante se mostró como el más orgulloso de los maridos.

Quizás esté mal que yo lo diga, pero la realidad es que habíamos conseguido cuanto nos propusimos en la vida, incluida esa pequeñaja en común que nos tenía tontos a todos.

También mi sobrinita Alika iba ya para arriba y se convirtió en la hermanita mayor de otro crío nigeriano que sus mamás adoptaron, Ade, un precioso niño que se convirtió en el primer nieto de mis padres, pues mi familia contaba con muchas más mujeres que hombres.

Dante también "sufrió" las consecuencias de estar rodeado de una mujer y dos hijas, a las que amaba con todo su ser. En cuanto a mí, me seguía adorando y la pasión en él crecía y crecía…

Tras aquella maravillosa noche de reconocimiento, nos íbamos solos unos días a Maldivas, a esas islas a las que no volvíamos desde el principio de los tiempos… De esos tiempos que deseábamos rememorar.

La idea era celebrar a solas y con el mayor de los énfasis un premio que me encumbraba como escritora, según les comentó Sofía a los periodistas, aunque mi mayor mérito, desde mi punto de vista, no era ese.

Con el paso de los años, tomé conciencia de la increíble importancia de haber unido de nuevo a toda mi familia, encontrando a mi hermana, y de hasta qué punto eso nos cambió la vida a todos.

La de Martina fue una búsqueda incansable en la que terminé dándome de bruces con Dante, el hombre de mi vida y el pasional amante con el que deseaba acabar mis días.

A veces pienso que fue el destino y otras creo que se trató de un premio. No sé en realidad qué fue, pero sí que me convirtió en la más amada de las mujeres y, ya de paso, también en la más deseada. El paso de los años confirmaba ese deseo que, lejos de hacerse más pequeño, crecía entre ambos.

En Maldivas, tal cual lo planeamos, renovamos ese amor pasional que ambos llevábamos por bandera, un amor que nos precedía y que transformó nuestra relación en un volcán que entraba en erupción en el momento más insospechado. Un volcán desde el que contemplábamos la vida ardiendo entre las llamas de la pasión.

no por eso había dejado de crecer como influencer y su fama amenazaba con hacerle sombra a la de su abuela Sofía.

Todos los míos me arroparon en la que fue mi gran noche, en una noche de éxito compartido con Elio, y en la que Dante se mostró como el más orgulloso de los maridos.

Quizás esté mal que yo lo diga, pero la realidad es que habíamos conseguido cuanto nos propusimos en la vida, incluida esa pequeñaja en común que nos tenía tontos a todos.

También mi sobrinita Alika iba ya para arriba y se convirtió en la hermanita mayor de otro crío nigeriano que sus mamás adoptaron, Ade, un precioso niño que se convirtió en el primer nieto de mis padres, pues mi familia contaba con muchas más mujeres que hombres.

Dante también "sufrió" las consecuencias de estar rodeado de una mujer y dos hijas, a las que amaba con todo su ser. En cuanto a mí, me seguía adorando y la pasión en él crecía y crecía…

Tras aquella maravillosa noche de reconocimiento, nos íbamos solos unos días a Maldivas, a esas islas a las que no volvíamos desde el principio de los tiempos… De esos tiempos que deseábamos rememorar.

La idea era celebrar a solas y con el mayor de los énfasis un premio que me encumbraba como escritora, según les comentó Sofía a los periodistas, aunque mi mayor mérito, desde mi punto de vista, no era ese.

Con el paso de los años, tomé conciencia de la increíble importancia de haber unido de nuevo a toda mi familia, encontrando a mi hermana, y de hasta qué punto eso nos cambió la vida a todos.

La de Martina fue una búsqueda incansable en la que terminé dándome de bruces con Dante, el hombre de mi vida y el pasional amante con el que deseaba acabar mis días.

A veces pienso que fue el destino y otras creo que se trató de un premio. No sé en realidad qué fue, pero sí que me convirtió en la más amada de las mujeres y, ya de paso, también en la más deseada. El paso de los años confirmaba ese deseo que, lejos de hacerse más pequeño, crecía entre ambos.

En Maldivas, tal cual lo planeamos, renovamos ese amor pasional que ambos llevábamos por bandera, un amor que nos precedía y que transformó nuestra relación en un volcán que entraba en erupción en el momento más insospechado. Un volcán desde el que contemplábamos la vida ardiendo entre las llamas de la pasión.

Mis redes sociales:

Facebook: Hugo Sanz
Instagram: @hugosanz.autor
Twitter: @ChicasTribu
Amazon: relinks.me/HugoSanz

Mis redes sociales:

Facebook: Hugo Sanz
Instagram: @hugosanz.autor
Twitter: @ChicasTribu
Amazon: relinks.me/HugoSanz